

Tray Mocha

Revista Semanal



"AMAPOLAS"

Nº. 881

MONTEVIDEANAS



Señorita María Angélica Ospitaletche



Señorita María Esther Castagnola



Señorita Estela Díaz



Señor Tomás Corrado, su esposa y su hijo



Señora María H. de Allende y señoritas Raquel y Haydée Allende



Señorita Juana Vioni



Señora Magda B. de Arizmendi



Señoras Natalia Barra de Rebello y María H. de Allende; señorita Raquel Allende, señores Alfredo Rebello y Edelmiro Barra y niñita Bety Rebello



Señorita Teresa Otilia Landi



Doctor Juan Parola y su esposa



Señora Zulema Rico de Mucigaya y su esposo



Familia de Gastelu

Fots. Maique



FRAY MOCHO



Fundado el 3 de Mayo de 1912

Dirección, Redacción y Administración: CERRITO 607

Año XVIII

Buenos Aires, marzo 12 de 1929

No. 881



"LOS MENDIGOS"

Por FRANCISCO PACZKA.

(Véase la página siguiente)



No sería fácil averiguar cómo logró el grupo de filipinos entrar en las reuniones de los señores de Jimeno. Porque aquellas reuniones, sin duda algo cursis, donde se repartía té, se recitaban versos, se jugaba a las prendas y se practicaban innumerables variedades del arte coreográfico, los tipos masculinos se sucedían con tal rapidez y originalidad que, caso de tratarse de un solo individuo establecer el proceso habría sido imposible, pues hubo algunos que llegaron solos, seguros de su audacia y de la lenidad y las dudas que suscita el tumulto; pero aquel grupo tan compacto por los caracteres de raza, por la untuosidad de la corteza, por la prodigalidad y la riqueza, no pudo surgir sino mediante una presentación formal. Fué Carlos Ripoll quien los presentó, más a los pocos días, puesto en último plano por los mismos que lo adulaban para obtener el favor de penetrar en la casa se retiró y les dejó libre el campo de aquellas batallas mitad gastronómicas, mitad galantes combatidas en torno de la mesa del comedor y de la señorita de Jimeno.

¿Y cuál debía ser el general de aquel grupo que poco a poco, expulsaba a los contrincantes sin esgrimir otras armas que la sonrisa y las reverencias? ¡Ah, tampoco hubiera sido sencillo discernir el jefe entre los cinco hombres por igual enjutos por igual oliváceos, idénticos en el oblicuo rasgado de los ojos y en el rígido esmero con que vestían las ropas europeas! De haber sido una contienda científica de seguro resultaría electo el Doctor Aréjola, sabio incansablemente estudioso, metódico y penetrante como un tornillo; de haberse tratado de una pugna comercial, el caudillaje habría fluctuado entre Emilio Sakira y Yun Sent Koma, ambos ahincados de sol a sol sobre los pupitres de una casa de banca cual si no fueran ya inminentemente ricos. Pero la contienda en aquel ambiente, de despreocupación juvenil, sin otros intereses que el alegre cruce de sexos, no podía tener los caracteres agrios de las batallas militares ni de las económicas. A lo sumo llegaba a adquirir ese encono quizás más violento aunque oculto en sedosidades características de las contiendas del amor. Y, en ese caso, ¿no era igualmente ridículo investir con la suprema jerarquía al obeso Dominico Acayán, lento y materialista aun en su raza sobria y casi desmaterializada, como al más joven de todos, Li Hing Ming, cuyos ojos pajizos parecían posarse con igual admirativo estupor en las cosas baladíes que en aquella maravilla viva, sonrosada y turgida que se llamó María Luisa Jimeno hasta que ellos la bautizaron con el nombre caprichoso a primera vista, de la señorita Occidente?

La casa de los Jimeno era conocida en Barcelona por sus reuniones de los sábados. Casi rico, el matrimonio estaba separado por la caducidad del padre y el ansia ya un poco ridícula, de juventud de su esposa, y en paseos y teatros la hija era conocida por su belleza y entre los amigos por su afán de no parecer vulgar; así que la invasión de filipinos fué sonrientemente considerada. Durante las primeras visitas ninguno pareció destacarse: eran como los cinco tentácu-

La Señorita Occidente

Por A. Hernández Catá

los de un pulpo y los menos observadores no consiguieron nunca diferenciar del todo sus sonrisas, sus repentinos apretones de manos, hasta sus palabras donde las erres se convertían en ees y se detenían morosas entre los delgados labios sin sangre.

Sobre las caras ictericas la falta de barba y el anguloso trazado de la mandíbula establecía un sig-

intención radicaba su predominio. De nada sirvió a sus enemigos buscar en la repetición mecánica de sus actitudes motivos de mofa: los contortulios, que llegaban siempre un rato después a pesar de proponerse llegar antes, hubiesen querido encontrarlos con sendos ramos de flores como en un coro de opereta o siquiera en una de esas posiciones equívocas si se

"LOS MENDIGOS"

Francisco Paczka, autor del cuadro que reproducimos en la página precedente, es un artista que posee las cualidades que más dominio ejercen sobre la generalidad de las gentes: brillante colorido y forma enérgica y verdadera. Con la imaginación propia de la juventud y una profunda ciencia de la parte técnica, sabe deslumbrar al espectador. Paczka es un pintor originalísimo: no ha copiado ni imitado a nadie; su modelo es la naturaleza misma. Cuéntase en el número de los pocos que aprenden sin trabajo lo que a otros cuesta muchas vigiliás.

Hijo de Hungría, desde niño mostró raras disposiciones para la pintura, enviándosele a Munich con objeto de desarrollarlas. Apenas contaba diez y seis años Paczka, cuando sus obras empezaron a despertar la atención de los inteligentes. El gobierno húngaro le otorgó una distinción, más valiosa de lo que él se imaginara, y el cardenal arzobispo de Gran, aficionadísimo a las bellas artes, quedó tan prendado de un retrato hecho por el joven pintor, que lo llamó a su lado para que ejecutara una serie de ellos. Terminados sus estudios, Paczka salió de Munich y pasó un año en Gran para satisfacer los deseos del prelado, quien le dió pruebas de paternal cariño. Encontrando demasiado estrecho para sus aspiraciones aquel círculo, pensó en París, y sin titubear abandonó a su protector corriendo en pos de lo desconocido.

Paczka llegó a la capital de Francia sin relaciones de ninguna clase, pero con el corazón henchido de esperanza y confiado en su estrella y en su propio talento. Inspirándole gran simpatía las obras de Zichy, acudió a éste antes que a nadie, cabiéndole la satisfacción de ser recibido benevolentemente por aquel maestro. Dos días después encontrábase instalado en el estudio de Zichy, donde trabajó algunos meses, y cuando, soñando en un porvenir mejor, abandonó a su nuevo protector, éste le ayudó en cuanto pudo: Paczka se hizo digno de semejante protección. Dueño ya de su voluntad, el primer trabajo en que se ocupó, fué el cuadro titulado "Los mendigos" cuyos personajes son de tamaño natural natural y de raza húngara. — (N. de la R.)

ideas de juventud que de una remota vejez; y el amarillo no común que lo mismo sugería de sus ojos aconsonantaba tan bien con el de sus dientes, que hasta cuando parecían más serios al interlocutor se le antojaban verlos sonreír burlones con el azufrado mirar. Los asiduos a la reunión pretendieron hacer burla de ellos sin lograrlo. No sólo no tenían miedo al ridículo, sino que sonreían ante él con desprecio. En esta múltiple aptitud para recibir los dardos de la antipatía y para agobiar con el helado desdén de diez pupilas y de cinco bocas toda dañosa

trata de un individuo cómica en dos e irreparablemente grotesca en varios; mas la semejanza no adquiría en ellos caracteres bufos: dijérase que la fraternidad interna de raza, que obligaba a pensar en un pacto secreto de los nervios, de la sangre y de los espíritus, sobreponíase al parecido físico sugiriendo ideas de respeto, casi de temor y borrando de las bocas la gana de reír.

En los primeros días de tratarlos los señores de Jimeno y su hija parecieron gozar de aquel aroma exótico. Quien se fatigó antes fué el padre: aquellas impertur-

ables caras no hacían ante la enumeración de sus antepasados ni de sus méritos de coleccionistas de antigüedades un poco viejas nada más, el hipócrita gesto de pasmo necesario a su vanidad pueril. La señora tardó un poco de tiempo en confesar su cansancio, pero también debió sentirlo pronto: joven aún alimentaba tal vez sin darse cuenta secreta rivalidad contra aquella hija que, saliendo de pronto de las fronteras inofensivas de la niñez, habíase hecho mujer casi de súbito, sin otra razón que la de echarle en cara sus años y obscurecer su belleza de otoño con eso gracia primaveral a la vez suave y fuerte que es la más corta y la más intensa de las mercedes celestiales. Cuando a la hora de la reunión sonaba el timbre con aquel vibrar corto, tímido, semejante a un gesto de cualquiera de los cinco asiáticos el anciano hundía la testa entre el álbum de sellos, de la boca de la madre derramábase, nublándole el rostro, una resignada acritud, y María Luisa sonreía... sonreía con las violetas de los ojos, con el pelo leve y dorado con la carne elástica y lechosa donde encendía el rubor brillos nacarinos, con los hoyuelos de las mejillas y con las manos activas siempre cual si temiesen que la descubriese mejor su ansia de ser acariciadas o de acariciar.

El timbre tornaba a sonar algo más conminatorio y el padre decía en un suspiro:

— ¡Lástima que haya dejado de venir Ramoncito Echarte... Es un chico de lo más inteligente... Con él sí se podía hablar de todo.

— ¿De todo?... Sí, sí... El poco de geografía que aprendía para ayudarte a colocar los sellos se le olvidaba en el ascensor — bromeaba María Luisa.

— En todo caso — terciaba la madre — es un muchacho distinguido, no un tipo de museo antropológico.

— Lo que es de museo, no: en su vida vió uno el infeliz.

Las palabras femeninas adquirían tal presión de cólera, que el viejo alzaba la vista sorprendido, inquieto.

Por debajo del vínculo maternal y filial percibíase entre las dos almas de mujer una relación menos casual y menos honda. La hija podía sacrificarse por la madre, la madre se podía enternecer y encontrar el ubérrimo gesto de la abnegación maternal en cuanto la hija estuviese disminuida por el dolor; pero de la mujer madura a la mujer joven, el sentimiento de la amistad no era posible. Ambas se miraban frente a frente y la menor concluía por deponer el doble rayo de sus ojos bajo la gravitación de ese atavismo multiseccular que da a quien nos ha llevado en las entrañas despótico derecho sobre nuestro deseo y nuestra razón. Y sin ese prejuicio, ¿en cuántos hogares, cuántas veces habría surgido el drama!

En el instante en que el diálogo iba a despeñarse sobre la violencia, la mano congestionada de una sirviente alzaba el portier, y el estupor y la cólera eran suplantados en los tres rostros por la hipócrita sonrisa de la urbanidad. Las figuras rígidas de los filipinos penetraban en el salón.

Un instante aún la tirantez interior subsistía y el tono de las

frivolidades adquiría de los raros. Mas poco a poco infiltrábase en los ademanes y en las palabras algo cordial. La música ya melancólica, ya alegre, diluía suavidades en los espíritus. La fuente de plata llena de frutas, en el centro de la mesa, esparcía durante los silencios fragancia balsámica e incitaba al sosiego con sus colores tenues. El señor Jimeno concluía por atraer hasta su escritorio a uno de los cinco — casi siempre al obeso Acayán — y entonces, durante mucho rato, hablase o callase, permaneciese quieta o fuera a distraer su turbación pasando el marfil curvo de sus dedos por el marfil angular de las teclas, de los diez ojos pajizos hasta María Luisa, trazábanse diez caminos de admiración, de adoración. Esto había ocurrido muchas veces sin que las palabras se atrevieran a comentarlo; mas aquella tarde en que una llovizna abrilena arrancó misteriosos efluvios al jardín el más joven de los filipinos dijo:

—María Luisa, es usted la señorita Occidente.

Y ella, que estaba de espaldas al balcón vió al volverse tan unánimes sonrisas en los cinco labios hirsutos que no supo a quién dar las gracias por aquel requiebro inesperado y un poco turbador.

II

Y para los cinco orientales María Luisa era la síntesis rabiosa de la raza en cuyo seno azares de la vida y ansias de cultura habíanlos traído desde el archipiélago lejano. No la miraban con la vehemencia sensual con que la contemplaban los demás contertulios, sino con una seriedad atenta, preocupada, como si considerasen un problema. Su tez rubia, sus vivos ojos claros, su turgencia proporcionada y agíl, los vestidos casi siempre leves y pomposos que parecían una sonrisa de su cuerpo, maravillábanlos; y cuando, por cualquier causa, desgranaba su risa — una risa larga y musical entre dos filas de dientes perfectos — se hacían entre sí menudos ademanes de inteligencia cual si estuvieran ante una obra de arte.

—Debieran nombrar profesora de risa a la señorita Occidente.

—¿Cree usted?... ¡Já, já, já, já!

—La señorita Occidente es una lección viva de belleza.

—Exagera usted, señor Lú.

—Déjalos, mamá, ya sé que exageran, pero déjalos.

Y la risa volvía a llenar la sala; y temblaban los finos cristales sobre la consola, y del lejano rincón se alzaba la testa macerada del padre, y un pliegue torvo hendía la frente de la señora de la casa, y en las cinco fisonomías amarillas, sin cambio perceptible de las facciones, reflejábanse una alegría honda que hacía pensar en ese brillo interno que llega desde el centro hasta la superficie de la perla y que ante los ojos inteligentes jamás se confunde con el vidrioso barniz de la imitación.

Uno entre los cinco, el más joven de todos, el de raza más pura también, pues sus ascendientes coreanos jamás, cruzaron su sangre con razas mixtas, daba a su adoración acentos que poco a poco escaparon de la uniformidad colectiva. Lú Hing Ming a quien todos llamaban para abreviar Lú, era de familia ilustre y había venido a

Europa muy joven; abatidos por tristes mudanzas de fortuna emigraron de Seul a Luzón donde sus padres, olvidadizos de la estirpe y acuciados por el imperativo de la vida se hicieron negociantes. En las peripecias del negocio, conocieron a un catalán que los indujo a enviar a Barcelona a Lú, a pesar de las protestas de un antiguo criado déspota familiar que estimaba

Aréjola ejercía sobre él un influjo más hijo de la amistad que de la edad. Cuando las amigas de María Luisa oían hablar de la inmensa fortuna de Lú le decían con ese utilitarismo sin rubor de algunas mujeres:

—Chica, no debías pensarlo: es un buen partido.

—Por lo pronto tiene dos cosas buenas; que no se parece a nin-



—EL CLIENTE. — Y a todo esto no le he preguntado cuánto me va a llevar por el traje.

EL SASTRE. — Trescientos pesos, señor.

EL CLIENTE. — Entonces no me ponga usted bolsillo. No me van a hacer falta.

la milenaria nobleza de la casa sobre todos los tesoros del mundo. Tras cinco años de internado, Lú salía para pasar una época de aseo y estudio de costumbres antes de regresar a su país. Según decían era muy rico e hijo único. Muchacho espigado, taciturno de movimientos breves, frente meditativa e ideas raramente expresadas, ninguno de sus amigos parecía dominarle, y sólo el doctor

guno de mis pretendientes y que no le gusta a mamá.

Tal vez de estas ideas negativas nació su inclinación hacia él. Confinada en la doble limitación de la burguesía y del sexo, su alma, llena de ímpetus, se forjó la quimera de que separándose del tipo común propuesto por las circunstancias y contrariando la voluntad materna realizaba el milagro de elegir. La madre, por su parte, tu-

vo no se sabe si la torpeza o la terrible habilidad de oponerse con violencia ironica. No hubo iras de burla, alusiones al mono, retenciones y diatribas que no esgrumiese; y el duelo quedó planteado así. Detrás del preferido los cuatro filipinos formaron un grupo adicto; dóciles a la vanagloria de las razas impuras, personificaron en la mujercita bella y fragil la idea de un baluarte del orgullo occidental que podía ser conquistado por uno de los suyos; y supieron contaminar de halagos el alma hermetica del mancebo y transfundirle el gusto de todos por María Luisa y excitarle con los obstáculos y hasta engendrar en su voluntad, ya que no en sus sentidos, esa ansia posesoria que tantas veces suplanta al amor.

La época propicia a la crisis, la cercana mayoría de edad de Lú, se avecinaba, y en el grupo de relaciones de la familia Jimeno crecía la atención malévola que precede a los desenlaces. Nadie supo las artes que concurrieron a que Lú saltase sobre el permiso de sus padres. Fué un noviazgo extraño; dijérase que no eran novios para satisfacerse ellos sino para contrariar a los demás. Al quedarse a solas con él María Luisa sentía un desasosiego que la impulsaba a mirar a todas partes con tal de no mirarlo a él cuya vista aguda la envolvía, la hería, la justipreciaba a modo de un tesoro insensible del cual pronto pudiese disponer.

—No me mires así — decía a veces.

—Me gusta mirarte... Te veo también por las noches, en sueños. Habla tú, no importa de qué... Y sobre todo riéte, riéte.

Ella entonces se reía; mas no con la risa luminosa y cromática, sino con una risita seca, difícil. Y cuando algún extraño entraba en la habitación sin darse cuenta, se inclinaba hacia él en ese gesto ansioso del amor que no le salía del instinto ni de los sentidos sino de una forma oscura del cálculo o de la vanidad.

Bien pronto confirmóse la noticia de que no había hipérbole en considerar fabulosamente rico al filipino, y entonces muchas de las incomprendiones — la de las madres y parientes sesudos de las amigas de María Luisa — cesaron; pero las de las muchachas no acababan de reducirse. Aun las que consideraban el matrimonio meta para llegar a la cual todos los caminos eran buenos, sentían al ver llegar al hombrecito amarillo, repugnancia medrosa. Las pasionales eran las más violentas. Eulalia Apodaca que había tenido durante dos primaveras una admiración secreta por el hércules de un circo, decía:

—Por nada del mundo me casaría con él: me parecería que iba a destefir.

Y Aurora Arguelles, morena corpulenta, de fruncidas cejas y palpitantes labios que sugerían imágenes de carnicería, agregaba:

—¡Y con aquellas manitas menudas y aquellos brazos de alambre que no deben poder abrazar bien!...

Estos comentarios llegaban siempre a María Luisa agravados por la malevolencia y espoleaban su terquedad. Cuando Lú cumplió los veintitrés años ya el plano inclinado de aquellas relaciones semipopulares en Barcelona no podía conducirlos a otra solución que al matrimonio. Con aparente manse-

LIBERTAD

Canto a los grandes lagos taciturnos
y a las altas montañas pensativas,
a las viejas ciudades inactivas,
a los campos silentes y nocturnos.

Y en esta adusta soledad del alma
en que vivo, encerrado en mi alta torre,
sólo el gemir del viento que recorre
el mundo turba mi profunda calma.

¿A qué luchar, esclavo de pasiones,
que dan por fruto decepción y penas?
¡Oh, sueño, soledad, reposo, olvido!...

Libertad es retiro sin cadenas;
crearse un paraíso de ilusiones
donde no exista el árbol prohibido.

GOY DE SILVA

dumbre él accedió a pasar por las exigencias externas del catolicismo. Algunos días antes de la boda, al devolverle el espejo la maravillosa visión de su figura, María Luisa recapituló con clarividencia casi ajena a ella, las etapas de aquellas relaciones sin amor y tuvo miedo, lástima de sí misma, arrepentimiento casi; en su mente, a modo de balanza pesadora de probanzas de vida, aparecieron de un lado la figura enigmática del novio y del opuesto, su propia juventud, su atractivo físico, su bienestar suficiente a no obligarla a considerar el matrimonio como una profesión para ganar la vida... Y dudó por primera vez si aquel interés, mas curioso que pasional, que sentía por él no sería planta de otro clima distinto al del amor, opuesto al del amor, cuya imagen única vivía en su conciencia merced al instinto y en su recuerdo por el de algunas novelas y obras de teatro. De haber sido en aquel instante nueriana, y haber vivido sola, sin amigos que pretendiesen disuadirla y sin ojos extraños que la examinaran burlescos, de seguro habría escrito a él, falta del valor preciso para enfrentarse con él: "No puedo ni quiero unirme a ti... Casi no me parece un hombre... No me imagino como se puede vivir a tu lado, dormir a tu lado, tener un hijo tuyo... sólo te concibo en una pantomima... Perdoname si te hice caso por tedio, por parecer original..." Mas en aquel momento entró su madre, se sentó en una butaca baja, taconeó cerca de un minuto, sin darse cuenta de que las nubes que nublaban la belleza de María Luisa eran de hondo dolor; y ya el silencio era eléctrico y hostil cuando dijo:

—Me había propuesto no ir a la boda pero por no contrariar a tu pobre padre...

—Haz lo que quieras.

—Iré aunque muerta de vergüenza y de rabia. Para mí, óyelo bien, es como si te suicidaras, como si hicieras algo monstruoso... ¿Quieres que te lo diga de una vez? Pues preferiría verte hecha una cualquiera con un hombre de tu raza a entregarte a ese orangután flaco que, para colmo de ignominias es menor que tú. ¡Ah, si tu padre no hubiera sido débil y nos hubiéramos opuesto!

—Habría sido lo mismo — contestó secamente.

—Aun hay conventos donde se puede encerrar locas.

—¡Pruébalo!

Y las dos de pie frente a frente, se quedaron un rato con las miradas cruzadas igual que dos armas. La madre, al fin, bajó los ojos y sonrió.

La boda se efectuó a fines de Octubre en una capillita aislada de la catedral. María Luisa estaba admirable bajo el velo nevado y junto a ella, rígido dentro del frac, lívido por el resplandor de las luces, el novio escuchaba sin pestañear los latines del sacerdote. Muy cerca, en bisbiseante pífia, los íntimos seguían la ceremonia y algo separados, con las caras cetrinas, alargadas por la emoción, cual si fueran gigantescos cirios de llama opaca, los cuatro compatriotas de él, destacaban sus serias sonrisas de orgullo. Al salir del templo, alguien del pueblo lanzó una cuchufleta, pero cuando tintinearon sobre los adoquines los puñados de plata que el doctor Aréjola tiró,

cien cuerpos se curvaron codiciosamente y los novios pasaron.

Parecía que la señorita Occidente, en el instante de dejar de serlo recibiera el vasallaje de los suyos.

III

Habían llegado sólo dos cartas de los novios desde París reveladoras de una dicha voluble, cuando una mañana el doctor Aréjola se anunció a los señores de Jimeno, y con escueto ademán, los tendió un cablegrama:

EL CUERVO Y SUS HIJOS

Un cuervo hizo un nido en una isla, y cuando tuvo hijos, quiso transportarlos al continente.

Primero tomó uno para atravesar con él el mar; pero llegado a la mitad del camino, sintióse fatigado, acortó su vuelo y se dijo:

—Ahora que soy fuerte y él es débil puedo llevarle; pero cuando él sea fuerte y la vejez me debilite, ¿se acordará de mis cuidados y me llevará de un lugar a otro?

Preguntó a su hijo:

—Cuando seas fuerte y yo débil, ¿me llevarás así? ¡Responde con franqueza!

El pequeño, temiendo que le dejase caer al mar, contestó:

—¡Sí te llevaré!

Pero el cuervo no creyó a su hijo y abrió las garras.

Como una bala, el hijo cayó al agua y se ahogó.

El viejo volvió a la isla, tomó otro pequeño y atravesó por segunda vez el mar. De nuevo fatigado, preguntó a su hijo:

—¿Me llevarás de sitio en sitio, como yo a ti ahora, cuando sea viejo?

Con el mismo temor que su hermano, el cuervo hijo respondió:

—Sí.

El padre no quiso creerle tampoco y le soltó.

Cuando regresó a la isla, en el nido sólo había un pequeño.

Tomó a su último hijo y dirigió su vuelo hacia el mar.

Otra vez fatigado, preguntó:

—¿Me mantendrás en mi vejez y me transportarás así cuando esté débil?

Y el cuervo joven respondió:

—No.

—¿Por qué? — le preguntó el padre.

—Cuando seas viejo yo seré fuerte, tendré un nido mío, y acaso hijos a los que habré de alimentar y transportar como lo haces tú conmigo.

Entonces el viejo pensó:

—Ha dicho la verdad. En recompensa quiero llevarle hasta la orilla.

Y así lo hizo, dejando en tierra al cuervecillo.

LEON TOLSTOY

—¿Pasa algo malo? — le dijo la señora sin atreverse a leer.

—¿Es de María Luisa? — preguntó el anciano trémulo de ansiedad.

—No, es de Filipinas... Los padres de él, que iban a Fusan, en Korai, de donde son ellos, han perecido en un tifón.

—¡Ah! — dijeron los dos respirando tranquilos.

Y en seguida, ruborosos ante la mirada del doctor, añadieron:

—¡Pobre muchacho!

—Para él será una gran pena... inmensa. Será una llamada brusca a su verdadera vida... Y hay que

avisarle sin pérdida de tiempo, por que tendrán que irse.

—¿Qué irse?

—Sí, para allá, a hacerse cargo de sus intereses.

Durante un momento quedaron en meditativa mudez sorprendidos por las consecuencias de aquel naufragio lejano. La madre fué a un mueblecito, y sacando las cartas de la hija, en las cuales le hablaba mucho de diversiones y trajes y poquísimo de él, se las ofreció al doctor como si aquellos testimonios de ventura fuesen argu-

la verdad... Entre nosotros es costumbre: ¡uno tiene derecho a sus penas como a sus alegrías! Si no venias es porque, tal vez, ustedes tengan mas derecho que yo, y...

—Nosotros, la verdad...

—Sí, sí, comprendo... Era sólo una cuestión de cortesía por mi parte. Ahora mismo voy a ponerle el telegrama.

Y salió rígido irónico, con un empaque altanero que hasta entonces no existió en él o paso inadvertido.

Cuando llegó la noticia a París, hubo de esperar empujada entre los dobles de un papelito azul a que María Luisa y su esposo regresaran del teatro. Llegaron en un carruaje. Él descendió rápido para ayudarla a bajar. Vestía de etiqueta y parecía menos enjuto. Ella irradiaba contento, salud, curiosidad por las cien formas nuevas de vida que se le ofrecían solo por sacrificarse y tolerar las cortas caricias y la cortesía intachable de aquel hombrecito que colmaba todos sus caprichos. Subieron en el ascensor sin ningún presentimiento y anduvieron durante algunos minutos por la habitación sin sospechar que aquellas palabras silenciosas deseaban traslucir su sentido. María Luisa en su afán de no confinarse en el círculo íntimo, se había asomado al balcón para ver el aranso ir y venir de la muchedumbre, cuando él cogió el despacho, lo abrió y lanzó un breve gemido gutural. María Luisa volvió la cabeza y lo vio tan pálido, tan pálido, que corrió hacia él impelida por el terror y por la lástima:

—¿Qué te pasa? ¿Qué es?...

En vez de responderle, él pronunció con rapidez que contrastaba con su hablar despacioso, agitadas palabras de un idioma extraño. Su emoción era tan honda, que hubo de sentarse para no caer. Ahuecó las palmas de las manos y hundió en ellas el rostro. De pie junto a él, María Luisa, veíale el cuello color ceniza y el pelo negrísimo, e indómito. Y sin saber qué hacer, sin comprender siquiera aquel dolor del que apenas participaba, estuvo un instante indecisa. Luego posó su diestra sobre la dolorida cabeza y quiso consolarle. Él la rechazó, sin brusquedad, pero la rechazó. Al cabo de un rato se puso de pie, sus músculos ya habían recobrado su habitual tensión y dijo:

—Tenemos que volver a Barcelona esta misma noche. Mis padres han muerto.

María Luisa cogió el telegrama y lo leyó varias veces, esforzándose subconscientemente para encontrar en la dramática frase algo conmovedor. Sin poder evitarlo, pensaba más en las diversiones truncadas y en los trajes no probados aún, que en aquellos dos desconocidos ahogados en el remoto mar. Con sequedad imperativa él ordenó:

—Hay que cerrar al punto los baúles. Yo voy abajo a disponerlo todo. El tren sale dentro de tres horas.

Ella hubiese querido hallar un medio de diferir la marcha, más cuando lo vio salir se puso a cumplir su orden sin demora. Ni siquiera pudo analizar su sorpresa; de verse mandada por él hasta entonces sumiso; cuando la idea se fijó en su mente, ya el primer baúl estaba hecho. Él volvió al poco rato. Nada quedaba ya que hacer y sobraba una hora. Del maletín sacó un cuadernito y escribió durante

mentos contra la desgracia imprevisible.

—Miré usted, lea... Tan felices que eran... Y ahora...

—Volverán a serlo, si lo son... Yo también tuve carta de él: aquí está.

Y mostró un pliego de papel con escasas líneas de escritura microscópica, que parecía hecho a máquina. Agotadas las fórmulas ambiguas, él preguntó:

—¿No les parece que yo debo avisarle?

—Claro, sí... Con precauciones... Tal vez fuese mejor prepararlo antes por carta.

—No, no. Hay que decirle toda

largo rato caracteres ininteligibles para María Luisa que miraba a hurtadillas. Cuando terminó y tendió la vista en torno, ella notó que su alma volvía de un largo viaje y le tendió la diestra. Lf le dijo:

—¡Cuánto siento contrariarte, nena!

—¡Oh, no! Yo, sí que siento tu pesar... Ya hace mucho tiempo que no los veías, ¿eh?

—Seis años enteros... Llegaremos a Barcelona pasado mañana y podremos tomar el vapor del diez y siete... ¡Qué extraño va a parecerme mi país!

Y quedó abismado en la remembranza, mientras María Luisa estragulaba entre sus párpados dos lágrimas de sentido indescifrable, pero de pena honda, oscura, exenta de aquella cólera excitante y casi alegre sentida tantas veces en la discrepancia familiar. ¿Era miedo a dejar su tierra por otra desconocida? ¿Era vaga anunciación de la heterogeneidad de sus almas? Algo de las dos cosas.

Desde aquel instante hasta que estuvieron en el tren el espíritu de María Luisa vivió sonámbulo dentro del cuerpo arrastrado casi por el que una bendición y un contrato habían hecho su dueño. Cuando el convoy partió y desfilaron ante sus ojos los suburbios, las campiñas cuidadas, las vastas extensiones de sombra donde brillaba a intervalos el oro de las luces, sintió de pronto, como una sensación de tibieza jamás vivida en él, el recuerdo de su hogar; y sonrió a la idea de que iba a vivir con sus padres algunos días. Igual que el paisaje cruzaba por la ventanilla del coche, la cinta de su vida anterior desarrollábase tras el cristal neblinoso de su pensamiento. De rato en rato, un bamboleo la arrancaba al ensueño, y entonces veía frente a ella la figura rígida de Lf. El no debió de dormir en toda la noche porque cuantas veces abrió María Luisa los ojos vio los suyos agudos y alertas entre los pliegues de piel amarilla. A la madrugada, le pareció volverlo a oír pronunciar con celeridad palabras misteriosas, y se estremeció. Lf bajó de la rejilla una manta y le envolvió los pies. Ella conmovida de gratitud, le dijo:

—Abrígate tú.

—Yo no tengo frío.

—¿Por qué no duermes?

—No puedo... ¡Ojalá!... He pensado en esta noche más que en toda la vida.

Sin saber porqué María Luisa, traslució en la frase un dejo de reproche y otra vez tuvo miedo. Al reconocer ya cerca de Barcelona, sitios familiares, sorprendíala como algo inverosímil, estúpido, que el hombrecito fuera su compañero para siempre. ¿Era posible que al llegar a su casa no la dejase allí como tantas veces lo había hecho y no se fuera con sus cuatro amigos? Puesto que a él sólo satisfaciale adorarla vestida delante de la gente y sonreír orgulloso cuando sorprendía en otros miradas de admiración; puesto que al quedarse solo con ella adquiría una torpeza embarazosa fría, displicente; puesto que su cariño distaba tanto de la pasión a la vez carnal y espiritual, soñada cien noches en sus desvelos virginales y entre vista en clandestinas lecturas. ¿por qué no se resignaba en vez de ser su marido, a ser su dueño y no la dejaba guardada en España para recogerla a la vuelta? ¿Qué importaría aquella extrañeza de acciden-

te en medio de su extrañeza de accidente en medio de su extrañeza honda total, no sentida por completo hasta entonces?

En el andén, un grupo de seis personas esperaba. El desbordamiento de ternura temido por los señores de Jimeno y por María Luisa, no se produjo. La diestra enjuta de Lf estrechó otras cuatro manos amarillas sin prolongar ni un segundo más de lo común el contacto, y junto a esta urbanidad la indiferencia curiosa de ella no detonó. Por primera vez notó María Luisa que de Barcelona trascendía un leve olor a podredumbre, y por primera vez también encontró feos algunas calles. Ya en la casa, la madre puso empeño en demostrarle que la corte habitual de adoradores no había desertado al partir ella y supo dar a las recepciones de pésame un aire galante. Había en esta impudicia tal menosprecio tal provocación, que en vez del anhelado oasis María Luisa encontró allí nuevo martirio y sintió impulsos de acelerar el tiempo para embarcar antes. ¡Una sola semana cuánto la había separado de aquel lugar donde pasó de nifia a mujer! Has ta la voz de su padre parecíale otra. Sólo las cosas acogíronla con familiar pasividad. ¡Y con qué gesto puro, férvido acariciaba ella en sus soledades, mientras las voces parloteaban animadísimas en la sala, sus muebles, su mesita donde escribió los temas de francés, su cama blanca, donde murieron tantas fatigas y nacieron tantos ensueños, su silla, su armario... todo cuanto había dejado ya de ser suyo!...

Acaso sin ánimo de mortificarla, su madre solía entrar y decirle:

—Hija, te ha dado ahora por estar sola... Sientes el duelo más que tu marido. Ya te consolarás allá con tus riquezas y tus esclavos chinos... porque lo menos tendrás mil.

Y María Luisa no respondía na-

da y se ocultaba en el rincón más penumbroso del cuarto para que no la viesen sufrir, envidiando aquella máscara, de su marido que no tomaba nunca el gesto de las alegrías ni de las penas.

Cuando llegó el día de la marcha y se vió en el buque rodeada de amigas, hubo de hacer enormes esfuerzos para no llorar. Hasta los menos íntimos inspirábanle un cariño repentino, anheloso. Hubiera querido hablar con todos de todas las cosas. Repiqueteó una campanilla y fué necesario separarse. Desde el muelle el grupo le hacía recomendaciones, y junto a ella su marido hablaba con los cuatro filipinos algo apartados de los demás. Y cuando el buque lanzó un alarido terrible, María Luisa pensó que era su corazón el que se desbordaba; y cuando la mole empezó a moverse y dejó entre ellos y el muelle un vacío que se fué ensanchando, ensanchando, la vieron agitarse de súbito y romper en convulsos sollozos. Y no supieron nunca que su alma, entre el tumulto de la partida, gritaba desesperadamente:

—¡No dejéis que me roben así! ¡Yo me quiero quedar; yo soy vuestra... no dejéis que me roben así!

IV

Ella gustaba de colocar su silla hacia popa y de mirar la estela; él, siempre a proa, parecía querer anticipar los nuevos horizontes; primero, durante muchos días sólo existió en torno el mar, ya terso cual si lo cubriese una capa de grasa, ya intensamente azul y roto en innumerables explosiones de espuma, ya torvo, denso, con ronca voz de amenaza, ya luminoso y ahondado por esmeraldas trasparencias; luego comenzaron las escalas anunciadoras del misterioso Oriente vivo bajo el híbrido occidentalismo impuesto por la domi-

nación inglesa. Port Said, Suez, Aden, la de las maravillosas cisternas Colombo, con su puerto artificial de rectilíneos brazos y su templo hindú pasaron...

En el largo tedio del viaje, cada día le pareció Lf a María Luisa más incomprensible; los mismos viajeros ignorados unos días antes y de seguros perdidos para siempre unos días después, antojábansele más cerca de ella. Ni un momento echó de menos su cortesía, su vanidad de dueño; fué ante todos el enamorado atónito frente a las gracias de su esposa. Pero aquella urbanidad incompatible con el goce íntimo persistía hasta cuando quedaban solos en el camarote. Su pudor ante ella era infinito: para mudarse de camisa o realizar la menos bochornosa operación de aseo, esperaba horas y horas a estar solo y pasaba irreprimibles angustias. Su orgullo de raza y su orgullo de sexo mortificábanse con este desvío; y poco a poco, el trabajo de su conciencia que le gritaba: "¡Sólo a él tienes ahora en el vasto mundo!" y el de su carácter hecho a triunfar con las armas del débil — seducción, mimos y súplicas — fueron los únicos que la impulsaron a acercarse a él. En este trabajo al principio, apenas si los sentidos intervinieron; más excitados por la cautelosa resistencia concluyeron por exigir también su parte en la aventura. Y él se esquivaba, rehuía las frases de dudosa interpretación, fingía a maravilla no comprenderlas.

El día que iban a entrar en Manila Lf mostróse nervioso, emocionado. Desde que la tierra fué en el confin sólo bruma indecisa, no se separó de la borda. Y en su rostro los tonos claros de los alcores, las casitas minúsculas, las masas de arbolado, el índice del faro y los menores accidentes de la costa reflejaban el júbilo. María Luisa lo vió acariciar con la vista el

No padezca más los graves trastornos que su estreñimiento le provoca (granos, manchas en la piel, eczemas, mal humor, falta de apetito, irritabilidad nerviosa, etc.). Reeduque su intestino, 1 ó 2

Pildoritas REUTER

por noche regularizarán sus funciones intestinales.

EN TODAS LAS FARMACIAS.



PILDORITAS REUTER

paisaje, como a ella no le había acariciado nunca.

—¡Mira aquel vallecillo... allí!... ¿Lo ves?

—Sí, sí — respondía ella sin compartir el entusiasmo.

—Pronto se verá la ciudad... ¡Ah! ya verás... Tú no puedes comprender esta belleza.

Y junto a las palabras bien coordinadas fluían de sus labios sonidos inarticulados que a María Luisa antojábanse casi animados. Con el busto inclinado sobre la borda ansiosamente dijérase que deseaba llegar a tierra antes que el buque.

En Manila fueron muchas personas a recibirlos: todos asiáticos. La miraban con curiosidad, sin cuidarse de la discreción apartándose a pasos menudos para verla bien. Un pariente les ofreció su casa, pero Li rehusó y fueron a un hotel de tipo europeo. Argumentando en contra de nuestra lógica, él dijo al pariente para que dejase de instarle:

—No, no: estaremos dos días apenas. Gracias.

Y cuando subieron al coche del hotel explicó al oído de María Luisa:

—Lo he hecho por tí.

—¿Por mí?

—Para que no estuvieras violenta... Su casa, a pesar de estar en esta ciudad que no es nuestra ya, es una verdadera casa tagala... Y tú no sabrías estar en ella. Ya aprenderás.

—Sí, claro.

Pero cuando María Luisa dijo esto, ya el alma varonil estaba ausente, y sin duda no hablaba para ella, cuando musitó en tono de reproche:

—¡No debieron sacarme de aquí nunca!

Estas palabras le parecieron dichas contra ella, y sin embargo, en seguida dejaron de punzarla. ¡Al menos salían ya de aquella cortés desdén! ¡Iba a surgir el hombre! Como María Luisa en París, Li dejó traslucir mayor interés hacia las cosas que hacía su acompañante. Ante cualquier rincón, ante cualquier persona de su raza, ante cualquier objeto antaño familiar, el júbilo resplandecía en su rostro. "¿Será venganza de mi irreflexiva grosería del viaje de boda?" pensó María Luisa. Y extremó con él las atenciones y se puso a estudiarlo, a considerar que era preciso realizar un esfuerzo para serle grata, poseída de ese sentimiento a veces rencoroso que no excluye el amor, enamorada casi. Y cuando en la soledad sonreía él y ella se daba cuenta de que aquella sonrisa era para alguna imagen lejana, sentía celos.

Manila no le produjo impresión demasiado triste. Lo pintoresco, fruto del contraste entre dos civilizaciones, le interesó. Allí aún, la cufia del influjo europeo permitía establecer una especie de claroscuro. En el hotel se cruzó con jóvenes americanos que la cedieron el paso y la galantearon con el mirar. Los vestigios de la colonización española y los progresos de la yanki, pugnaban por absorber elemento autóctono; y las modas las costumbres hasta las fisonomías, tenían algo de mezcla. Li, protestaba a cada rato de eso sin sospechar que constituía para María Luisa la disculpa única de aquella rara ciudad fuera del centro de sus recuerdos y sus tradiciones.

A los 3 días de estar allí llegó

de Luzón un viejo malayo criado antiguo de la familia Ming. Era hirsuto, de largos bigotes caídos y piel cobriza, tan poco magra que se adivinaba la calavera. Vestía pantalón de rayadillo sujeto con un cinturón de bejuco del cual pendía el bolo, corvo machete enfundado en tabletas de fibra. Había sido ayo de Li y éste lo recibió con grandes muestras de respeto. Durante dos inmensas horas hablaron delante de María Luisa sin ocuparse de ella en la lengua natal. Sin duda le refería el viejo los últimos años de los naufragos. Cuando Li titubeaba, el viejo apuntábele el olvidado vocablo. La voz

te crispó los puños... Ella se asustó:

—¿Qué tienes, Li?

—¡Si me lo hubiera dicho otro en vez de él!...

—¿Pero qué te ha dicho?

Durante el medio minuto que tardó en surgir la respuesta su vanidad de mujer halagada siempre hasta entonces, le sugirió la ilusión de que el viejo habría desencadenado con alguna frase contra ella, aquella cólera de su marido; y se quedó yerta al oírle:

—¡Me ha llamado extranjero!!

Y en seguida, como si quisiera devastar por completo el alma de su compañera prosiguió:

JUSTICIA

Uno de los jueces — que se sabía engañado por su esposa — opinó:

—De la vista de la causa resulta que el acusado dió muerte a su mujer y al amante de ésta, sorprendiéndoles en adulterio. Ahora bien: en tales circunstancias, es indudable que el acusado actuó obedeciendo a una fuerza a la cual no pudo resistir, y la que, al anularle la voluntad le hizo irresponsable.

Y otro juez — amante de una mujer casada — repuso:

—La ley no solamente ofrece al esposo engañado la vía del divorcio para romper el vínculo matrimonial, sino que, además, establece penas contra la adúltera y su cómplice. Estamos, pues, en presencia de un doble homicidio gratuito. Más aún: se trata de un doble asesinato, pues el acusado confesó haber premeditado la comisión de ese doble crimen, así como también que acechó a las víctimas y las agredió alevosamente, es decir: cuando éstas no podían defenderse.

Entonces, el Presidente del Tribunal, con la ecuanimidad en que se resolvía su paz doméstica, intervino:

—Me parece que ninguno de ustedes dos ha motivado suficientemente su opinión; o, mejor dicho: ninguno se ha situado en el verdadero punto de vista de la cuestión, pues, de una parte...

Sonó el timbre del teléfono. El Presidente escuchó: su señora le hablaba:

—Luis ha venido a decirme, casi loco, que María le engaña. Tú recordarás que yo me opuse a ese matrimonio, pero los hijos nunca...

—Está bien — interrumpió el Presidente. Y, volviéndose, con gravedad, a sus compañeros:

—La verdad es que la cuestión está suficientemente discutida; y yo me adhiero a la primera opinión, de las dos que se acaban de emitir. De modo que hay dos votos contra uno a favor de la inculpabilidad del acusado. Voy, pues, a dictar la sentencia de absolución. Secretario, emplease a escribir...

R. PEREZ ALFONSECA

ronca adquiría a veces inflexiones coléricas y Li bajaba los ojos. María Luisa comprendió en seguida y que, a pesar de no mirarla, la aludían frecuentemente en la conversación. Al hallarse a solas con él cometió la cándida indiscreción de preguntar:

—El viejo no me quiere ¿verdad?

—Me quiere a mí... Me tuvo de niño entre sus brazos... Y me ha dicho ciertas palabras duras, merecidas.

—Te ha dicho que no me debiste traer, lo sé perfectamente.

Li calló sin ver que la ansiedad del rostro de María Luisa se iba trocando en desaliento. De repen-

—¡Y tiene razón!... Lo soy... Lo he sido sobre todo; y ahora mi deber para mis dioses y para mi patria es trabajar doble a fin de ganar los años perdidos... Si los yankis nos hacen aquí la vida imposible me iré a Seul, y desde allí laboraré... Ya sabrán de mí... ya sabrán de mí...

La mañana del día en que debían partir para Luzón, ella se levantó con los ojos áridos. Apenas había dormido, y en los intervalos del insomnio agitáronla pesadillas semilúcidas que persistían más acá del sueño. De haber encontrado siquiera una cara amiga, de seguro habría pedido socorro.

Mientras descendían los equipajes y Li disputaba con los criados

¿Cuál es el ahorro más ventajoso?

Los tiempos difíciles porque pasamos, hacen que esta pregunta sea de actualidad. Todo lo que contribuya al aprovechamiento en materia de indumentaria resultará de un alto principio económico gastando en artículos de calidad que cooperen a este fin. Las manchas de sudor que estropean todos los vestidos puede usted evitarlas con el uso del Polvo Vasenol Anti-Sudoral que es el remedio más eficaz. Este Polvo limita el sudor, refresca agradablemente y hace que la conservación de un vestido sea tarea fácil y económica. Durante el verano su uso es imprescindible tanto para las señoras como para caballeros. Venta en farmacias, droguerías y perfumerías.

asiáticos del hotel bajo la mirada benévola del viejo, ella, cual si estuviera en capilla remontó el curso de su vida y tuvo condenaciones para cien intemperancias, disculpó a su madre, pensó en la debilidad de su padre tiernamente y recordó una a una a sus amigas. Hasta ciertos lugares — la Rambla de las Flores, la terraza de un hotel en Valvidriera, el claustro de la Catedral — acudieron a su memoria como si estuvieran facciones humanas, y su desesperación asíase a las evocaciones, lo mismo que las manos de un ser que quisieran arrastrar hacia la muerte.

Uno de los criados a quien Li azuzaba debió decirle algo insultante, porque éste de un salto felino se llegó al malayo, le arrebató el arma del cinto, y en otro salto casi lo alcanzó. Con comprensión instantánea, María Luisa se dió cuenta de que lo había llamado extranjero también y cerró los ojos.

A una voz del viejo, Li soltó el arma, abrozóse al infeliz y mediante una torsión ejecutada con maestría, sin perceptible fuerza lo hizo caer bruscamente y barbotear entrecortadas frases entre espuma y gemidos.

—¡Déjalo, déjalo! — gritaba ella.

Pero él tardó en obedecer, y cuando al dejarlo, el criado quedó agitando con estertor terrible, en las pupilas de agua del viejo y en las de Li, brillaban cuatro llamas crueles, que a ella le parecieron las de cuatro blandones entre los cuales el cadáver de su aspiración a la dicha durmiera para siempre, ¡para siempre!

V

¡Ah! las inmensas soledades de la casa ancestral, llena de antiguos muebles de rampantes dragones de tallas de una belleza horrible, de armas, de máscaras que perpetúan espantosos gestos, y, sobre todo de silencio, de un silencio avizor que parecía escuchar los más sutiles secretos de su alma!

El clima templado enervante, contribuía a debilitar la resistencia de sus músculos, único sostén al progresivo desequilibrio de sus nervios. Algunos *bagnios* — tempestades bruscas que precipitaban torrentes de agua y herían la tierra con infinitos rayos — añadieron a la impresión adversa de seres y cosas la hostilidad de los elementos. Durante semanas ente-

ras, Li estuvo con el implacable servidor y tirano encerrado para examinar innúmeros papeles. Luego emprendieron excursiones por la carretera de Laog, y cruzaron muchas veces el Agno grande, para dirigirse a algunas islas — Babuyanes y Macbate — en donde tenían los Ming dominios. Y ella apenas se atrevía a decirle: "No tardes, mira que me mustio de miedo".

En los primeros días Li obligó al cocinero, tras prolijas explicaciones a preparar algunos platos a gusto de María Luisa, mas no tardaron en ser raros y hasta en desaparecer. Y luego de pasar días de privación, hubo de otorgar la victoria al hambre contra la repugnancia y de comer el cotidiano *pansig*, los manjares fantásticos de gusto dulzón, el arroz seco; las frutas resarcíanla mucho, y a pesar de no ser glotona, llegó a comer con voracidad las mangas que trascendían a yodo y le chorreaban sensualmente la piel. Pero un día, el viejo malayo, a quien ella creyese hasta entonces ignorante del idioma español, se acercó a decirle con capciosa respetuosidad:

—Las buenas mangas acabal ya por esta época y las que quedal ser malas y nosotros no querel que coma para que esté buena salú cuando vuelva a su tierra.

Ella le miró a lo hondo de los ojos para leer la intención y nada pudo descifrar en las aceradas pupilas. Su instinto dictábale la urgencia de oponerse a aquella captación del alma de Li. El siempre cortés hasta dejaba de serlo cuando el criado estaba delante. Cada día, con hilos invisibles, el viejo tendía entre los dos una tela de araña donde las mariposas del mutuo atractivo quedaban prisioneras. Los contactos maritales, nunca frecuentes, espaciábanse cada vez más. Y María Luisa no los cortaba, menos por los sentidos que por exigirselo su inteligencia diciéndole: "Este será el postrer reducto. Defiéndelo".

Mediante esfuerzos dolorosos realizados con un tesón insospechado por ella misma llegó a comprender tagalo y pudo darse cuenta de que el viejo hablaba a Li en nombre de sus ascendientes coléricos en sus tumbas al verlo renegar de la fe de su raza, de la pureza de su raza, de la supremacía de su raza. Los expió y pudo ver a Li anonadado mientras el viejo flamígeros los ojos y flageladora la diestra, hablaba incansable, implacable. Y entonces María Luisa tuvo lástima y creyendo resarcirle, en la penumbra florida de la alcoba, pretendió hacerse tierna, lasciaba humillarse para obtener ese primer eslabón de la cadena del amor tras del cual los demás se anudan sin trabajo... Y fué inútil, inútil; ante su cuerpo maravillosamente bello y adolorido, los ojos los pajizos se cerraban, cruzábanse sobre el pecho las manos, y los labios se contraían en un rictus desdichoso insensible... Y en los insomnios, tendida a su lado como un despojo sin alma, mientras él estaba dormido, velaba sin dignarse notar su presencia, lloraba su belleza inútil, hasta que en los bordes del cielo insinuábase tenue claridad abillantada poco a poco con toques de violeta de carmín, de inflamado amarillo que barría toda sombra. Y el sol, entraba a mirar sus hondos ojeras y a alumbrar su tristeza sin alegrarla. En aquellas noches, supo María Luisa

la inmensa cantidad de dolor que cabe en un minuto.

Nadie en el país dejaba de considerarla con antipatía. Sin duda el malayo, ordenó que nadie hablara castellano con ella, porque sus intentos hallaron siempre caras inexpresivas que no entendían o fingían no entender. Las pobres tejedoras ilocanas que urdían prodigiosamente el lino a las puertas de sus cabañuelas con los pañuelos anudados sobre la frente, jamás alzaron siquiera la vista para mirarla pasar. Sus conversaciones de día en día eran más raras llegaron a sugerirle el miedo de olvidarse de hablar; y hablaba sola ante los espejos, ante las laqueadas superficies de madera donde cínifes y esbeltos lotos decorativos entremez-

rían modo nuevo. ¿Nuevo? Viejo, mejor: no era que aprendía sino que recordaba. Dijérase que los invisibles antepasados quitábanle cada noche un pedacito de aquel barniz puesto sobre su verdadero ser durante seis años por Europa... ¡Ah! el viejo podía estar contento.

Pero al florecer la primavera su alma se volvió a revelar. Pensó en la posibilidad de un hijo, y quiso tenerlo a todo trance. Esta esperanza la despojaba de su timidez; y hasta la máscara imperturbable de Li alterábase cada vez que ella, saliendo de su mutismo lo recibía con mimos.

—Has tardado mucho en venir... Hoy está el jardín maravilloso... Ya empiezo a querer esta tierra... ¿Verdad que cuando la quiera del

cuando venga haré que el viejo se vaya con cualquier pretexto y le echaré los brazos al cuello, lo besaré en la boca y no me sabrá resistir... Llegó a adorarlo, a desearlo, a esperar su presencia con agobios de enamorada. Y cuando él venía, todo era inútil: las llamas frías de sus ojos agostaban el jardín de la ilusión. Hasta concibió la idea absurda de buscar algo para tefirse la piel de amarillo a fin de atraerlo.

Una tarde la criadita filipina tropezó al bajar el jardín y cayó sin hacerse daño. María Luisa estaba en un raro momento de optimismo y de su boca se escapó una carcajada, larga, cromática, musical. Li apareció en el extremo del pasillo furioso y gritó:

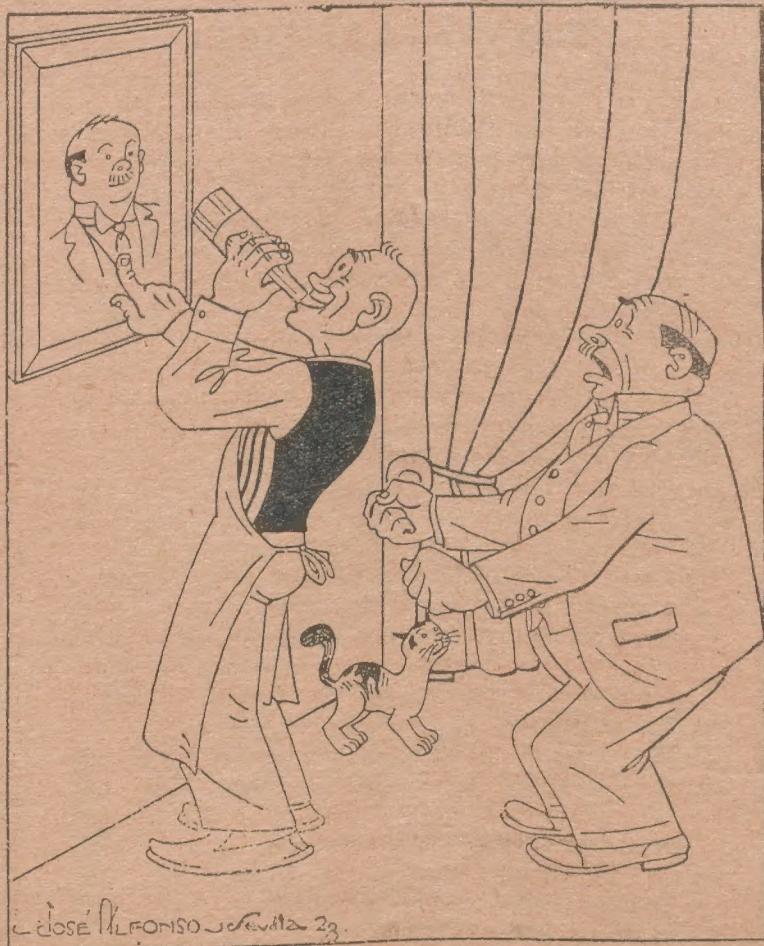
—¡No te rías así! ¡No te rías así!

Pocos días más tarde, llegó a la finca una señora norteamericana a quien las autoridades de Manila recomendaban con insistente interés. Era escritora, mujer madura de asafanada cabellera y escasísima feminidad. Al presentársela a María Luisa, su marido le dijo:

—Espero que la atenderás con esmero y que hablarás con ella de vuestras cosas.

Ella sintió el dardo de la ironía, mas siguió el consejo. Aquella mujer que en otras circunstancias hubiérase sido simpática o indiferente, a las pocas palabras era su amiga íntima. Pasó con ella leves horas, complaciéndose en oír su propia voz y en ver el efecto que sobre su rostro hacían sus palabras. Le besó las manos, la colmó de presentes, la hizo prometer escribirle, le contó su vida y su pesar en confidencia regada con lágrimas. Los cuatro días que vivieron juntas, apenas si marcaron sensación de tiempo en el reloj del alma de María Luisa. Y cuando el coche se la llevó carretera adelante, los votos mejores fueron con ella, y en el yermo de sus ilusiones floreció al fin una realizable: la de recibir carta suya y contestársela sinceramente, no como a su madre a quien tantas páginas de dolor había escrito para después romperlas y sustituirlas por otras de mentiroso orgullo.

Y la primera carta de la americana no fué balsámica. Con juicio sagaz la escritora descubría el engranaje de los hechos sólo entrevistados por María Luisa. En párrafos certeros, fríos odiosamente inteligentes, como el bisturí que sin buscar la alianza del anestésico se complace en el dolor de la vivisección, la yanki explicaba las causas del desvío y aseguraba con pavorosa lógica que era irreparable. "Al regresar y convivir de nuevo —decía— con la civilización que lleva en las venas por atavismo superior a su voluntad se ha considerado un réprobo, y poco a poco su alma antigua despierta. Las actitudes raras que usted observó, el gradual despegue de las ropas y costumbres de Europa, el odio a los amigos filipinos de allá, no son sino signos de ese fenómeno. La reaclimatación será absoluta; ya no volverá a ser occidental nunca más. ¿Sabe usted por qué cambió primero de cama y luego de cuarto? Porque usted le repugna. ¿Sabe por qué se indignó al oírle reír? Porque con esa risa le atrajo usted. Cuando miraba a la criadita filipina se insultaba a sí mismo por haber olvidado que sólo sus ojos oblicuos y la piel amarilla son bellos. Usted le repugna. A su gusto, nuestra belleza es



EL CRIADO (al retrato del amo). — ¿No me dijistes que me bebía el vino por detrás de tí? ¡Pues para que veas, imbécil, me lo bebo delante de tus narices!

clábanse a su imagen. A veces temía volverse loca y pasaba horas enteras esforzándose en recordar el timbre de voz de su padre, el sonido de la campana de Santa María del Mar, el pregón de una florista de la Rambla... y lo mismo que el estómago se acostumbró a no contar con el paladar, el alma dejó de contar con la esperanza y con la dicha; el dolor dejó de tener oleaje, y adquirió la remansada quietud de las aguas muertas. Y los días pasaban, pasaban, pasaban.

Ya había aprendido a andar con los pasos tácticos de Oriente y una noche observó que Li seguía con complacencia el ir y venir de la criadita filipina que los servía en la vida más íntima. Con súbita clarividencia, María Luisa relacionó el hecho con otros observados antes: desde hacía tiempo Li se iba desprendiendo de sus costumbres europeas. Sus zapatos ya no eran los mismos, sus vestidos, tampoco... hasta su modo de sentarse, de comer, de vivir, en suma, adqui-

todo, tú me querrás también? No me acuerdo de Europa. Nada nada, te juro que nada... ¿Y tú?... —No.

—Esta noche quiero que me des una lección de tagalo; verás como progreso. Si eres buen maestro te premiaré. ¿Te acuerdas de nuestros primeros días en...?

—Sí.

—Has de escribirle a Aréjola y a Sakira y al bueno de Acayán... Los tienes demasiado olvidados.

—Son unos infames.

Y cuando a sus asaltos de palabras férvidas y volubles, respondían nuevos monosílabos cortantes, deteníase anonadada y su vista iba a acariciar los yataganes, los terribles *bolos*, las armas de dentadas hojas donde a la idea de la muerte asociábase otra aun más temible de lentitud y de crueldad...

Mas a las pocas horas su anhelo triunfaba de su experiencia y se decía: "Voy a ponerme el mejor de mis vestidos a rizarme el pelo, a reanimar el color de mi cara, y

fealdad; para él es usted un monstruo que lo arrastró al pecado. Si fuera morena como alguna de sus compatriotas y tuviese el pelo negro y oscura la tez, quizá aún cupiese esperanza; pero porque su belleza representa para nosotros la idea del ángel debe ser para él algo demoníaco. Dentro de poco, la odiará todavía más que el viejo; y si usted no huye, cualquier día la martirizarán con una de aquellas armas verdaderamente chinas cuyo filo tocábamos con voluptuosa angustia... Huya, huya, *darling*, que allí no tiene nadie que la socorra".

Al llegar aquí, María Luisa sintió subirle una congoja del pecho, torcerle la garganta, bordenarle las sienes, nublarle la vista. Le pareció que las fulgentes hojas de acero separábanse de la pared y que todas las máscaras la miraban. Dió un grito y cayó en tierra, primero convulsa, luego exánime. Así estuvo mucho rato, sola. Después entró el ayo terrible, la miró sonriente, cogió la carta, la leyó, la echó luego en un brasero, esperó hasta verla consumirse, y volvió a salir. Sobre la crepitante ceniza corrieron durante varios segundos diabólicos puntos de fuego.

IV

Y en medio de la sombra, muy a lo lejos la esperanza vió un hilo de luz. Huiría, sí. Su imaginación infecunda no sólo aceptó el consejo sino el ejemplo de la carta. Resuelta, escribió a Lú diciéndole que aquella vida le era imposible, que renunciaba ya al anhelo de serle grata y de vivir en dulce compañía a su lado. Cuando dejó el sobre en un lugar donde forzosamente había él de verlo, la tensión de sus nervios tuvo una pausa. Muy en el fondo de su ser, aleteaba aún la quimera de que al leerla comprendiese Lú cuanto a pesar de no estar dicho quiso poner ella en la carta y de que viniese a darle por respuesta uno de esos abrazos silenciosos en que los corazones laten al unísono y todo se perdona. El no llegó hasta la noche, y varias veces pasó para ver albear en la penumbra aquel sobre que contenía su destino. Cuando tarde ya, volvió a pasar y no lo vió allí, sintió una parálisis del alma. Las manos se le enfriaron; le pareció que su audaz insensatez merecía un gran castigo, y fué a esconderse en el jardín... y se sorprendió de que las flores, el aire y las estrellas, no participasen de la anomalía del hecho. Tras un grupo de arbustos, estuvo largo rato en acecho. El miedo y las emanaciones frías de la tierra hacíanla estremecer. Pero el tiempo pasaba y en la casa no se notaba nada insolito. ¿Cómo no la buscaba? ¿Cómo no se apresuraba él a contestarle... fuese lo que fuese? Aquel desprecio la desconcertaba y hería. Desde su escondite vió abrirse las rosas e inclinarse las plantas con misteriosos movimientos... ¿Por qué no venía él? ¿La Naturaleza le descubría sus enigmas y aquel hombre que la había poseído, que la había arrebatado, permanecía indescifrable ante su ansiedad?... Puerilmente, para no pasar ante sí misma el sonrojo de volver sin que nadie hubiese notado su ausencia se dió plazos. Contó hasta mil... Y cien más, y doscientos. Al cabo, sus pies hicieron crujir la arena de la senda y entró en la casa. Del recordo de uno de los pasillos surgió el malayo para decirle:

—El amo leyó. Ta muy bien, muy bien... muy bien.

En la cara amarilla no había ni alegría ni amenaza ni reproche. Las palabras servíanle a aquel hombre para ocultar el pensamiento...

En su cuarto todo conservaba el aspecto monótono. Nadie ni nada, querían darle un indicio de certidumbre. La idea de que pudieran asesinarla se cobijó en su temor y fué a la puerta, escuchó en silencio, cerró con cuidado. El crujir de un mueble alzó en su corazón eco de angustia. De pronto, una ráfaga misteriosa barrió el pavor y su alma quedó llena de serenidad. Volvió a levantarse y abrió la puerta. Luego se tendió sobre el lecho, juntó las manos; y cuando abrió los

regreso. Mas por la tarde, un abultado sobre hizo acelerar la marcha de su corazón... ¡Ah! ni siquiera quería despedirla... No tenía ni una sola palabra de disculpa... Todo estaba en regla, todo estaba previsto... La generosidad quedaba a salvo... Dinero en abundancia, carta de crédito para recibir una renta, licencia marital para poder vivir donde quisiese, y unas líneas trazadas sin el menor titubeo, diciéndole que el malayo iría a conducirla hasta el buque y que debía partir sin demora.

Su pena en lugar de aumentar escondióse tanto en el fondo del ser, que ella misma creyó que ya tenía exhausto el manantial de los dolores. Una actividad febril apoderóse de ella: sacó los baúles,

duda la servidumbre — la asacateaban. El coche apareció en el camino y se detuvo ante la puerta. Pusieron los baúles arriba y el malayo con cortesía de impecable servidor la ayudó a subir. Cuando partieron, algo se dilató en su pecho. La casa, la finca, quedaban detrás como una prisión. El sol, entre desgarrones de nubes alegró de pronto el paisaje. Y María Luisa respiró con tal contento físico que el malayo le dijo:

—Yo también tal contento... Todos contentos... Mejor así...

El paisaje se volvió a oscurecer, y aquella idea de estrenar de nuevo la vida que subconscientemente daba a su júbilo algo de infantil, fué desvaneciéndose. Varias veces el malayo pretendió hablar, pero ella quedó muda. ¡Al fin saboreaba siquiera un misero granito de venganza!... Tantas veces como quiso ella hablarle sin obtener ni aun la certidumbre de que la había entendido. Hubiese querido hacerle un desprecio más ofensivo aún, pero no se atrevió: todavía se consideraba bajo su férula. Y no se juzgó libre hasta que estuvo en Manila, en el regalo casi occidental del hotel hasta que escuchó voces fraternas en el comedor en el salón... donde estuvo hasta muy tarde, temerosa de encontrarse a solas con su pensamiento entre las cuatro paredes del cuarto.

El malayo recogióse en sí mismo y fué un criado respetuoso, indiferente. Sólo una vez volvió a dirigirle la palabra cuando ella le indicó que no era preciso que esperara hasta verla embarcar.

—Tengo orden de dejala en el balcón... Tengo orden.

Y la cumplió. Al salir el buque, ella lo vió empuñarse poco a poco en el muelle y hubo de hacer un esfuerzo para no gritar: "¡Soy libre, soy libre!" Con alocada prisa recorrió el buque, entabló conversaciones que troncó para ir a anudar otras y dió con su actitud a varios jóvenes, la esperanza de un viaje divertido. Poco después la tierra era en la distancia, bruma sin contorno, tragada lentamente por el mar. Y entonces, cuando el alma volvióse a sentir entre dos inmensos círculos azules, el paréntesis dramático se cerró en su conciencia y el porvenir dejó de ser la quimérica imagen de ventura fabricada por el espejismo y el dolor.

—¿Baila usted? — dijo una voz de hombre a su lado cuando por la noche en el salón detenida, ante un espejo se componía maquinalmente el cabello. Mas María Luisa estaba tan dentro de sí que no oyó y la voz tras medio minuto de espera, decidióse a preguntar otra vez:

—¿Quiere usted bailar, señorita?...

—No, gracias.

El tono de la respuesta debió sorprender al galán que venía seguro del triunfo. Algo anormal revelaba su rostro — según dijo él más tarde — cuando no se atrevió a insistir. De nuevo sola, María Luisa meditó con horror en el futuro. Con la imaginación veía las escalas del regreso: Singapur, Aden Colombo, Suez... ¡Barcelona! Y allí, el hogar que ya habría acostumbrado a su falta, la debilidad paterna, la aberración maternal de volver la espalda a la vejez... Y con los sentidos del presentimiento, vió las caras burlescas oyó los reproches, las irritantes frases compasivas, las indirectas... Com-

OTRA VEZ AL REMANSO...

Después de la galerna del dolor y el pecado, volvió el mar del espíritu a su antigua quietud. La pasión se hizo calma, y al calmarse ha trocado en insensible carne la loca juventud.

Hay de nuevo en las olas balanceo de cuna, eterno balanceo de un ritmo siempre igual. El alma tiene el sueño de una muerta laguna sin embates inquietos ni fiebres de ideal.

Ya está cercano el puerto donde el silencio espera. Otra vez al remanso sin herida y sin flor, sin tristeza de otoño, sin luz de primavera, sin risas y sin lágrimas, sin amor ni dolor.

Otra vez al remanso donde todas las horas son iguales, iguales, eternamente iguales... Otra vez el remanso de días sin auroras y noches que no tienen ansias sentimentales.

Ya murió la locura. Sólo hay paz silenciosa en el alma dormida, que, sin embargo, siente la divina y maldita nostalgia dolorosa de un amor de pecado del que no se arrepiente.

Anestesiada el alma por la monotonía, reposa en el remanso que no tiene alegría, que no tiene tristeza, que no tiene pasión... Ya no llora ni canta. Y mientras, día a día, la yedra del fastidio se enrosca al corazón...

José MONTERO ALONSO.

ojos hacia ya varias horas que lucía el sol. ¡Cuánto tiempo hacía que no había dormido así!

El sueño fué tan reparador que sintió el cuerpo ágil; y el drama de su vida en vez de esperarla en el umbral de la conciencia, a la puerta misma del sueño, como tantas veces, tardó cinco maravillosos minutos en surgir del olvido. Tendió la vista en torno y encontró un sobre. Dentro, sobre una hoja de papel de arroz una sola palabra enigmática: "Espera". Pero esta vez la intuición traspasó las brumas del equívoco, y María Luisa no interpretó aquel imperativo dilatorio en ningún sentido que cambiara la órbita fatal de su existencia... Sabría esperar. Viviría fantasmalmente unos cuantos días aun. ¡Qué más le daba?... Dos días después oyó decir a la criada que el amo partía para Calagua y temió verse obligada a vivir en la incertidumbre hasta su

dispuso la ropap, titubeó antes de guardar las magníficas kimonas de seda regaladas por él; y al cabo, se encogió de hombros y desechó el escrúpulo. El dinamismo la absorbía tan por completo que ni pudo analizar la amargura despectiva de aquella separación en la cual ninguno de los dos pudo sospechar al verse la vez última que no volverían a estar más frente a frente. Dos horas después de leer la carta estaba dispuesta. Llamó al malayo y le dijo:

—Puesto que usted ha de acompañarme ya podemos salir.

—Bien, bien... En seguida malchal... Media hora sola y ya voy.

Mientras él preparaba el coche, María Luisa fué a la alcoba y rompió un retrato suyo que el primer día colocara sobre un mueble antiguo. Luego salió a cortar flores. Desde el jardín, la casa, bajo el día nublado, tenía aspecto triste. Tras una ventana, varios rostros — sin

prendió el peligro de su situación anormal, comprendió que iba a ser un obstáculo y cual si quisiera hallar una imagen sintética, miró la estela con miedo miró el horizonte hacia proa también con miedo, y hubo de bajar los ojos para no ver sino el pedacito de tabla movediza que pisaba.

La tarde era roja a poniente y negra ya en el opuesto confín. Un desaliento infinito nubló todos los caminos transversales de la situación, y dejó solo el camino recto color de ceniza. Toda la amargura del mar llenó el corazón. El viento gritaba entre los cordajes. De la cámara a intervalos, llegaba la rota melodía de un vals, muy antiguo, muy cursi muy triste. Lentamente, María Luisa fué hacia la barandilla de popa recordó una carta de su casa donde le decían que habían quitado sus muebles de soltera para instalar un cuarto de baño. Este hecho fútil, constituyó el postrer eslabón. Su vida apareciósele como una cuerda tensa sobre un precipicio: de un lado de la línea estaba Lú, del otro aquella bañadera desconocida que se parecía a un féretro... En la soledad oscura tuvo el gesto de repeler una tentación y después el cuerpo se empujó, hizo un rígido balanceo en la baranda y cayó sin ruido.

Nadie la oyó gritar, nadie la vio caer. La hélice, por misteriosa solidaridad con aquellas armas que la habían dejado escapar, la hirió en el aire. Giró un momento como en una rueda de martirio, y luego desapareció en la nada.

Sí insisten...

El conde de Remollière había sido durante toda su vida un gran amante de la mesa y un gran bebedor. Por eso a los sesenta años era víctima de fuertes accesos de gota tan dolorosos como frecuentes.

Mientras en el lugar todo el mundo reconocía que aquello le estaba bien empleado al señor conde, el enfermo no cesaba de preguntarse qué habría podido hacer para ser víctima de los ataques de gota que no dejaban de aquejarle. Y, sintiéndose cada vez peor, mandó llamar a un médico.

El cual no tardó en formular su diagnóstico y en prescribir el remedio.

Mal pleito, señor conde, mal pleito.

—¿Qué quiere usted decir, doctor?

—Que ha comido y bebido usted demasiado, señor conde.

—¿Yo? Total, unas cuantas botellas de borgoña que haya podido beber de más.

—Sí, sí... Pero el caso es claro y el remedio se impone. Hay que ser muy sobrio en la comida.

—Seré sobrio, doctor.

—Y sobre todo, nada de vino.

—¿Ni probarlo?

—¡Pero, doctor! Paso por lo de la comida; ¡pero el vino!... Un vasito de borgoña de vez en cuando...

—¿No!

—Alguna vez que otra, doctor.

—Ni probarlo. Reflexione un momento. ¿Quiere usted verse libre de la gota, sí o no?

—Sí, doctor; pero comprenda usted que si me invitan a tomar un vasito no puedo ser descortés.

—Dice usted que está a régimen y punto concluido.

—Pero ¿y si insisten?

—¡Hombre! Si insisten a pesar de que usted se resista... Pero tienen que insistir mucho, y sólo en ese caso.

—Le prometo que sólo en ese caso beberé.

Durante ocho días el conde de la Remollière siguió escrupulosamente los mandatos del médico. Bien es verdad que los ataques de gota eran tan dolorosos que explicaban los mayores sacrificios. Y el conde de la Remollière, cuyo amor más fuerte en este mundo era el vino de Borgoña, no bebió ni una gota.

Pero a los ocho días pasó el ataque, y la tentación fué demasiado

fuerte. El conde fué a ver a su amigo el señor de la Trémise, cuya bodega era célebre en la comarca. Y, naturalmente, le fué ofrecido un vasito de borgoña.

El conde, siguiendo las prescripciones del médico, rechazó la invitación diciendo que estaba a régimen. El señor de la Trémise no insistió, y el conde salió furioso sin haber probado el borgoña.

Al llegar a su casa llamó a su criado Bautista.

—Bautista, tráete una botella de borgoña.

—¡Pero, señor conde!...

—Obedece. Tráete el vino. ¡Se acabó el régimen!

Pero cuando tuvo la botella delante se acordó de la promesa que había hecho a su médico de no beber sino en el caso de que insistiesen.

Pero sabía por experiencia —ya lo había visto momentos antes en

casa del señor de la Trémise—que al decir que estaba a régimen lo lógico sería que nadie insistiera. Y aquello era renunciar al borgoña para toda la vida.

De pronto sonrió y dijo al criado:

—Bautista, acerca ese vaso de vino y dime que beba.

—¡Pero, señor conde!...

—¡Obedece o sal de mi casa!

—Entonces..., beba el señor conde.

—Y ahora insiste y te aumento el salario.

—Insisto en que beba el señor conde.

—¡Ah! ¿Insistes?

—Sí, señor conde: insisto.

—Si insistes beberé un vasito.

Y desde aquel día Bautista insiste todos los días... y más de una vez.

MOUSTIQUE



LA CAFIASPIRINA legítima no es, ni ha sido, ni será nunca "lo mismo" que cualquier mixtura de cafeína y aspirina. La CafiAspirina, cuya enorme fama mundial ha dado origen a tantas imitaciones burdas, es preparado en los Laboratorios Bayer de acuerdo con un procedimiento científico que sólo la Casa fabricante conoce. A eso se debe su virtud inimitable de aliviar los dolores y levantar las fuerzas, sin causarle daño ni al corazón ni a los riñones.

¡No se deje Ud. cegar con palabras! ¡Insista en la CAFIASPIRINA legítima! Cerciórese de que el empaque (tubo o "Sobre") lleva, con todas sus letras, la palabra CAFIASPIRINA y tiene la CRUZ BAYER.

La CAFIASPIRINA es lo mejor que existe para dolores de cabeza, muelas y oído; neuralgias; jaquecas; reumatismo; consecuencias de los abusos alcohólicos, etc. Alivia rápidamente, levanta las fuerzas y no afecta el corazón ni los riñones.

¡PERO HAY QUE TOMAR LA LEGÍTIMA!



En Rumanía interesa a la prensa la personalidad del doctor Hipólito Irigoyen y del doctor Horacio B. Oyhanarte

El diario "Dimineata" (La Mañana) se ocupa del nuevo Gobierno Argentino



Doctor Hipólito Irigoyen

Bajo el título "Stiri Din Argentina" el diario "Dimineata" ("La Mañana"), de la capital de Rumania, se ocupa en claro sentido de las instituciones políticas de nuestro país, y con laudable concepto de la personalidad política del doctor Hipólito Irigoyen y del doctor Horacio B. Oyhanarte. Transcribimos el referido artículo en atención no sólo a su elevado interés, sino también por lo que significa como expresión del conocimiento trabado entre Rumania y la República Argentina.

"STIRI DIN ARGENTINA"

En la república latina de Sud América tuvo lugar el 12 de octubre la ascensión al gobierno del nuevo presidente, doctor Hipólito Irigoyen, elegido para el período 1928 - 1934.

Al igual que en los Estados Unidos, en la República Argentina las elecciones presidenciales se efectúan por intermedio de electores designados por el pueblo, los cuales integran un congreso llamado Convención Nacional y proceden a la proclamación de los candidatos de la mayoría. El nuevo presidente junto con la toma del mando, nombra a sus colaboradores ministeriales. De esta manera, no es fácil que se produzca ninguna crisis de gabinete, pues el primer mandatario llena por simple decreto las vacantes de acuerdo siempre con su política.

El Parlamento Argentino se llama Congreso Nacional y se compone de dos Cámaras —de Diputados y Senadores— que legislan libremente sobre las iniciativas del gobierno y de los propios parlamen-

tarios. El presidente de la República, tiene, sin embargo, la facultad extraordinaria de vetar las leyes.

El doctor Irigoyen no es un novicio en el gobierno presidencial. Ha sido ya el primer mandatario de la República Argentina durante el período 1916 - 1922, y supo con sumo entendimiento y delicado tacto guiar al país en medio de las vicisitudes del crítico tiempo de la guerra europea. A pesar de que los campos diplomáticos de los beligerantes trabajaban por todos los medios para determinar la intervención de la República Argentina en favor de las partes, el doctor Irigoyen desarrolló una política de equilibrio de modo que su-



Doctor Horacio B. Oyhanarte

Stiri din Argentina

En la república latina de América de Sud, a avut loc la 12 Octombrie, instalarea noului preşedinte al republicii argentine d. dr. Hipólito Irigoyen, ales preşedinte pentru perioada anilor 1928 până la 1934.

La fel ca şi în Statele Unite şi în marea republică argentiniană, alegerile preşedinţiale se fac de către electorii aleşi de cetăţeni, cari întruniţi într-un congres, aleg pe viitorul preşedinte şi vicepreşedinte de republică.

Noul preşedinte, odată cu preluarea puterii, îşi numeşte colaboratorii săi, pe miniştri, astfel că într-o perioadă preşedinţială, nu se poate produce criză guvernamentală, şi nici metoda politică nu poate fi schimbată.

Alegătorii americani alegându-şi

a ştiut cu multă pricepere şi cu foarte mult tact să guverneze în perioada cea mai critică. În timpul marelui războiu european.

Deşi taberile diplomatice combatante lucrau cu toate mijloacele şi presiunile posibile spre a determina Argentina în favoarea unuia din ele, totuşi d. Irigoyen a ştiut să întrebuinţeze astfel politica ţării sale, încât şi-a păstrat prietenia tuturor statelor europene şi americane, iar finanţele şi economia politică argentiniană, grav ameninţată în acele timpuri, să fie puse la adăpost şi în continuare să prospere.

Atitudinea sigură a doctorului Irigoyen din prima sa perioadă preşedinţială l-a atras recunoştinţa şi încrederea întregii naţiuni, astfel că ar fi fost ales preşedinte şi în perioada 1922—1928, dacă nu s'ar fi oprit Constituţia Argentiniană, care nu admite ca un preşedinte să fie ales în două perioade succesive.

De astădată doctorul Irigoyen, care e şi şeful partidului Civic-Radical, a fost ales cu aproape unanimitatea sufragiilor electorale, lucru ce nu s'a mai întâmplat în alegerile argentinene.

Deşi d. Irigoyen se bucură de încrederea totală a naţiunii argentinene şi e idolatrizat de poporul său, e totuşi un taciturn, rece şi ponderat, conduita lui în toate viaţa sa fiind respectul legilor şi al dreptăţii absolute, inflexibil şi intransigabil chiar cu intimii săi.

Politica externă a Argentinei în noua formaţiune ministerială, e încredinţată doctorului în drept, Horacio Oyhanarte.

Noul cancelar al republicii argentine, deşi relativ —tânăr—, n'are încă 40 ani —, e un cunoscut jurist în America de Sud.

Între de force e tânăr în parlament, d. Oyhanarte a fost o fire combativă şi un orator de prima forţă.

Odată cu numirea noului cancelar doctorul Oyhanarte, politica economică a celei ţări îşi îndreaptă privirea şi spre România. De curând a sosit în ţară un trimis al guvernului argentinian, care să studieze şi să raporteze metodele şi măsurile mai eficace pentru a pune bazele unor legături de amiciţie şi schimb comercial direct, între România şi Argentina.

po resguardar las finanzas y la economía nacional, gravemente amenazadas, y mantener a la vez la amistad con las diversas naciones europeas y americanas en guerra. Así consiguió el doctor Irigoyen asegurar la prosperidad de su país.

Su obra de gobierno de la primera presidencia le granjeó la intensa simpatía pública y la fe entera de la Nación, de manera que hubiera podido ser el presidente del período 1922 - 1928 si las prescripciones de la Constitución Nacional Argentina no prohibiera la reelección sucesiva. Su elección para el período inmediato fué casi unánime en los sufragios electorales, hecho que no tiene precedente en la política de la república. No obstante que el doctor Irigoyen es idolatrado por su pueblo, es un taciturno, frío y enérgico, habiendo

tenido como línea de conducta de toda su vida el respeto estricto de las leyes y de la justicia absoluta, siendo en este sentido inflexible, severo, hasta con sus íntimos.

La política exterior de la República Argentina fué confiada en el nuevo gobierno, al doctor Horacio B. Oyhanarte. El nuevo canciller es un hombre relativamente joven —no tiene todavía 40 años—; es un notable y conocido jurista en Sud América. Entró muy joven al Parlamento y supo en seguida destacarse como un orador extraordinario, de palabra fogosa y carácter dinámico. Con el nombramiento del nuevo canciller, la política exterior argentina tenderá con mayor interés a Rumania, como lo prueba el hecho de que se hayan hecho gestiones activas para consolidar e intensificar el intercambio entre ambos países.

La madre, como todas las madres, complaciente, dijo a su esposo:

—Conchita ha cumplido los quince años y no sabe lo que es un baile. ¿Te parece bien que la lleve esta noche a casa de la marquesa?

El padre no supo decir que no; pero accedió a duras penas y así, fué la niña al baile. Después no pudo coger el sueño. Era mucha emoción para una noche.

Al día siguiente, a solas con la doncella, que entró a peinarla, era cosa de oír la extraña fascinación de Conchita. Colón, después de hallar el mundo que había soñado, no volvió más atónito. ¡Y qué inducciones! Conchita, en fin, discurría con esa lógica, de fuerza de cien caballos, con que razonan el ignorante y el niño.

—Cuando se trata, — decía, — de una joya o de un vestido de mucho precio, papá se empeña en que la joven soltera ha de ir modesta, y sin embargo, Julia Parra es joven, y es soltera, y anoche iba hecha un brazo de mar. Figúrate tú un vestido de faya color perla muy claro, cubierto de un tul de ese color moteado ligeramente de oro y guarnecido de encajes blancos, también con oro tejidos; los pañeros del delantero con adorno de preciosísimas flores de granado; la cabeza con esas mismas flores sujetas por la más rica alhaja de brillantes que en mi vida he visto; la garganta luciendo un collar de brillantes y rubíes que deslumbra de lejos; un ramo al lado izquierdo del pecho prendido con una flecha de las mismas piedras... Medio Brasil llevaba encima la tal Julita. En fin, yo no puedo explicarte cómo iba. ¡Y qué hermosura, qué dicha, qué trenes, qué libreas, qué hotel, qué halago y qué influencia!...

—Es claro, si es tan rica...

—No, tonta, si dos años atrás no era más que una pobre bailarina!... Pero si tú no sabes: era en aquella reunión selecta de títulos, ministros y banqueros la más lisonjeada, la que acaparaba sonrisas y adulaciones. Por todas partes no se hablaba más que de la querida del duque. ¡Y cómo se comprende que la duquesa, que estaba allí también, llevara un traje tan cursi y tan antiguo en comparación con el suyo? ¿Cómo es que ninguna de las señoras casadas que allí había se acercaba ni con mucho al gasto y gusto de la Parra, ni recibía las pruebas de consideración que ésta? ¿Es que el hombre de mundo no distingue entre mujeres buenas y extraviadas? Te juro que yo pensaba, ¡tonta de mí! que la mujer que falta a sus deberes no era admitida en ninguna reunión decente, que el mundo entero la despreciaba y que en secreto lloraba a mares, con lágrimas de sangre, la vergüenza, el desdén y el propio remordimiento... ¡Pero al contrario! Al menos la infeliz Margarita, abandonada por Fausto, va a la iglesia a rezar y a llorar, y huyen todos de su lado... Y luego dice papá que las obras de los teatros son inmorales: pues más inmoral es el mundo!

El caso es que papá y mamá lo estaban oyendo todo en el contiguo despacho sin que Conchita se apercibiera. Aquél, severo y digno magistrado; la madre, virtuosa matrona que se miraba como en un espejo en el candor purísimo de la niña: los dos sudaban de an-

Veneno y contraveneno

Por Manuel Fernández y González

gustia, se cogían de las manos automáticamente y se miraban con estupor.

—¡El mundo!... — siguió diciendo —. ¿Te acuerdas de aquello que dijo un día la bestia de Tíburcia, aquella asturianota grande que estuvo en casa de criada y vino después a vernos? Pues cuando confesó que estaba amontonada con un ropavejero y tú le preguntaste por qué no se casaba para vivir al fin como Dios manda, te respondió: "Porqué es peor: una vecina mía que lo pasaba muy bien como yo estoy, sale a paliza por

con nuestra hija nos escondamos en un rincón para siempre? Ve si es posible y manda. ¡La disyuntiva es atroz!

—¡Tienes razón... no hay remedio! En fin, yo pensaré, pensaré... De todos modos, el mundo es una Biblia que no se puede leer sin notas que lo expliquen.

Pasó el día, y al siguiente:

—Conchita, —le dijo el padre, — ¿quieres dar un paseo?

Lo mismo fué decirlo que brincar de gozo la joven, arreglarse al vapor y estar los dos en la calle.

—Vamos, ¿qué me cuentas del



—¿Que el cuadro es caro? ¡No tiene usted ni idea de lo que vale un jamón!

día desde que se casó con el suyo". ¿Y crees tú que Julia Parra deseará casarse? Hasta los diarios alaban hoy con furor la distinción, y elegancia y qué sé yo cuantas cosas de esa linda aventurera.

No se sabe hasta dónde pudo llegar la peligrosa e inocente conversación. Conchita quedó en el uso de la palabra y faltaba que consumiera un turno la doncella...

Los padres de la niña no pudieron ya más. Tapáronse los oídos con ambas manos, pasaron al otro gabinete y cayeron sobre un sofá cabizbajos y aturridos.

II

—Conchita ha presenciado anoche, — exclamó el padre en tono de dulce reconvención — el triunfo y las glorias engañosas de una prostituta. ¿Por qué ha de ver nuestra hija esos malos ejemplos?

—Tienes razón. ¿Y qué hacemos? ¿Está en nuestra mano reformar el mundo? ¿Podemos evitar nosotros que en la mejor sociedad, en todas partes, se vean revueltas y confundidas, y lo que es peor, aduladas, las personas de historia y las más puras? ¿No medran también y suben a las más altas esferas los ladrones y los infames? ¿Quieres tú que nosotros

baile? — preguntó por el camino el respetable anciano. — ¿Viste cuánta alegría y distinción?... ¿Qué señora te pareció mejor puesta?

—Pues ninguna, papá. La más guapa, más rica y elegante no era señora, que era... señorita... es decir, tampoco: una mujer de historia, pero de historia grabada en caracteres de oro y pedrería, que llaman la Julia Parra.

—¡Ah, sí! Creo que lleva gran lujo esa loca, infeliz; pero no es nada en comparación con otras de su calaña. ¿No has oído hablar tantas veces de Clara Solano? Esta sí que era reina del mundo y de la moda; ésta sí que era asombro de influjo y de grandeza. Las millonarias palidecían de envidia; su casa era un palacio; sus trenes los de un monarca; su antesala la de un ministro omnipotente. Ni Cleopatra en Alejandría, ni Zenobia en Palmira, han recibido tan valiosas lisonjas, y en su abierta carretela llovían materialmente los memoriales cuando salía. ¡Oh! ¡Y qué vajillas de plata! ¡Qué bronces artísticos! ¡Qué galerías de cuadros! ¡Qué banquetes! ¡Qué corte de aduladores!... ¿Quieres tú conocerla? — añadió de improviso el cariñoso padre.

—Sí.

—¿Y visitar su palacio?

—Desde luego.

Y Conchita y su padre, como animados por un capricho infantil, se dirigieron a la imperial mansión de la beldad famosa y triunfadora.

III

El padre era muy dado a visitar los pobres. Los veía, los consolaba y los socorría.

—Mira, hija, es un poco temprano y nos coge al paso, — le dijo aquél. — ¿Quieres que en un momento veamos a una enferma?

—Como quieras, papá.

Y tomando una estrecha callejuela, se encaminaron los dos a ejercer esa obra sublime de misericordia que denominan consolar al triste.

Era una casucha inmundicia y ruinosa. A la entrada se hundían los pies en un suelo húmedo y terrizo. Había al frente un callejón estrecho que daba a un patinillo y a un lado una escalera desvencijada y pendiente. Salvado el riesgo de la ascensión, aparecían varias puertas de indefinible color, todas ellas numeradas, y para llamar a aquellas viviendas había que tirar de un grasiento cordelillo, cuyo extremo salía por un agujero.

En una de las dos miserables habitaciones, a cual más pestilente y obscura, que constituían una de estas moradas, yacía una pobre mujer de problemática edad, medio acostada en un jergón sobre el suelo. Un mendrugo de pan y una jarra con agua eran todas las provisiones de aquella lóbrega cárcel de miseria.

La infeliz revelaba angustia inconsolable y dolor físico. En aquel semblante de cera no había más rojo matiz que el de los párpados, con el cáustico llanto enardecidos.

Allí se cumplía el texto bíblico del hijo del hombre que no tiene donde reclinar su cabeza. Allí se evidenciaba probablemente una expiación terrible, una antítesis cruel.

Tenía la desdichada un hijo y una señal violácea en el rostro. El hijo había abandonado a su madre después de golpearla y dejar como recuerdo esa bárbara huella...

Conchita y su padre permanecieron allí breves instantes. El padre se aproximó a la enferma, a duras penas incorporada, cambió con ella algunas palabras y le dejó en la escuálida mano, al despedirse, unos billetes. La niña salió llorosa e impresionada al ver tanta miseria y tan gran dolor, imaginando cuán preferible es la muerte a aquella penosa vida que lentamente se extingue.

—¡Ay, papá! — exclamó al ver la calle y respirar libremente; — si no fuera porque ahora vamos a ver el palacio de la Solano, ¿cómo se borraría de mi alma la impresión de este sucio cuchitril y de esta infeliz mendiga?

—¿Infeliz?... ¡No por Dios! — dijo el padre soltando una carcajada irónica.

Conchita se quedó mirando estupefacta.

—¿Vas a llamar infeliz a la mujer que ha gozado como nadie de las dádivas de la suerte?... ¡Vaya! límpiame esa lágrima, hija mía, y vámonos a casa o donde quieras, que ya has tenido ocasión de visitar en su gentil palacio a la que fué, ha pocos años, de la mujer envidia, de la moral escándalo y de la moda reina, emperatriz.

Ya has visto a la Solano.

ROSA DE CARNE

Por Concha Espina

En la primavera tardía de Berlín florece como un espléndido vergel este suntuoso escaparate de Kurfürstendamm (Calzada de los Electores) camino elegante y predilecto de la gente distinguida cuando se trata de ver tiendas o de lucir, a pie, una moda, un talle, un perfil.

Al otro lado de este inmenso cristal se esparcen y derraman las flores más exquisitas del mundo. Rumania nos ha mandado la primera siega de sus campos encendidos con los pétalos que la química transmuta en perfumes universales; Holanda envía de sus criaderos de Boskoop los rosagos en brote, las ileas en pirámides, las aucubas en penachos. Tenemos aquí malvas olorosas de Siria, rosales del Japón arándano de los Alpes, romero tirolés, áloe de Africa, claveles de Sevilla, agave de Méjico, plantas y flores de los más distintos y lejanos lugares del planeta.

El perfumado tributo esplesce en el gran bazar abierto al paseo mediante la ventana anchísima, honda como un jardín. Y junto al vidrio enorme que ofrece al público la magnífica exposición, está sentada sobre el tapiz de verdura una mujer.

Es Anuchen, la ramilletera, el insinuante reclamo del establecimiento, el anuncio vivo de la casa.

No se puede asegurar que esté vestida, aunque parece completamente desnuda: la túnica jironada, los tules flotantes la envuelven y la descubren a cada movimiento; y la piel joven, sérica, de color ámbar, es en realidad su más auténtico ropaje.

Pertenece Anuchen al número de animales hermosos que la Humanidad necesita para divertirse. Está educada sólo para complacer. Su espíritu salvaje y rudimentario vive en las penumbras, a costa de una belleza material sutilmente explotada. Su gracia física difunde un halo de arte, fatal como un instinto. Es armoniosa, elástica, flexible; serviría admirablemente para danzarina o para actriz.

Y el industrial que supo lograrla para cartel de su mercancía, obtuvo un éxito ruidoso cuando la exhibió entre las flores del escaparate como un aviso regio del Berlín primaveral.

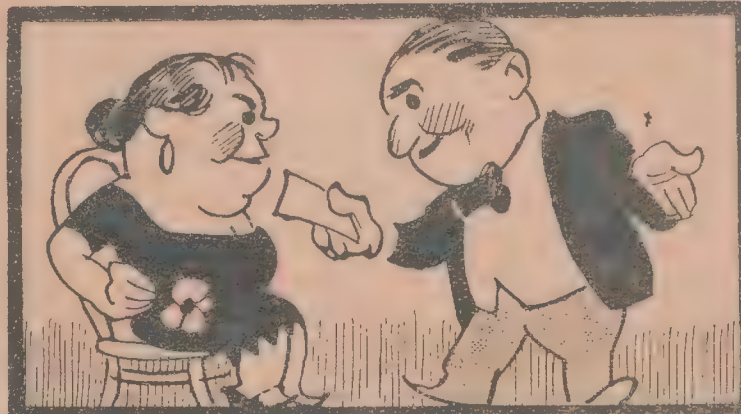
Fué aquel un día terrible para el novio de Anuchen, un armenio celoso y guapo, muy rendido a la hermosura de la niña alemana.

Se habían conocido rodando por los cabarets pobres de la ciudad. El era un emigrante que agotaba sus últimos recursos buscando una ocupación y hablando de sus perdidos caudales, de un tiempo en que vivió rico y feliz. Tenía una elegancia exótica entre los hombres de Prusia; delgado, fino, con los ojos redondos y oscuros, la tez apagada, los dientes muy blancos y la expresión muy resuelta, había entusiasmado a Anuchen. Le prefería a sus habituales amado-

res, orgullosa con aquella distinción pulcra y varonil que le sabía a novedad. Juró serle fiel y mantuvo su constancia varios meses, hasta que el comerciante de Kurfürstendamm la escogió entre muchas bellezas rubias y gentiles, para lucirla en su ventanal como un pregón.

Era demasiado grande y brusco el cambio de su vida para que la moza le pudiera resistir sin merma del amor en que sólo puso un capricho desinteresado.

Todos los esfuerzos de Auscar, multiplicándose con voluntarioso frenesí, apenas lograban proporcionar a la joven una mezquina alimentación, un refugio sórdido para aquella admirable juventud, desenfrenada y errabunda, sin más ideal que el lujo y el placer.



—Esta cuenta del almacén me parece exagerada.
—No te olvides, querido, que desde que tomamos el reconfortante "Hierro Quina Bisleri" comemos el doble.

situación. Ganaba poco al principio, y su indumentaria no había mejorado gran cosa; aún hacía buena pareja con el armenio, que esmeraba todo lo posible sus vestidos para no desmerecer junto a la florista.

"AQUI ESTOY"

*¿Por qué aguardas con impaciencia las cosas?
Si son inútiles para tu vida, inútil es también aguardarlas.*

Si son necesarias, ellas vendrán y vendrán a tiempo.

¿Crees tú que el Destino se equivoca?

¿Piensas que el manzano dará una manzana menos de las que debe dar en la estación?

¿Imaginas que va a olvidar el rosál alguna rosa?

La espuela de tu deseo sería como el afán de esos industriales que maduran la fruta a destiempo, para más pronto enviarla a los mercados.

Sería como el ansia del niño que bebe la limonada antes de que acabe de disolverse el azúcar.

"Yo no puedo vivir sin esto" — dices.

Di más bien: "No puedo vivir con este deseo".

Si escondes tu ansiedad en lo hondo de tu corazón y sólo lo dejas que asome una quieta, dulce y suspiradora esperanza, más pronto de lo que imaginas, lo Soñado llegará sonriendo y te dirá "AQUI ESTOY".

AMADO NERVO

Mientras vivió Anuchen obscurida, usó a tientas el poder de su hermosura, manejada como un arma infantil que no sabe luchar. Pero al verse ensalzada por el homenaje público, expuesta a la admiración de la gente igual que una maravilla, crecieron sus ambiciones, desbordándose a través de aquel vidrio que la convertía de pronto en la diosa de un milagro vergel.

Y Auscar vió, desesperado, que su novia ya no era la misma. Despertaba en ella agudo y clarividente arte de seducir; su belleza adquiría de improviso todos los artificios de la fascinación, maligna y sabia como el filo cortante de un puñal.

No pudo el armenio detener en sus brazos a la muchacha ni reducirla al hogar miserable y frío que improvisaron entre los dos.

Pero ella, generosa en su ventura, todavía un poco enamorada de Auscar, se reunía con él al salir de la tienda, sosteniendo lánguidamente la conformidad de aquella

Estaba él a punto de lograr plaza de mecánico en una gran empresa de automóviles.

—Si me coloco —le dijo a su amiga—, no trabajarás tú.

Le temblaba un poco la voz temiendo que la joven le desobedeciera. Puso Anuchen un gesto evasivo en la boca suave y ardiente.

—Soy pobre... Debo ganarme la vida.

—La ganaré yo para tí.

—¿Siempre?

—Siempre.

—¿Quién me lo asegura?

—Mi palabra.

—¿Y si no pudieras cumplirla?

—Me pegaría un tiro.

—Yo no adelantaba nada con eso —murmuró la joven con cierto desdén que exasperó al galán.

—¡Ana!... ¡Anuchen! —le dijo lleno de tristeza y de furor—. Lo que estás haciendo es peor que abandonarme.

—¿Qué?

—Es mentir y perjurar. ¡Ya no me quieres!

—¿Lo dices porque tu cariño no me ciega?

—Y porque te alucina la ambición.

—Prevenir el hambre, aprovechando la oportunidad de ganar dinero honradamente, no es una mala codicia...

—¿Honradamente? —interrumpió el mozo con aire de reproche. Sí.

—¿Y te exhibes casi desnuda en medio de la calle... expuesta a la voracidad de todos los apellidos?

Anuchen se detuvo un poco, sorprendida por la acusación.

—¡Bah!... Otras cosas hice peores y no me las echas en cara.

—Tu pasado no te pertenece. Pero ahora eres mía, eres mi mujer. Yo anhelaba conseguir algo de fortuna y hacerte olvidar tus años viles de servidumbre. Nos iríamos lejos: al Asia, el país de "la salida del sol", y seríamos felices...

Habló arrebatadamente, ardiéndole en las pupilas el soplo de una hoguera, mientras la muchacha le oía con angustioso entorpecimiento, sin saber qué decir, enardecida también, a pesar suyo, por la única pasión redentora que había conocido.

—¿Cuándo?... —pregutó al fin, mirando al joven en la profundidad turbadora de los ojos.

El la creyó reconquistada. Le oprimió, elocuente, el brazo con que la retenía, y anduvo junto a ella, lisonjero, envolviéndola en palabras de fervor y ternura.

—Pronto... si tú quieres; si tú esperas...

—¿Esperar?... —Anuchen inclinó la frente, desalentada. Una demora para vivir el sueño de aquel viaje y de aquella ventura le parecía demasiado cruel. ¡Esperar! —repitió en una queja rota.

Al novio le rodaba otra vez la duda en el pensamiento. Y se perdieron así los dos, entristecidos, en la noche sombría de las calles.

No tuvo la florista paciencia, porque había declinado en su pecho el amor.

La vida ostentosa y artificial del escaparate le sedujo más que el ahorro y la modestia ofrecidos por Auscar, ya colocado y dispuesto a velar por la joven hasta que llegase la hora de romper la sugestiva línea del horizonte, camino de una tierra de alborada, al otro lado de los recuerdos vergonzosos y de las amistades turbias.

Una sonrisa de incredulidad fué todo lo que el armenio pudo conseguir en su última solicitud cerca de la moza. Le daba lástima el pobre mecánico, soñador de un bien-estar ilusorio, cuando ella tenía la fortuna lograda positivamente; allí está su riqueza tangible, singular maravillosa, a la cara de todo Berlín.

Anuchen vive recostada en elegantes almohadones sobre una alfombra de musgo, a una temperatura de invernadero, sin más ocupación que la de tejer ramilletes preciosos, adornarse de un modo peregrino y lucir su hermosura selecta.

Nadie le había enseñado a prenderse los velos al modo antiguo y delicioso, como las desposadas de Roma, o los teristros que usaban las mujeres de Palestina; a ceñirse el artístico brial hendido con alarde provocador en los costados, faldas y desmedidas las mangas, prescindiendo a descubrir los brazos hasta el hombro; ni a colgarse con depurado gusto las ajorcas y los zarcillos, las gargantillas y pulseras; a morder en el pecho, con el firmal de piedras brillantes, un manto de tisú; a recogerse los bucles en la crespina de oro; a calzar las sandalias sobre la piel ungida y desnuda...

Pero Auscar no es hombre que se conforma con una sonrisa de compasión ni con una débil complacencia, tibio reflejo de la gratitud.

Supo que el encanto de la muchacha tenía postores ricos, uno sobre todos, Fritz Bogan, banquero alemán, dispuesto, al parecer, a conseguirla, y le vió a ella en los ojos una incertidumbre de traición. La quiso dejar libre, huyéndola, silencioso, con el coraje detenido en los labios, sin añadir una súplica ni una queja a su desgracia...

Ya tiene Anuchen un buen sueldo, y no se da prisa a aceptar compromisos que no sacien toda su ambición.

Está gozándose en imponer condiciones y en hacerse desear como pocas mujeres de Berlín; no renunciará por nadie, ni por ventaja ninguna, a su estupendo cartel de florista, a su trono de cristal en el invernáculo ardiente del escaparate, donde ella resucita monedas, crea aptitudes y levanta pasiones sobre la multitud.

Y aun para conceder su amistad fuera de allí, eligiendo al más rumboso de su pretendientes, necesita un palacio, un coche servidumbre, pieles, joyas, atavíos de princesa; no se da por menos.

Mientras decide su nuevo destino, se ha instalado como pensionista en una casa decorosa, viste con lujo y se cuida con refinamientos minuciosos.

Pero no quiere confesarse que en sus vacilaciones para aceptar los valiosos regalos de Fritz Bogan se oculta como un peligro la vigilancia de Auscar, que la sigue de lejos con amedrentadora impaciencia. Le ha sorprendido al otro lado de su gran ventana-jardín, obstinado en una contemplación ansiosa y fuerte. Le ha visto al salir de la tienda, pálido y siniestro cuando la detienen otros hombres y le sientan detrás de sí con obscura tenacidad, sin un instante de abandono.

Hoy Anuchen está resuelta a tomar posesión del hotel que Bogan le ofrece en Grunewald.

Desde que ha perdido de vista al mozo asiático recobra el humor

alegre y se quiere divertir. Ya no oye sus pasos ni le distingue, tarde por tarde, al borde público de la fantástica vidriera; se ha cansado, sin duda, del sigiloso anhelo; se ha ido tal vez al país de la "salida del sol".

La muchacha renuncia para siempre al viaje dorado y al amor noble. Es una criatura de fragilidad y de placer, inconsciente del

Anuchen va y viene con vagorosa actitud por el cordón ondulado de los senderos cuando necesita para su ramo una hierba o un matiz; la obra terminada está siempre vendida, y la jardinera emprende otra labor.

Algunas veces descansa y fuma, enciende un pebetero compone un macizo, levanta un haz de gavillas y se vuelve a sentar; todo con el



PLENITUD

Esta tierra olorosa con que está hecha mi forma
Se ha agrietado, reseca bajo el sol del verano.
Hay un nervio intranquilo que corroe mi mano
Y una savia distinta mi epidermis disforma.

En los hilos inquietos de mis venas destila
Este sol calcinante, gota a gota, su fuego.
Hay por sobre mi cuerpo como un ansia de ruego...
Y una mancha rojiza se adentra en mi pupila.

Soy como un ancho campo donde todo el estío
Se ha volcado, violáceo, con un gesto de hastío.
Soy un campo desnudo de simientes opimas...

Tierra inculta que busca la quietud de las simas,
Hermética, en un hondo mutismo soberano
Porque sabe que todo le vendrá de tu mano.

Delia ROMERO LLANOS

mal que origina y del bien que malogra.

Pero esta tarde no comprende de dónde le acude al pensamiento una vaga inquietud. Percibe de un modo extraño su pulso derretido y brincador, y se esfuerza en aparecer tranquila, recordando sus victorias y sus logros, buscando los movimientos más dulces y apacibles en la combinación de un ramillete.

artificio imperceptible y constante de una gran comedianta. En sus manos las flores híbridas, las ramas tiernas, los cálices sanguíneos, los pétalos carnosos, adquieren una vida humana y sensual, llena de sugerencias indecibles.

La florista luce esta tarde una alcandora estrecha, sin más adorno que el rico cinturón de orfebrería y un pendil oriental sujeto con brocamanto de esmaltes. Va des-

calza, lleva en los tobillos cadenas con cequíes y recoge el pelo rubio con un aro de oro y almandinas, que parece una corona de lumbre.

Está hermosísima. La zozobra indefinible que la invade contribuye a la calentura de su mirada y le enciende en la sonrisa un secreto fogoso.

No sabe que Auscar la acecha, trágico y avizor, retemblando de ansiedad; no supone que está allí con los sentidos delirantes, un sabor a plomo en la boca y en los ojos una chispa siniestra de luz. Ha perseguido con sus indagaciones hasta los pensamientos más ocultos de la amada, y no ignora que esta noche trueca su pensión de muchacha independiente por el hotel del banquero alemán.

Son las diez. Un lujoso "Opel" se detiene con puntualidad a la puerta de Anuchen. Súena la bocina expectante y ronca en el silencio nocturno, y la muchacha aparece en el umbral y acepta la mano que la empuja hacia el estribo.

El coche se pone en movimiento, según órdenes previamente recibidas, con una velocidad ligera y silenciosa, sobre el asfalto, alejándose de las calles céntricas: dentro del vehículo Anuchen responde con una risa ondulada, algo ficticia, a los cumplimientos apasionados de Bogan.

Ya el crujido del viento llega oloroso desde los jardines de Grunewald, por las calles de "París" y "Fuente de Pablo" ha sido la excursión breve y dulce, un idílico paseo de novios en la sonoridad abierta de la noche.

De repente, cerca del lago una cosa inaudita. El cochero modera la velocidad y salta del pescante; un segundo su cara dolorosa y frenética resplandece junto a la ventanilla a la luz vivida de los focos.

—¡Auscar! — gime Anuchen reconociéndole — ¡Auscar! — implora con el tono desatinado y el pavor en el alma.

Pero el carruaje, abandonado a su ciego impulso, está lejos de todo auxilio; es un doble ataúd que salta la ribera y se hunde en la muerte.

El choque violento de la caída interrumpe la placidez serena del lugar con un alboroto rugiente de las aguas; el brusco remolino de las ondas sube hasta la margen, trémulo, igual que un largo sollozo.

En seguida los infaustos rumores se deshacen como burbujas; sólo queda en el aire, apaciblemente, el zumbido de la arboleda y el aroma de los caminos.

El hombre del Cáucaso está allí, quieto, a la orilla de un cristal que ya no trasflora la belleza de Anuchen, y que ha vuelto a cerrarse, arcano y mudo lo mismo que la tumba.

Tiene Auscar una llama estrechada en los ojos y un color de cera en el semblante. No ha pensado en huir. Asiste a su venganza con horrenda pasividad endurecida y misteriosa, igual que el granito de sus montes volcánicos, mientras remonta la luna el paño obscuro de las nubes, semejantes a un fúnebre crespón, y tiembla en las aguas, amarilla y triste como el pávido de un gran cirio...

Vivíamos los días de la Guerra Grande.

Las huestes de Rosas y de Oribe, oprimían con su sitio por tierra y con su bloqueo por mar, a la invicta Montevideo, que durante nueve años, asfixiada, oprimida por el cerco, resistió heroicamente a las huestes del tirano.

La compañía que estaba a las órdenes del capitán Zas, era la más numerosa del batallón de infantería número 3, y los prestigios que gozaba el expresado militar, hacía que los vecinos más caracterizados de la ciudad, le confiaran sus hijos, porque su hombría de bien, era prenda segura para el buen tratamiento de los soldados claudados.

Los avances parciales de las fuerzas enemigas, fuera de sus operaciones con grandes masas de ejército, eran frecuentes, si no diarios. Y la compañía de Zas, siempre alerta, centinela de las avanzadas, prestando con suma frecuencia el servicio de "escuchas", — que era el más expuesto por los graves e inminentes peligros que se corrían—, salía de entre los muros, campo afuera a medir sus energías y su valor, con los agueridos soldados del enemigo provocador.

En una brega así, bravía y tenaz, se encontraba Zas, cierto día, con parte de sus ya bien probados soldados, completamente rodeado como en dantesco círculo de la muerte, por enorme contingente de las huestes del Cerrito, fuerzas que obligaron al capitán de la plaza a parapetarse con sus hombres, buscando abrigo reparador en la casa que algún tiempo después habría de pasar a la historia con la denominación de "La casa volada" (calle 18 de Julio entre Defensa y Municipio).

Horas y horas de tiroteo furioso, sostenido por ambas partes, volcanizaban el por aquel entonces, no muy poblado lugar.

Este episodio, como aquel otro de la guerra franco-prusiana immortalizado en el lienzo, bien pudo inspirar otro que llevase también por leyenda: "Los últimos cartuchos". Los heridos se multiplicaban por momentos, tocando la peor parte a los rosistas y oribistas, que, por ser atacantes, tenían que pelear a pecho descubierto, por cuanto no podían contar con otro amparo, que el que pudiera ofrecerles el terreno; —pero, ello no obstante, no cejaban en su decidido propósito de ocupar la posición tan encarnizadamente defendida, estimulados por la perspectiva que les ofrecía la rendición de los parapetados cuyo sometimiento lo creían próximo e ineludible.

Así las cosas, se aproximó lo más que pudo, por el lado de la ciudad, único punto que no estaba ocupado por las fuerzas sitiadoras, un oficial ayudante, quien a causa de los fuegos convergentes, no podía llegar hasta donde se encontraba la compañía sitiada, circunstancia que lo obligó a gritar con todas las fuerzas de sus pulmones:

—¡Capitán Zas! . . . ¡Capitán Zas!

No sin trabajo, logró el ayudante hacerse oír del atacado, que, ensordecido por el estampido de las balas y obsesionado con la preocupación de no dejarse "copar", no estaba para fijar su atención en

El general Paz, Garibaldi y el capitán Zas

Episodios de la Nueva Troya
Por Rómulo F. Rossi

otros detalles que los que a él y a sus soldados tocaban tan de cerca en esos momentos de dura prueba.

—¡Capitán Zas! ¡Capitán Zas!

—volvió a gritar.

—¿Qué desea, ayudante? —respondió también a gritos el requerido.

—Ordena el general Paz que se retire...

—¿Qué?... —

—Que ordena el general Paz que se retire inmediatamente.

—Muy bien. Entendido.

Y el ayudante, al galope tendido de su caballo, volvió por la calle real —hoy avenida 18 de Julio—, buscando el Portón del Centro (18 de Julio esquina Ejido), para ga-

sando en que si cumplía la orden del general Paz, inmolaba estérilmente a sus subalternos. — ¡Esto no puede ser! ¡Soldados! ¡Alto! ¡Vuelvan a sus puestos de combate!

Y las aberturas y la azotea de la finca, empezaron a vomitar balas nuevamente.

Un jinete, procedente de la plaza, volvió como en la vez anterior a aproximarse a la casa acantonada.

—¡Capitán Zas! . . . ¡Capitán Zas!

—volvió a gritar a todo pulmón.

—¿Qué hay?, —respondió éste, con rabia ya.



—¿Cuándo volverás?
—¿Cuándo me de la gana!
—Pero más tarde no, ¿eh?

nar los muros fortificados.

El repliegue hacia la plaza era sumamente peligroso, por lo nutrido del fuego, y ello importaba en concepto del capitán Zas, una locura, un sacrificio estéril de vidas.

Pero... había que cumplir la orden del general en jefe.

Breves órdenes de mando se sintieron en las filas de aquel puñado de héroes; y momentos después, la pequeña tropa intentaba la retirada, de a uno en fondo y en forma espaciada.

El primero, el segundo, el tercero, el cuarto soldado... todos cayeron víctimas del plomo que sobre ellos se descargaba; a pocos metros de la casa.

—¡Oh! —exclamó en el oído de la desesperación el oficial, pen-

—Ordena el general Paz, que cumpla inmediatamente la orden de retirarse, que ya se le dió.

Esta nueva orden, así pregonada en alta voz, que pudieron oír perfectamente bien también los atacantes, estimuló el celo del oficial; y con mayores bríos los del Cerrito avivaron sus ataques.

Lo desesperado del caso y para contrarrestar en parte el efecto moral que la decisión superior producía en el ánimo de los atacantes, movió al capitán Zas a alardear una sorprendente despreocupación por su vida, situándose en un lugar bien visible; y allí, a pecho descubierto y bajo una lluvia de balas que quisieron respetar tanto denuesto y tanta abnegación, gritó estentóreamente al ayudante:

Hipnotismo

Influencia Personal, Sugestión, Lectura del Pensamiento, Mediumnidad, Fakirismo, Orientación, Astrología, Grafología, Psicoterapia, Psicoanálisis, Ocultismo e Ilusionismo, Enseñanza práctica y por correo. Escribir: Instituto Psíquico Sepúlveda 89, Barcelona, España.

—¡Dígale usted al general Paz que no me retire!

Y siguió la pelea con desmedido encarnizamiento por ambas partes, hasta que protegida por un refuerzo que salió de la ciudad, la indómita compañía de infantería, después de poner en dispersión a los atacantes, regresó a su cuartel cargada de laureles y... de heridos.

El general Paz, tan severo en cuestiones de disciplina militar, y sin conocer las verdaderas causas que impulsaron a Zas a enviarle tan categórica respuesta, se sintió encolerizado por lo que él suponía un abierto desacato a su principio de autoridad, mandó que el capitán Zas compareciera de inmediato a su presencia.

—Señor capitán, —preguntó secamente, cuando su subalterno estuvo en su presencia—, ¿por qué desobedeció usted mis órdenes?

—Porque si daba cumplimiento a ellas mi general, sacrificaba inútilmente a todos mis soldados.

—¿O fué por temor?

—¡Por temor...!!!

Y una iracunda interjección, como una cuchillada, terminó la frase.

La mano del capitán subió a su cinto en procura del arma vengadora; y a tiempo fué detenida la acción por la diestra de Garibaldi, que presenciaba la escena.

—¿Qué es eso, capitán Zas? —tronó el jefe de la Legión Italiana.

—¡Respete a sus superiores!

Persistía aún en el ambiente la interjección del capitán.

El gran táctico y valiente general argentino Paz, tranquilo, con esa tranquilidad de que sólo pueden disfrutar los hombres de valor bien probado, miraba a su subalterno fríamente, como buscando el sitio en donde iba a descargar su violencia, cuando Garibaldi, serenamente, mansamente, pero protegiendo con su voz y con su actitud a Zas, dijo:

—Señor general: Este oficial ha cumplido heroicamente con su deber. Yo he presenciado todo el combate. No podía proceder de otra manera... No había otra solución que la que él adoptó... Disimule V. S. su desobediencia...

Hubo entre aquellos valientes un silencio de drama.

Y luego, Paz, tranquilo ya, después de respirar hondamente para dar alivio a su pecho oprimido por mil contrariedades, dijo con acento noble:

—Está bien, capitán. Puede retirarse...

Dardo Corvalán Mendilaharsu, publicará el libro del año: "Rozas"

El notable historiador promoverá la reivindicación del Restaurador, cuya interesante figura alienta en todas las páginas de la obra.

Dardo Corvalán Mendilaharsu anuncia la publicación de su libro "Rozas", por intermedio de la Editorial Gleizer, pié de imprenta de tanta obra buena. Es conocida la predilección del espíritu de Dardo Corvalán Mendilaharsu por las investigaciones históricas, y sobre todo, por cuanto atañe a la curiosa personalidad de Don Juan Manuel. En este sentido ha hecho considerable acopio de referencias de inapreciable mérito, que tienden al esclarecimiento de la figura del Restaurador y que arrojan luces de verdad en torno a su oscuro período de gobierno. Le valió ello la designación de miembro de nuestra junta de Historia y Numismática, lo cual equivale a un honorífico título pues dicho cargo se discierne por votación y el número de componentes de la academia es limitado. Por lo demás, Dardo Corvalán Mendilaharsu es justamente conceptuado en las esferas intelectuales de nuestro país y del extranjero como uno de nuestros escritores de mayor volúmen, que cuenta aparte de los valores legítimos de su temperamento, la cultura excepcional y el fácil dominio del idioma que **uno revelar en todos sus ensayos.**

"Rozas" es un libro de polémica. La actitud de su autor frente al problema histórico de la tiranía es de amplia reivindicación. En realidad Dardo Corvalán Mendilaharsu ha promovido entre nosotros, con sus documentos y con su labor, el movimiento de estudio de aquel tiempo inquietante y dramático de la vida argentina, acerca del cual se ignoraban hasta hoy detalles esenciales que contribuyeran a la formación de un juicio digno, equidistante de

la herencia de odio político que prevalece aún y del criterio romántico que, sin mayores ba-



Sr. Dardo Corvalán Mendilaharsu

ses, otorgaba al dictador la categoría de héroe de la organización nacional.

Dardo Corvalán Mendilaharsu afronta con claro sentido histórico y con sano concepto cien-

tífico la reivindicación de Rozas. Las conclusiones a que arriba en su anunciado libro son el fruto de maduras y pacientes investigaciones, y la resultante lógica de la serenidad con que debe considerarse el problema de la tiranía a la prudente perspectiva de un siglo. Es explicable, pues, la trascendencia de "Rozas" y la intensa expectativa que rodea su aparición próxima. Seguramente el libro de Dardo Corvalán Mendilaharsu renovará la discusión del tema, suscitando apasionados comentarios; pero además conseguirá agitar el ambiente público, haciendo que el juicio reivindicatorio no quede reducido a los límites estrechos de los círculos intelectuales, sino que se extienda también al país de modo que la definitiva sanción sobre el Restaurador parta del sentimiento nacional.

El notable historiador ha puesto en "Rozas" todo su afán de estudioso, y las calidades superiores de su espíritu. Hay allí páginas de alto relieve, donde se entreeva junto a la severa disciplina del investigador la exaltación lírica de un poeta de reciedumbre. La prosa de Dardo Corvalán Mendilaharsu, fluida, vívida, suple la aridez de la documentación dándonos la sensación exacta del medio histórico en que alentó el formidable carácter de Don Juan Manuel. Los períodos adquieren por momentos la enjundia de un poema, tal es la armonía que ha infundido a su trabajo que, fuera de dudas, afirmará el prestigio del autor, consagrando su nombre entre nuestros mejores valores de la hora actual. En cuanto a la Editorial Gleizer ha cuidado la edición de "Rozas" con el esmero artístico que corresponde a la obra.

VUELVO EN SEGUIDA

La joven se pasó por el rostro la borla de los polvos, haciendo un gestecillo gracioso, cerró la cajita, se levantó, arregló el vuelo de su faldita corta, sonrió a los dos jóvenes, y les dijo:

—Esperadme aquí. Vuelvo dentro de cinco minutos.

Y desapareció con graciosa ligereza.

—Está bien —dijeron ellos con una sonrisa indulgente.

Y siguieron su partida de domino:

Dieron las siete y media.

—Parece que se retrasa un poco —dijo uno de los jugadores; —pero no tardará en venir. La conozco bien. Es la puntualidad en persona. Tendría un gran disgusto si no nos encontrase. Lo mejor es que cenemos aquí, y así damos tiempo a que llegue.

Llamaron al camarero. Les sirvieron cerveza y bifés y después de cenar prosiguieron su partida.

A la hora de cerrar el café el dueño les permitió que se echasen en un diván.

.....
Pasaron los días. Los jóvenes aguardaban. Tomaron un abono. Desayunaban, comían y ce-

naban. Por la noche se tendían en el diván. Hacían su toilette en el lavabo del café.

Pasaron los meses. Empezaron a impacientarse primero y a inquietarse después. Aquél retraso no era natural. ¡Con tal que no le hubiese ocurrido nada en la góbre!

Pasaron los años. El café había cambiado cuatro veces de dueño. Los dos jóvenes eran ya unos viejos. De vez en cuando, uno de ellos miraba su reloj, confrontaba su hora con la que marcaba el reloj del café y murmuraba tímidamente.

—¡Es extraño! ¡Ella, que siempre ha sido tan puntual!

El de más edad murió de vejez. Y su última palabra, al estrechar la mano de su compañero, momentos antes de expirar, fué:

—Cuando venga le dirás...

Y entregó su alma a Dios.

Y su amigo, apoyándose en su bastón, acompañó el cadáver hasta la puerta del café. Pero no quiso ir más lejos. Podía venir ella durante su ausencia... y no estaba bien que no lo encontrase.

Gabriel DE LAUTREC.

INDECISIÓN

Este temor de quererte
me está alejando de tí.

Temo que llegue la muerte
y que me sorprenda así:
por el temor de quererte —
lejos y cerca de tí.

Lejos con el pensamiento,
cerca con el corazón;
mas no llegará el momento
fatal de la desunión,
porque, aunque huyó el pensamiento,
te queda mi corazón.

Trata el uno de alejarme
y el otro de retenerme,
Yo no sé con cuál quedarme;
pues quieren favorecerme,
el uno con alejarme
y el otro con retenerme.

Y al fin, se me irán pasando
los años y siempre así:
el pensamiento volando
y el corazón quieto en tí.

Salvador MERLINO

Historia de una muñeca

Por E. Gómez Landero Ballester

Para FRAY MOCHO.

Yo sé la historia de una muñeca contada por ella misma.

Y era ésta una linda muñequita rubia, de rizada y sedosa cabellera que serpenteaba por su rostro en graciosos y ondulantes bucles. Tenía una carita de rosa, cual una pincelada de un artista del Paraíso. Y eran sus ojos como dos gotas de cielo caídas, sobre los hoyuelos de su carita de rosa.

Toda ella predisponía a una atractiva simpatía. Sus grandes ojos, expresivos y vivarachos, movidos al conjuro de muelles y artefactos mecánicos, parecía que nos miraban con acogedora y suave melancolía.

Su boquita insinuosita, de perfilados y bien delineados bordes, matizados de un ligero carmín, encuadraba deliciosamente con la bien alineada hilera de diminutos y niveos dientes, invitando a una franca y sabrosa hospitalidad de deleites, en una sonrisa que era todo un símbolo de arrulladora promesa.

El conjunto armónico y perfecto de su rostro, bello y divino, se contraía en un rictus de amargura, en una especie de melancólica resignación. Parecía que esta muñeca mecánica estuviese animada de vida. Su expresión era la de un ser viviente. Y aun en su estatuaría y muda rigidez de muñeca, su rostro expandía un hálito de existencia humana, de muñeca que alberga un alma que siente y padece. ¡Cuántas muñequitas humanas habrá con cuerpo de muñeca, pero sin alma!... ¡Qué más dá que la materia sea carne o sea cartón y trapos!

Yo conocí a esta muñequita expuesta en un escaparate de novedades. Y desde entonces, desde el primer momento, me atrajo hacia ella una inmensa simpatía.

Aquella muñequita, aquella figurina de carita de rosa y cabellos dorados, era como una novia a quien consagraba mis amores.

Y como tal la consideré, visitándola todos los días en su escaparate colocada majestuosamente en el centro de la pieza rodeada de sedas y crespones de mil colores, como reina de un país de hadas.

En mis cotidianos paseos constituía mi parada forzosa una visita a la muñequita de cabellera de oro, y al enfrentarme ante ella, pareceme que todo su rostro se desfiguraba en un saludo de alegría y en sus labios se delineaba una sonrisa acogedora de agradecimiento y simpatía.

Entre ambos se establecía, entonces, como un coloquio mudo, de acercamiento y penetración espiritual, y alejándonos de las realidades serviles de la vida, apartándonos de las impurezas humanas, nos trasladábamos, en una suave delectación de fantasía soñadora, a lucubraciones pradisíacas que invadían el alma de bienhechora mansedumbre.

Y yo sé la historia de esta muñequita contada por ella misma, de esta figurina cristalina de cabellos dorados y carita de rosa, que embriagaba con su aroma de jazmín y embelesaba con su esbeltez de lirio.

Esta mi muñequita vio la luz primera en un lejano y laborioso pueblecito, entre incesante y atronador ruido de máquinas y el trajín ofuscante producido por miles de obreros en jadeante labor. Aun recuerda el día en que en unión de otras tantas hermanitas, fué empaquetada en una cajita de cartón, cubierta a más no poder con aserrín y papelotes. ¡Cuánto había sufrido desde entonces, que de sobresaltos experimentó temiendo en cualquier momento asfixiarse en aquella cajita herméticamente cerrada, sin un hueco por donde respirar!

Y era una muñequita cristalina, rubia y rosada, y era producto de la mano del artifice humano, que la creó a su capricho con pinturas y pastas, con resortes y trapos como un remedio irrisorio de las muñequitas humanas.

Y de esta muñequita frágil... me enamoré yo como de un ídolo, en apasionado fetichismo. Y era feliz.

Mas esta muñeca, por el arte mágico de una ilusión, adquirió en mi ánimo realidad tangible. El sortilegio de mi espíritu en sus lucubraciones ultra-terrenas, la elevó en sumo grado de fanatismo declarándola reina de mis Amores, amor quintaesenciado y sublime, al margen de los ámbitos terrenales.

Y con esta ilusión mía vivía mi alma saturada de un deleitoso bienestar, ajeno a que algún día pudiera faltarme lo que constituía algo muy mío, como un enjendro de mi alma soñadora.

Mas en mi ciega confianza la linda muñequita me fué arrebatada, peor aún, quizá el capricho pasajero de una muñeca humana, me alejó de mi ídolo, y, seguramente a un precio mezquino, lo que para mí constituía un tesoro inapreciable, un milagro de beldad, para el que no había cabida ni aún en las arcas de reyes y magnates.

Un día en que presuroso acudí a visitar a mi muñequita, vi con amarga sorpresa que el nido estaba vacío, y al indagar, impaciente, la causa, supe, dolorido, que una gentil desconocida la había adquirido y llevado consigo para recreo de otra muñequita humana. Una entrañable congoja se ahondó en mi alma, y dirigiendo una última y desconsoladora mirada a aquel lugar, ya vacío, me confundí en el torbellino mundanal a resguardarme de la trágica tormenta que se desencadenaba dentro de mi ser.

¡Pobre muñequita mía, en qué manos habrás caído, qué nueva vida de tormentos te aguarda todavía! ¿Eres feliz, te acuerdas de tu constante visitante?

Muñequita bella y divina, de carita de rosa y cabellos dorados y cuerpecito de marfil, tu ausencia ha dejado huella indeleble en mi alma, y a tu recuerdo por mi rostro ha declinado una lágrima como despedida de una ilusión perdida.

Santa CRUZ DE TENRIPE



Haga funcionar todos los días su Intestino

El estreñimiento (sequedad de vientre) es más que una simple dolencia. Es una enfermedad que debería ser atendida seriamente porque sus consecuencias son graves. Cuando las materias fecales se estancan en el intestino se producen fermentaciones y los microbios abundan. Luego éstos son absorbidos por la mucosa del intestino y llevados a la sangre, la que poco a poco se envenena. Es entonces, después de un tiempo, que se empiezan a notar los efectos del estreñimiento. Ya sea bajo forma de erupciones en la piel (granos o barros), ya sea bajo forma de dolores de cabeza, mal aliento, inapetencia y otras veces por fuertes dolores de estómago, etc. Hay que evitar el estreñimiento y curarlo, no con laxantes violentos que irritan, sino con una laxante suave, agradable y seguro, tal como la

SANTEÍNA

(DIOXIDRIFTALOFENONA)

que es el remedio soñado para curar el estreñimiento. Tomado metódicamente reeduca el intestino. Presentada bajo forma de deliciosas pastillas de chocolate gusta a todos. A dosis de una es laxante, tomando dos o tres es purgante. Puede tomarse a cualquier hora, no requiere cuidado alguno. Con un poco de voluntad y otro poco de Santeína curará Ud. su estreñimiento

Farmacia Franco-Inglesa

LA MAYOR DEL MUNDO

Sarmiento y Florida

Buenos Aires

— Iniciación de los cursos escolares —



El primer día de clase. Alumnas de sexto grado de la escuela núm. 11 del Consejo Escolar I, que dirige la señora Sara García de San Juan, durante una clase.



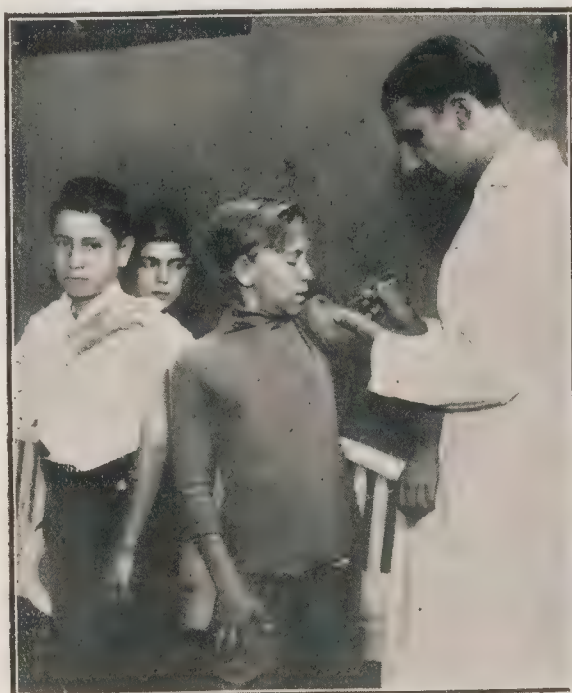
Alumnas de primer grado, que cursan sus estudios en el mencionado establecimiento docente.



Una ronda durante el recreo.



Cumpliendo un requisito de profilaxis: la vacuna obligatoria.



Otro lancetazo preventivo.



Escolares aguardando turno, en la Asistencia Pública, para ser vacunados.

Campeonato metropolitano de atletismo



El vencedor en la carrera de 800 metros llanos.



La llegada de la carrera de 200 metros llanos.



J. Rivas que triunfó en la carrera de 10.000 metros llanos.



El ganador en la prueba del lanzamiento de la jabalina.



Atletas que triunfaron en la prueba de saltos en largo



Figueras, que venció en la carrera de 440 metros, con vallas.

BIBLIOGRAFIA



La poetisa uruguaya señorita Matilde Mayán, autora del libro "Fiebre", recientemente aparecido.



De izquierda a derecha: J. Pergañeda, A. Medvesich y A. Tuma, clasificados primero, segundo y tercero, respectivamente, en el lanzamiento de la bala.

LLEGADA DEL YATE "SUMAR"



El yate "Sumar", a cuyo bordo viaja su propietario, el millonario norteamericano Mr. David C. H. Whitney, acompañado de su esposa e hija, anclado en el amarradero del Yacht Club Argentino.



Mr. Whitney, propietario del "Sumar", poco después de su arribo a nuestro puerto, procedente de N. York

Marplatenses



Señoritas Eka Mallié y María Salomé Mancini Alcorta



Un montón de gracia y simpatía



Señor Alberto A. Cabruja y su esposa y la señorita María Elena Rossi Pindat



Señora Luisa C. Matteucci de Mascietti y Margarita N. de Matteucci



Señora M. Esther Domínguez de Colman Lerner



Señorita Luisa M. Lovechie Cosentino



Señor Guillermo Storino y señora Margarita H. de Storino



Señora Clarisa G. de Diego Arbó y su hija Zulema de las Mercedes



Ingeniero A. Schickedantz y señora Marta Trager



Señora Lily Rouchette



Señorita de Giménez



Señorita Adalgisa Castro



Señora Carmen E. T. de Solari



Señor Cullen



Dibujo de P. Rojas

(Continuación)

Dejaos de historias y fuera miedo, repuso la araña. Lo mejor que podemos hacer es seguirle, pues mientras no le veamos retroceder, es evidente que no hay obstáculos en el camino y que los topes no nos jugarán una mala pasada. Si el campañol vuelve atrás, ya resolveremos lo que se hace. ¡Alerta, Lampiro!

Llamóme en gran manera la atención el discreto raciocinio de la araña, e invitando a ésta y a la luciérnaga a que se agarraran de las dos estambillas, para poder avanzar con rapidez, emprendí nuevamente la marcha al trote, lo cual me permitía la amplitud de la vía.

Transcurridos algunos minutos, me detuve para cobrar aliento.

—¿Sabrías decirme poco más o menos qué hora es?, pregunté.

—Hora de almorzar, respondió melancólico y suspirando el Lampiro.

Esta era mi opinión; pero faltaba nuestra proveedora, la cigarra. No había más medio, si que-

riamos almorzar, que salir de aquel subterráneo interminable.

—¡Adelante, amigos!, dije yo; e inmediatamente volví a emprender la marcha, remolcando a mis compañeras.

Poco tardamos en llegar a un sitio donde la galería formaba dos brazos. Nuevamente me detuve.

—No abandonemos las huellas del campañol, dijo la araña; creo que es lo más prudente.

Y mientras hablaba, estaba examinando atentamente el suelo. Luego penetró en una de las galerías, y después en la otra, y llamando a la luciérnaga, dijola que avivara su luz, a fin de proseguir su exploración. Noté que mi amiga parecía indecisa.

—¿En qué pensáis?—le pregunté.

—Es extraño, me contestó: hasta aquí, se distingue perfectamente la huella del animal; luego, en los dos brazos de la galería se repite y es bastante confusa. Para mí es indudable que el campañol encontró algún obstáculo en alguno de los corredores, y que, retrocediendo, se metió en el otro. Todo esto es muy sencillo; pero como no pudo pasar al lado opuesto, cada vez me confundo más y más. Las dos vías que se abren ante nosotros ofrecen señales indubitables de que el campañol las ha recorrido inconscientemente.

—¿Y qué concluís de todo esto?

—No sé qué contestaros.

—¿Por ventura hay algún topé en uno de los corredores?

—No. Si así fuese, el campañol no los habría recorrido dos o tres veces.

—¿Cómo nos las compondremos?

—A todo evento seguiremos avanzando. ¿Qué mejor partido podríamos adoptar? ¿Quién nos dice que lo que ha detenido al campañol, sea un obstáculo para nosotros? En primer lugar, estamos provistos

AVENTURAS DE UN GRILLO

(POR EL DR. ERNESTO CANO)

—¿Y quién nos dice que no hay vuelto atrás mientras estábamos metidos en el corredor de la izquierda? Sea como fuere, quiero asegurarme por mí misma. Es-pero.

La araña tendió un hilo por encima del agua en dirección a la veda, y pronto la vimos agarrar a él y desaparecer en medio de las tinieblas.

Transcurrió un buen rato antes de que volviera. Al reaparecer, dijo:

—Se puede pasar; más adelante la galería va subiendo. En el centro tendremos alguna dificultad, pero es practicable; he aquí lo esencial. ¿No os intimida la humedad?

—No, por cierto, respondimos.

—¿Y vos, Lampiro, nada teméis por vuestro fanal?

—¿Cál está a prueba de agua?

—Entonces todo va bien. He aquí como nos las compondremos: con mi amigo Lampiro, instalaos sobre el lomo del grillo y no os mováis, ceda lo que suceda. Al grillo le ataré un hilo alrededor del pescuezo y a una señal mía se meterá en el agua hasta media pierna; lo de-correré de mi cuenta. Un aviso importante: cuando floteis sobre el agua, amigo grillo, cuidad de recoger vuestras patas, para que éstas no queden pegadas a las paredes del corredor, pues de lo contrario podría romperse el hilo y un atolladero.

Todo se hizo según las instrucciones de la araña. En seguida tendí y suspendí al hilo que había atado a lo largo de la bóveda, y de la orden de avanzar, yo penetré en el agua y fui andando hasta el

—¿Qué ha sucedido durante la travesía?, pregunté a la araña. A veces cerí que no llegaríamos a la orilla opuesta.

—Sucedió que se aflojó una parte del hilo tendido en la bóveda, y que yo caía al agua; pero pude encaramarme otra vez y estamos en salvo.

Mientras tanto la luciérnaga, cuyo fanal al parecer estaba intacto, examinaba el terreno.

También ha salvado el obstáculo el campañol, hijo. He aquí sus huellas; son muy visibles.

Desde el sitio en que nos encontramos, la galería iba subiendo.

—He notado, observó la araña, que en el punto inundado la bóveda del subterráneo es de piedra,



y sin duda por esto el topo vióse obligado a abrirse paso por debajo. Nuevamente habíamos emprendido nuestra carrera. Las huellas del campañol nos hacían esperar que el camino estaba libre; así es que adelantamos contentos.

La esperanza no tardó en trocarse en certidumbre. Al cabo de algunos minutos vimos que la galería desembocaba en un vasto subterráneo alumbrado por la luz diurna. Era aquello una conejera, cuya abertura veíase a pocos pasos. Poco tardamos en estar afuera, y no sin la más profunda alegría saludarnos al rey de los astros, que brillaba espléndidamente sobre nuestras cabezas, en un cielo sin nubes.

CAPITULO VII

Lecciones de geometría ordenada

—Lo que conviene ahora es almorzar, dijo la araña; sin pérdida de momento me voy a fabricar una tela sobre aquel grosello. ¿Dónde nos encontraremos?

—En este mismo sitio. ¿no os parece bien? Lampiro y yo iremos a caza de provisiones, y confío en que no transcurrirán quince minutos sin que hayamos satisfecho nuestro apetito. Luego acudiremos a la cita.

—Perfectamente. Voy a tender un hilo desde mi tela hasta este tallo de yerba. A vuestro regreso tirareis del hilo y me reuniré con vosotros.

Dicho esto, la araña partió por un lado y la luciérnaga por otro; yo me mantuve a la entrada de la conejera para orientarme.

He aquí el resultado de mi exploración. La conejera desembocaba en el linde de una arboleda que

poblada un montecillo situado a mi espalda; en frente y a corta distancia se extendía el frenal que, formando suave declive, terminaba en la grande alameda, en donde la noche de mi llegada, estuve a punto de ser aplastado por un vehículo. Más allá brillaban las aguas del estanque. A la izquierda veíase la verja por donde yo me había introducido en la morada señorial; ésta aparecía a lo lejos, hacia la derecha, dividiéndose perfectamente desde el sitio en que me hallaba. Era una elegante vivienda, a la que se subía por una ancha escalera con galería que terminaba en dos torreones coronados de velutas.

Fácil me fué reconocer con exactitud el punto en que encontré a la cigarra y por lo tanto la entrada de su habitación. Mis salidas en los días anteriores habíanme familiarizado con todo lo que me rodeaba. Para mí era indudable que la puerta de la vivienda de mi prima estaba a la orilla del paseo, junto a un gran pedruzco blanco que divisaba muy bien. Pensando en cuanto me aconteció en aquella morada, no pude menos de felicitarle por el venturoso desenlace de mis aventuras, al paso que acudí a mi mente el recuerdo del viaje circular que hice durante una hora en la ratonera puesta por el jardinero, de lo que me rei gusto-so.

Encima de mi cabeza estaba la araña fabricando activamente su tela. Esto me recordó que todavía no había comido; así pues para llenar el estómago me regalé con algunos brotes de yerba. Luego, diviso una piedra con una pequeña excavación debajo, pensé que si me veía en un apuro, aquel agujero podría cobijarme; por lo cual me coloqué allí cerca, extasiado en contemplar el trabajo de mi amiga la araña.

Muchas veces había visto arañas que fabricaban su tela, pero jamás me di cuenta cómo se las componían para tender el primer hilo. La ocasión era propicia para satisfacer mi curiosidad; de consiguiente, interpele a mi amiga, diciéndola:

—¿Quisiera saber, epeira, cómo os habéis arreglado para atar un hilo al grosellero sin antes encaramaros en él.

—Nada más fácil, me contestó. No ignoráis que tengo en la parte trasera una bolsita llena de un líquido que, al arrojarlo, instantáneamente queda seco, transformándose en un hilo sedoso que se dilata, hilo que para salir afuera pasa por un sinnúmero de agujeritos. Este hilo que parece sencillo, en realidad compónese de un centenar de hilitos sumamente delgados y que al contacto del aire se pegan entre sí y forman el que tenéis a la vista; de manera que puedo hacer salir de mi hilera el número de hilos que me plazca. Si se trata de tender el primer hilo, me valgo de uno imperceptible y tan delgado que flota en el espacio a merced del menor soplo. Hilo con rapidez una gran extensión de él, de modo que el cabo libre no tarda en arrollarse a un objeto cualquiera, objeto que a veces se en-

cuentra a mucha distancia de mí. Luego tiendo este primer hilo, me instalo debajo y busco un nuevo apoyo para amarrar el segundo, procediendo de la misma suerte respecto al tercero y disponiéndolos en triángulo. Me parece excusado decirlos que una vez tendido el primer hilo, lo refuerzo con otros, operación que practico trepando por ellos. Ya formado mi triángulo, corto los ángulos por medio de hilos oblicuos para obtener un polígono, y en este polígono establezco los radios y finalmente la espira que los lía.

Di las gracias a la araña por la explicación. Confieso que no comprendí del todo los términos triángulos, polígono, espira, de que se había valido; más como la veía

gó a mis oídos de una manera más perceptible.

—¿Quién anda por ahí? pregunté; ¿quién me llama?

Un pobre estafilino enterrado en vida y muerto de hambre. ¡Por Dios, auxiliadme!

—¿Y cómo?

—Abriendo una galería en dirección de mi voz. ¡No me desamparéis, hermano, no me desamparéis!

Titubeé un momento, pues a decir verdad, maldita la simpatía que tenía por la raza de los estafilinos, seres inquietos, insolentes, batalladores, en una palabra muy poco sociables. Sin embargo, la embarazosa situación de que tan felizmente me librara yo mismo momentos antes, me enternecía ante



trabajar, adiviné lo que significaban. Lo que más me interesaba conocer, era el modo como había tendido su primer hilo, y esto lo comprendí perfectamente bien después de las explicaciones dadas por mi compañera.

Satisfecho de la lección y no sabiendo en que pasar el rato, empecé a cantar. Tres o cuatro trinos había lanzado al viento cuando oí una voz que procedía de debajo la piedra. Escuché, y parecióme que me llamaban.

—¿Grillo! murmuraba alguien con ahogado acento: ¡grillo!

Metime en la excavación y volví a escuchar. La palabra grillo lle-

los infortunios de los demás; de consiguiente, corta fué mi indecisión; empecé a escarbar la tierra en la dirección que me pareció yacia el estafilino.

Pocos minutos me bastaron para llegar hasta él; entonces salté a reculones y el prisionero imitó mi ejemplo.

—Gracias, me dijo al respirar el aire libre; acabáis de prestarme un señalado servicio. A no ser por vos, esta piedra hubiese sido la losa de mi sepulcro.

—¿Cuál es el motivo de encontraros en semejante sitio?

(Continuará)



Sta. Beatriz Elena Castañé Torres

Beatriz Elena Castañé Torres

Hemos perdido una voz de ternura; la de Betty Castañé Torres. ¿Cuál palabra que aún no ha de saberse pronunciar, dirá nuestro dolor y nuestra imposibilidad?

Beatriz Elena Castañé Torres era una artista, artista de gesto, artista de corazón, de ternura, inmensamente triste... profunda comprensión... ansia de vida perdida en el esfuerzo inútil...

Betty Castañé Torres no podía vivir. Se nos ha ido llevando en su silencio la pena de haber sucumbido ante la vida misma. Yo sabía de su gran ensueño, del deseo enorme de llegar a la más sublime emoción; de darse íntegramente en cada verso, en cada gesto.

Y supe de su pena, de su angustia de artista exquisitamente sensitiva, que presentía tronchados sus ensueños, angustiado su ideal por un inexorable mal contra el cual nunca tuvo un lamento. Ella amaba la vida como al verso, intensamente. Y nada pudo el dolor ante tanta ternura. Betty se nos fué, bella de cuerpo y de alma, callando la dulzura de su voz amorosa. Nos queda su espíritu asomado ya para siempre a la vida y el perfil de su personalidad prometida al mañana que no llegará. Este espíritu generoso, abrió para abrazar al mundo, engrandecido por el dolor enorme de comprenderlo todo, de perdonarlo todo...



WALLY ZENNER

Señorita Wally Zenner

Adjudicación de los premios de carnaval en Flores y Belgrano



El subintendente de Flores con las personas a quienes fueron discernidos los premios de disfraces en el reciente carnaval. El trofeo más importante lo constituyó una copa de plata.



El mantón de Manila que constituyó el gran premio instituido por el Club Belgrano y las que fueron agraciadas en el concurso carnavalesco.

Baile de disfraz realizado en el Club Austriaco



Las tres parejas de bailarines que obtuvieron los premios establecidos para vals, tango y fox-trot, en el concurso organizado por el Club Austriaco.



El secretario de la legación de Austria y el cónsul de dicho país, acompañados de las personas a quienes se adjudicaron los premios de disfraces en el baile realizado en el Club Austriaco.

Principales intérpretes de "Las descentradas", drama de Salvadora Medina Onrubia.



Domingo Sapelli (Juan Carlos Gutiérrez)



Gloria Ferrandiz (Elvira)



José Casamayor (López Torres)



Teresa Serrador (Gracia Meurer)



Blanca Vidal (Señora de Meurer)



Carlos Morales (Baudrix)



Lucía Barause (Gloria Brena)



SAN JUAN. — Durante la misa de campaña oficiada en el parque de Mayo, con motivo del aniversario de la batalla de Salta, y a la cual asistieron los ministros doctores Aparicio y Denovi



MENDOZA. — Los diputados nacionales señores Borda y Guzzo, acompañados de las señoras de Day, Porcel, Desprez, Baez y de los señores Dodds, Puga, Ordóñez, Castillo, Jankowsky Radamés y otros, en la visita realizada a las dependencias de la Liga Argentina contra la Tuberculosis



PUAN. — "Señoritas New York", grupo compuesto por las señoritas Beráscola, García y Hernández que llamo la atención en el pasado Carnaval



Señoritas de Villasuso, Appella y Rodríguez, bajo el disfraz de "Misterio", que también se destacaron en dichas fiestas



Los esposos Daniel Keégan-Del Bono, acompañados de su familia en ocasión de celebrar sus bodas de oro matrimoniales.



SAN RAFAEL. — Señor Benjamín Palacio, ex-intendente municipal y ex-jefe de policía, recientemente fallecido



LA RIOJA. — Monseñor De Andrea, visitando el Hospital Regional Pts. Plaza



Lugar en que existió la casa donde naciera el prócer doctor Pedro Ignacio Castro Barros, en Chuquis (La Rioja).

El aeroplano del amor

Por Francis Buzzell

Janet, te necesito. Debemos casarnos en seguida, tan pronto como puedas llegar hasta aquí."

¡Llegar hasta aquí! ¿Y por qué no tan pronto como él pudiera llegar hasta donde estaba ella?

La colosal arrogancia del hombre casi quitó la respiración a Janet Thayer. Instintivamente se subió sobre los hombros la floreada colcha de su cama. El sol recién comenzaba a apuntar por sobre la niebla de Long Island.

Tan distintamente como si Sturgis Fessenden estuviera inclinado sobre ella — y Janet tuvo la ilusión de que así era, en efecto, — llegaba su tranquila y segura voz por el hilo, desde una distancia de cinco mil kilómetros: "Debemos casarnos en seguida; tan pronto como puedas llegar hasta aquí."

Sus palabras eran no sólo una orden, sino una advertencia de que no estaba dispuesto a aceptar una respuesta negativa. En realidad, ni esperó respuesta alguna, ni tampoco la requirió. Se lanzó en una serie de explicaciones que al principio ella no pudo seguir. ¡Un súbito cambio de sus planes; desarrollo vital de su recuerdo en el Oriente, que exigía su presencia allí; salida de San Francisco en el primer vapor; el importante papel que ella, como su esposa, desempeñaría en sus grandes negocios; la necesidad de apurarse, apurarse, apurarse!

El matrimonio, como él lo veía — todo en forma rápida. — Nada de intimidad; ni un día, ni una hora siquiera, destinada a beber el elixir del amor romántico: "¡Debemos casarnos; debemos casarnos!"

De todo el torrente de palabras, esto era lo único que retuvo Janet. Por los vidrios de la ventana distinguía trozos de jardín, unas fuentes de agua, varios cancheros. Sintió la súbita necesidad de correr hacia el jardín, hacia el agua, de huir del teléfono para tomar una decisión. Sabiendo que su respuesta debía ser afirmativa — a menos que se decidiera a repudiar la deuda que el destino y las circunstancias le obligaba a satisfacer, — no estaba lista para dársela. Tiempo; necesitaba tiempo — le respondió.

"Dentro de dos horas, Janet, tal vez antes, te llamaré otra vez. Para entonces ya habré confeccionado el plan para traerte hasta aquí".

Colgó el receptor; se recostó nuevamente sobre la cama con los ojos cerrados, y trató de tomar el agradable sueño en que estaba sumergida cuando el timbre del teléfono la había despertado. Soñaba con Ricardo, Ricardo Farrell,

envuelto en una cantidad de simbólicas alas. Porque Ricardo Farrell era aviador. Richard le gustaba. Le amaba. ¿Amaba? ¿Qué estaba diciendo? ¿Estaba acaso el amor a su disposición? ¿Amor? Ninguna vida — y más ciertamente, ninguna vida de mujer — está completamente a disposición de

La pequeña Janet, que de esta manera había llegado a conocer, era una muñeca de ojos ansiosos y cabello enmarañado, que se sostenía mal sobre sus zapatos que no le ajustaban. La observaron como se transformaba en una rara y desconfiada personita, cuyos ojos estaban llenos de sombras, y que



uno; pero Janet Thayer dependía aún más que otros en este sentido. Su vida, desde que a la edad de doce años su madre se había escapado con Stephen Starker para no volver jamás, había sido una sucesión de obligaciones hacia los demás. Especialmente hacia Sturgis Fessenden; el generoso Sturgis Fessenden, de gran corazón, y su esposa Margarita, que habían hecho todo lo que podían para dar color a su vida solitaria y huérfana.

La primera vez que la atención de Sturgis Fessenden había recaído sobre Janet, fué durante una tormenta de nieve que por espacio de dos días barrió la costa desde el Atlántico. Al tercero, mientras se abría paso entre la nieve acumulada delante de su casa, Sturgis había sorprendido una aguda voz que le llamaba de viento-abajo. Una extraña figurilla había aparecido de entre la nieve, y tuvo que frotarse los ojos antes de decidirse a reconocer a Janet Thayer. La había colocado debajo de su brazo para entregarla a su esposa, haciendo notar en tono semijocoso, que no era aquella ocasión propicia para que una chica de esa edad anduviera por la calle.

trataba valientemente de olvidar a su madre sin conseguirlo del todo.

En casa de los Fessenden, Janet, siempre tarda en distribuir su afecto, encontró un nuevo hogar. Margarita Fessenden, sin hijos, trató denodadamente de substituir a la mala madre que había desaparecido. Después sobrevino otra calamidad. Eduardo Thayer, padre de Janet, se enredó en un negocio turbio de trigo, colocándose al borde del escándalo, la miseria, la cárcel.

Sturgis Fessenden pagó doscientos mil dólares por él y acalló los ánimos; pero Janet sabía por qué su padre no comerciaba más y por la gente. Sturgis estaba junto a él. Sturgis Fessenden, que siempre dramatizaba y ampuloseaba sus hechos, dió la menor publicidad posible al que había realizado. Y por esto ella lo quiso.

¿Lo quiso? Como un niño quiere a su padre. Ella tenía diecisiete años entonces, y él una esposa. Pero ahora ya no la tenía. Margarita había muerto el año pasado. ¡El pesar del esposo, ostentoso y espectacular como todas sus pasiones y estados de ánimo, se había manifestado haciendo que las cenizas del cuerpo de su esposa fueran es-

parcidas sobre Long Island Sound desde un aeroplano, a la caída de la tarde! Ahora estaba libre; libre para llamarla, puesto que ya había transcurrido un año del descenso de Margarita. Y tenía derecho a exigirle todo de ella. ¿Derecho? Ella sabía muy bien que por ella, y no por su padre, había pagado generosamente y en silencio, los doscientos mil dólares.

Janet se levantó, y vistiéndose lentamente, descendió al piso bajo. Su padre todavía no había salido, y el correo matinal estaba aún intacto en el "hall". Le llamó la atención en seguida una carta sellada en San Francisco y dirigida a su padre con la familiar escritura ampulosa de Sturgis Fessenden. Nunca había ella abierto cartas de otra persona, pero, en aquella ocasión...

Rompió el sobre y encontró dentro un cheque por dos mil dólares; se lo llevó a su padre, confrontándolo. Sí; había recibido otros recientemente, y con regularidad. Sí; desde el asunto, él y ella habían vivido a menudo a expensas de Sturgis Fessenden.

Janet volvió a sus habitaciones. Sturgis Fessenden tenía cuarenta años. Era un hombre de buena complexión, de anchas espaldas, bien plantado, atrayente para toda mujer. Así lo juzgó Janet en su dormitorio, mientras recordaba su llamado: "Janet, te necesito". También recordó que

una tarde, después de la muerte de Margarita, cuando, apenada por la soledad del hombre, había acariciado los potentes músculos de su cuello, no sólo fué él el que respondió tensamente al tacto, sino también ella la que había experimentado una emocionante sensación, muy distinta a las que despertaban en ella los juegos en que él la entretenía hacia diez años, cuando era todavía una niña de doce. Pero después había aparecido Richard Farrell en escena, que era joven, valiente, divertido: joven sobre todo.

Farrell se había declarado más de una vez en los últimos tiempos; pero ella se negaba a responderle afirmativamente. Con cada negativa, sin embargo, se aseguraba él el derecho de otra declaración. Era el llamado de la juventud, el de los impulsos compartidos, el de los deseos, las esperanzas, los gustos comunes, el que los unía.

El teléfono volvió a sonar. Otra vez San Francisco. Los instantes que se tardó en establecer la comunicación los empleó ella para agrupar sus ideas.

—¿Te has decidido, Janet?

—Sí.

—¡Buena Janet! ¡Ya lo sabía!

—Pero, ¿no me preguntas por qué me he decidido?

Hubo una nota de intranquilidad en la voz de él; pero instantáneamente recobró la seguridad, su exasperante seguridad tan seductora y dominadora, sin embargo.

—Vendrás hasta aquí en aeroplano. Saldrás esta noche desde Hadley Field. Jack Hafford, uno de los mejores pilotos del país, te conducirá hasta Frisco en menos de treinta horas. Tendrás aquí todo un día para hacer tus compras, y el jueves por la mañana nos embarcaremos para el Japón.

Todo esto con un tono tranquilo de voz, como si estuviera disponiendo un partido de golf. Por segunda vez su arrogancia la conquistó:

—¡Piensa un poco, Janet; serás la primera mujer que volará a través del continente en treinta horas para contraer matrimonio! ¡Todo el mundo te admirará! Tardas en contestarme, Janet.

—¿Que tardo en contestarte? ¡Ya sabes que si me lo exiges, sólo tengo una respuesta para tí!

Aunque estaba a punto de soltar las lágrimas, Janet no pudo menos de notar la forma cómo eludió él la indirecta tan típica en él.

—Con todo el continente por medio, es imposible que discutamos el asunto en esta forma, Janet. No puedo volar hasta Nueva York desde San Francisco y volver a tiempo para embarcarme en el vapor. Todo lo que te pido es que te reunas conmigo aquí para conversar y discutir el asunto. Y creo que a esto tengo derecho.

Después siguió una serie de instrucciones que, muy a pesar suyo, no pudieron menos de despertar su admiración. Lo había arreglado todo para el vuelo, hasta la cuestión de paracaídas.

—Es lo mismo que un viaje en vapor, para el cual también se llevan salvavidas; sólo que es más emocionante, nada más. ¿Tienes miedo de volar?

—¿Miedo de volar? No, — contestó inmediatamente. — Pero, no porque tuviera miedo, sino porque hasta aquel momento ni siquiera había pensado en las molestias o el miedo físico del vuelo. Y, al hacerlo, experimentó un súbito e incontentible temor, muy distinto de la recelosa excitación con que había formulado recientemente a Dick Farrell el pedido de que la llevara consigo.

No había volado nunca, y, naturalmente, se sentía en cierto modo amedrentada cuando pidió reíteradamente a Farrell que la condujera como pasajero en sus vuelos. Pero Dick no la había llevado habíale negado la satisfacción que ella casi exigía, como parte de la protectora actitud que adoptaba para con ella, y que ya le molestaba bastante. Pero en aquel momento, apreció en todo su valor la negativa de Dick frente a la actitud de Sturgis Fessenden. ¿Qué le importaba a él que debiera ella volar para pasar peligros ciertamente improbables, pero indudablemente, existentes, con tal que se le reuniera, o con tal que, por lo menos, pudiera él dramatizar su muerte posible ante cien millones de personas, como había hecho en ocasión precedente?

Contentó desafiantemente: ¡Vendré! Y, después, no pudo ya retractarse.

El había exigido el pago — el pago por su cariño para con ella

cuando era todavía una niña; el pago de los cheques que de él recibía regularmente durante los últimos tiempos de su padre, — y ella estaba dispuesta a efectuarlo, aun ante el peligro de muerte que debía afrontar, o, mejor dicho, confiando, precisamente en él.

El resto del día lo pasó en medio de acciones aisladas que constituían los intervalos a sus reiteradas tentativas de escribir a Dick. Debía escribirle, decirle algo, pero no lo hizo. Llegó la noche y se trasladó al hangar, pronta para el vuelo. El aeroplano, un gran aparato biplaza de color gris plateado, fué sacado del hangar. Su

cruzaría en aeroplano el continente debido a que su larga amistad con Sturgis la obligaba a tener esta consideración para con él cuando él no podía venir hacia ella. No hacían más que sonreír. Y Jane pensó que tal vez también Richard Farrell estaría leyendo, en aquel momento, los diarios que ostentaban las sensacionales noticias.

Los mecánicos, que habían estado examinando minuciosamente cada una de las partes del avión, se unieron a la multitud que la rodeaba, participando de la admiración general. ¡Para todos era una figura romántica, y eso lo estaba diciendo Sturgis Fessenden desde

EL ECO

“...Lugar encantador, situado al borde del Fangoso, en el centro de un paisaje encantador. Magníficos edificios del siglo XIV y del XX; pesca, caza, excursiones, casino, manantiales de aguas minerales, calientes en invierno, frescas en estío, etc., etc.”

Así rezaban desde hace innumerables años todas las guías de turismo en el Capítulo Villa Rana, pero la última edición de estas obras tan útiles lleva esta adición:

“No abandonéis Villa Rana sin haber visitado las ‘Rocas del Diablo’, cuya disposición extraña da lugar a uno de los ecos más notables del mundo entero”.

Esta idea de anunciar al mundo una maravilla natural inédita fué excelente, y el Sindicato de iniciativas de Villa Rana se enorgulleció de ella. La popularidad del Eco del Diablo creció rápidamente; dócil a las órdenes de los “Cook” y de los “Badeker”, ningún turista pasó por la región sin venir a decirle unas palabras.

En cuanto los viajeros desembarcaban en la estación, se les llevaba a oír el Eco. Unos guías se apoderaban de ellos y les conducían hacia las Rocas del Diablo, y, después de haberles colocado a buena distancia, les decían:

—“Vamos, señores!”

Y los viajeros gritaban:

—“¡Eh!... ¡Eh!... ¡Eh!... Dupont!... ¡Eh!... ¡Durand!”...

Algunos preferían confiar a las rocas palabras intencionadas; otros, les gritaban injurias que el eco devolvía copiosamente, quince, veinte veces y, en ocasiones, tantas que los turistas tenían que sentarse en el suelo para esperar el fin, porque era un Eco desigual y esencialmente fantástico, pero

siempre tan gracioso, por el tono de sus réplicas, que hacía reír al neurasténico más incurable. Todas las personas que lo habían oído se manifestaban encantadas y enviaban más gente al pueblo excepcional, para oír su eco maravilloso.

En fuerza de extenderse la fama del Eco del Diablo, acabó por llegar al extranjero. Un día Villa Rana recibió entre sus murallas a toda una colonia inglesa.

Fué un buen día para el Sindicato de iniciativas. Los visitantes ingleses fueron conducidos con todo género de atenciones a presencia del Eco.

Al principio todo fué bien. Unas jóvenes británicas, con el vocabulario en la mano, le interperaron con cortésia:

—¡Oh! ¡Buenos días, señor Eco! ¿Cómo está usted? ¿Quiere usted hablar conmigo?”...

Todas las frases el Eco las repetía perfectamente. Pero le llegó el turno a un inglés, gordo y colorado, el cual se encaró con el Eco y le dijo:

—“Hullo, old chap, how are you?”

Para sorpresa de todos, el Eco permaneció silencioso. Pasaron unos segundos de angustia, y el inglés añadió:

—“Hullo! What is the matter?”

Nada, igual que la primera vez; el Eco siguió mudo. Un sudor frío, mortal caía por la frente del Sindicato de iniciativas. Con tono irónico, dijo el inglés:

—“Well! Are you dead?”...

Era demasiado. Esta vez una voz furiosa se elevó de la Roca del Diablo, y dijo:

—“¡Pero hombre de Dios, hable usted en castellano si quiere que le contesten!”...

FARIDON

Aguas subterráneas, metales, petróleo y tesoros ocultos. Proporcionamos los medios para descubrirlos. Escribir: Centro Geológico, Sepúlveda 89, Barcelona, España.

bien formada cabeza, la manera de caminar, eran completamente de Farrell; tanto que, por un momento, Jane se sintió desvanecer. Alguien les presentó y estrecharon las manos. Le habían dicho que era Harford, pero, para ella, ¡era Farrell! Le dijo algunos lugares comunes, casi automáticamente, mientras le miraba con ojos asombrados. ¡Aquél piloto con gafas le parecía Richard Farrell!

Sus valijas y sus baúles fueron cargados sobre el avión, y el piloto estaba ya esperando junto al mismo. La llevaron en andas y la colocaron en medio de vítores y deseos de buena suerte. Después vino el rugido del motor, y la gente se separó corriendo de su camino. Minutos más tarde, como por milagro, volaban ya bajo la blanca luz de la luna. Entre las encontradas sensaciones del primer momento no estaba la de miedo. No tenía miedo, y observaba tranquilamente la silueta inmóvil del piloto, sentado en el asiento de adelante; tan inmóvil, que parecía formar parte del aparato. Le parecía aún que era Richard. Durante un largo rato le miró, y después se inclinó y le tocó la espalda con una mano. El piloto llevó sus dedos hacia su casco de aviador y con un brusco tirón se lo sacó dándose inmediatamente vuelta hacia ella; Janet exclamó: “¡Richard!”

Farrell contestó algo, pero sus palabras fueron cubiertas por el rugido del motor, y se dedicó nuevamente a su aparato, mientras ella se acomodaba en su asiento tratando de pensar un poco. ¿Así que el piloto era Dick y no Harford? ¿O Farrell y Harford eran uno mismo? ¿Era aquello un arreglo del mismo Sturgis? No era posible. Y, entonces ¿cómo se explicaba? Farrell hizo callar un poco el ruido del motor y se volvió hacia ella. Debían hacer alto en Bellefonte y le recordaba que él tenía que seguir siendo Jack Harford. Más tarde hablarían. Descendieron en Bellefonte, para encontrarse rodeados por una turba de reporteros, fotógrafos, periodistas.

Subieron nuevamente, para llegar hasta Cléveland que resultó lo mismo que Bellefonte, excepto que a la salida de la misma Farrell le ordenó que durmiera hasta Chicago. Y, a pesar de lo absurdo que le pareció en un principio la indicación, se sumió en un sueño lleno de imágenes confusas, de siluetas de Farrell y de cámaras fotográficas. Después de Chicago, donde la despertó el espectáculo acosumbrado, vino el desierto. La arena y la vegetación escasa y achaparrada se desarrollaban incesantemente debajo de ellos. Janet notó que estaban descendiendo, sin tener ningún campo de aviación a la vista, nada más que una extensa meseta bardeada por cañones y precipios. Richard aterrizó con maestría sobre la arena y detuvo el aparato sobre una extensión de

padre estaba junto a ella, silencioso.

Sturgis Fessenden ya se había encargado de propalar la noticia del vuelo a todos los vientos, por medio de los diarios; y los canillitas les rodeaban con las hojas sobre las cuales estaban impresas, con grandes y negros títulos seguidos de multitud de telegramas y comentarios, las comunicaciones sobre el espectacular vuelo. ¡Para Fessenden! No querían saber de todo el mundo, era la novia de otra cosa. Era inútil repetirles que

cinco mil kilómetros de distancia! Una sola persona tranquila parecía haber en el campo de aviación el piloto que debería conducirla por encima de las ciudades, llanuras, precipicios, montañas, desiertos y bosques. Se llamaba Jack Harford, y ya Sturgis se lo había mencionado, en la conversación telefónica, como uno de los mejores del país.

Se aproximó a ella por primera vez, con la cabeza descubierta, pero con el traje y las gafas de aviador. ¡Como se parecían los pilotos, unos a otros! Su poderosos hombros, su

firme roca. Ambos levantaron sus gafas y se miraron.

—¿Qué pasa? — preguntó ella.

—Nada en la máquina — repuso él.

—¿Dónde estamos, Richard?

—¡Solos! ¡Y esto es bastante! Y como ella no respondiera: "He abandonado la ruta prefijada hace ya una hora. ¡Bajemos!"

La levantó de su asiento, y sus brazos la estrecharon por un instante, mientras la descendía y estaban completamente solos; pero, no bien sus pies tocaron la arena, la dejó. Jane se alejó un poco del aeroplano y él la siguió. A él le pareció que ella se estaba librando de la tensión que significaba estar sentada incómodamente durante tantas horas; pero también le pareció que se libraba de otra tensión, que distaba mucho de ser física, momentáneamente por lo menos.

—Richard, ¿por qué hiciste esto? — preguntó ella, volviéndose hacia él.

—¿Qué crees que hice? — replicó él.

—Aterrízaste aquí... innecesariamente.

—¿Quisieras que hubiéramos continuado volando?

Jane desvió los ojos de los de él cuando contestó la directa pregunta:

—No le he prometido casarme con él Richard. Me dijo que debía venir hacia él. No le prometí más que volar hasta San Francisco y verle antes de partir.

—No solamente para verle — corrigió él, amargado.

—Para ver si le amaba — compuso ella.

El tomó entre sus dedos la manga de su vestido; pero no trató de retenerla al ver que ella la retiraba. Fessenden ha comunicado la noticia a los cuatro vientos, y ahora todo el mundo sabe que tú vuelas para casarte con él! ¡Es indigno de un hombre decente el obligarte a casarte con él!

—¡Puede ser que quiera en realidad casarme con él! — cortó ella.

La frase se le escapó, y estuvo dicha antes que tuviera tiempo de pensarla dos veces, y, seguramente reprimirla después. Richard le tomó nuevamente el brazo.

—¿Quieres casarte con él?

—¡No lo sé!

—¿Lo amas?

—No lo sé!

—Janet, ¿me amas a mí? Las manos de Farrell se apoderaron de sus facciones, colocándolas frente a las suyas. Y ella le respondió por tercera vez: "¡No lo sé!"

Janet sintió que una corriente eléctrica corría por los dedos de Farrell y se apoderaba de su pulso.

—Entonces ya sé a qué atenerme; no, no me amas, porque entonces lo sabrías; por lo menos sabrías que no me amas!

Dijo esto con tono ardiente y excitado, sin caer en la cuenta de la absurda declaración que acababa de hacer. "¡Y antes me dejó morir aquí que conducirte hacia esa trampa que él ha armado para tí!"

Esta vez fué Farrell el que sintió que el pulso de ella bailaba como bajo el impulso de una descarga eléctrica, mientras Janet se esforzaba por alejarle de sí.

—No es una trampa, Richard — murmuró. —No hace más que enviar por mí. Tiene derechos sobre mí, Richard. Siéntate conmigo. Ella se dejó caer sobre la caliente

arena. Desde que fui niña él me... ¡Y ayer papá recibió otro cheque de él!

—¡Pagaré estos cheques, hasta el último centavo, Janet!

—Aún si así lo hicieras, no podrías pagar lo que significaron para nosotros querido.

Ella trató de mantenerle a su lado sobre la arena, pero Farrell saltó de pie y se dirigió corriendo hacia el aeroplano. Se arrojó sobre el motor con furia y estuvo manejando algunos de sus órganos con violencia. Instantes después se alejaba del avión, sosteniendo en la mano un pequeño objeto. Ella corrió tras él, gritando: "Richard, ¿qué estás haciendo? Farrell se detuvo al borde del cañón con la mano en alto.

—¡Lo he sacado de la ignición

aseguraba que el piloto era Farrell! ¿Qué significaba aquello? El telegrama era definitivo: "¡Investigóse piloto Farrell; vuela con Janet!" ¡Había Janet dispuesto este cambio? No; Sturgis sabía que ella no era capaz de hacerlo. Y, entonces, ¿cómo explicar el retardo y la desaparición después de Chicago? La prensa se apoderó de las novedades. ¡Jane Thayer estaba enamorada del piloto Farrell! ¡Había jugado una mala pasada a Fessenden!

El supremo momento, tan esperado por Fessenden, en que su nombre encabezaría las primeras hojas de todos los periódicos estadounidenses, se alejaba fatalmente. ¿Qué le importaba el amor de Janet si su nombre se perdía para siempre en aquella burla de proyecciones

net escuchaba; El éter transmitía continuamente noticias y comentarios sobre su vuelo y desaparición. Súbitamente se sobresaltó. Sturgis Fessenden iba a hablar! ¡Le estaban presentando a los millones de oyentes; ya se oía su voz! ¿Qué decía Sin poder reprimirse, Janet gritó.

Richard se acercó corriendo, alarmando.

—¡Está hablando sobre nosotros!

—¿Quién

—¡El!

—¿Fessenden ¿Qué dice

—Dice que él nunca me llamó hacia sí; que yo soy la que estoy loca por él y que nunca tuvo intenciones de casarse conmigo.

Richard le arrebató los teléfonos y escuchó a su vez. Fessenden estaba repitiendo nuevamente la historia para que todos la entendieran y nadie la olvidara.

Sturgis Fessenden había dejado de hablar y Janet Thayer y Dick Farrell se miraron profundamente bajo la luz de las estrellas. Estaba loco; loco por abrazarla y estrecharla apasionadamente; apretarla entre sus brazos, hacia los cuales la impulsaban las declaraciones de Fessenden; pero esperó. Ella necesitaba tiempo para recobrase del choque terrible, y, sin embargo, bienvenido. Fessenden la abandonaba, la entregaba al amor de otro con tal de salvar su reputación y de eludir la humillación universal. Su ampuloso y espectacular amor propio valía más que ella para él.

Lentamente se acercó hacia Dick y reclinó su cabeza sobre el hombro del piloto.

Una hora más tarde, el silencio del desierto era interrumpido bruscamente, y el rugido potente del motor de un aeroplano se transformó gradualmente en un zumbido poderoso y continuo, que se fué perdiendo a medida que el aparato se elevaba más y más sobre la fría arena bajo la blanca y poética luz de la luna...



—Sí, señor; soy dibujante; pero también escribo. Tengo la cabeza llena de apogemas y greguerías...

—¡Caramba, caramba! ¿Y por qué no les echa algo para extinguirlas?

del motor; lo voy a tirar ahí abajo, y ni el demonio nos va a sacar de aquí!

—¡No lo harás!

—¿Por qué no había de hacerlo?

—Acabas de decirme que este vuelo es una trampa preparada por Sturgis. ¿Cómo llamarías tú a lo que estás por hacer: arrojar este al cañón y atrapar me aquí sin medios de salida?

El brazo de Richard cayó a lo largo de su cuerpo.

—¡Esperemos, entonces! ¡Eso es todo: esperemos! — dijo.

—Un día. Tengo provisiones y agua para ambos. ¿Qué es un día para el amor? ¡Si te ama, veremos lo que hace!

—¿Esperar?

La primera noticia que tuvo Fessenden de que su plan no salía como él lo había proyectado, fué cuando el telégrafo no había llegado a Chayenne. Lo más alarmante era que el mismo telégrafo declaraba que el piloto no era Harford. ¡Un periodista neoyorquino había visto a Jack Harford en Brooklyn, y un telegrama posterior

colosales? Pero Sturgis había sido prudente, aun en la absoluta seguridad del triunfo con que se había iniciado el vuelo. El no había dicho ni una palabra sobre su casamiento con Janet. El no la había llamado. Era ella, y sólo ella, la que, enamorada perdidamente de él, se decidía a volar a través del continente para contraer matrimonio. Y en este detalle vió Fessenden la salvación del ridículo.

Sonó el teléfono de su despacho: "Mr. Fessenden, todo el país está tremendamente interesado en el vuelo de Jane Thayer. ¿No quería usted hablar por radio y comunicar a todo el mundo lo que está pasando?"

La sola luz de las estrellas iluminaba el desierto, sobre el cual había caído la fría noche. Bajo las alas del aeroplano, Richard había acomodado mantas y almohadones para Janet; él dormiría en el avión o en cualquier otra parte sobre la arena.

El avión estaba equipado con un aparato receptor de radio, y, con los teléfonos sobre las orejas, Ja-

ENTRE AMIGOS

—¿Qué es lo que le puede saltar de la cabeza a un hombre que no piensa en nada absolutamente?

El otro pensativo, dice:

—No lo sé.

—Pues hombre una liebre. ¿Tú no sabes que cuando menos se piensa salta la liebre?

En la academia de chóferes

El profesor. — Para poner en marcha el vehículo se hace girar la manivela para obtener la compleción; ésta produce la chispa, la cual provoca la explosión que hace funcionar el motor. ¿Han comprendido ustedes?

Uno de los alumnos, que es andaluz, dice:

—Zí, zefío. Ezo é, iguá que lo que me pазó a mí ayé. Cogí una boteya de vino y me la bebí de un zorbo; eza é la compleción. De rezurta, me vino la "chizpa", y pa finá ze produjo la eplozió, que fué cuando eché por la boca tó er vino que tenía en er cuerpo.

Los Kirghiz comparten con los cosacos el inmenso dominio que constituye la estepa del Turkestan. Entre los pueblos nómadas de Siberia es el de los Kirghiz uno de los grupos más importantes.

Su número asciende a varios millones. Al decir de ellos, descienden de un dios que en la más remota antigüedad tomó forma humana y se unió con la más bella hija de Siberia; tuvieron cuarenta hijos, que fueron los fundadores de todas las naciones Kirghizas.

Se dividen ellos mismos y los etnógrafos han ratificado esta clasificación en cuatro Hordas.

La palabra horda, a la que bien podría dársele una etimología latina, es en realidad mongólica.

El "Ordú", que nosotros llamamos horda, es, entre ellos, el campamento. Los diferentes grupos de las tribus de la familia Mongólica son designados de acuerdo con el nombre de las regiones geográficas, donde establecieron, con más frecuencia sus campamentos.

Durante largos años, los rusos lucharon encarnizadamente para someterlos. Por espacio de dos siglos se resistieron valientemente hasta que en 1734 se sometieron, por lo menos en apariencia. Desde aquella época empezaron a estallar las sublevaciones; la última tuvo lugar en 1780.

Los Kirghiz del sur de Siberia se levantaron contra los colonos rusos, de los que hicieron una matanza en muchos pueblos, sitiando después una fortaleza; estos desórdenes hicieron preciso el envío de un ejército contra ellos.

Durante mucho tiempo, los Kirghiz, más que súbitos, fueron vasallos, cuyas obligaciones consistían en pagar un tributo y prestar algunos soldados.

Tienen los Kirghiz un gran orgullo de raza: todos se dicen nobles sin excepción. Cuando dos de ellos se conocen se dirigen la siguiente pregunta: "¿Cuáles son tus siete antepasados?" y hasta los niños de ocho años recitan su genealogía hasta su séptimo ascendiente.

Dada su altivez se comprende que no hayan consentido jamás en obedecer a un jefe y que los "Khaus", impuestos por Rusia, concluyeran de mala manera.

Nacieron republicanos; el gobierno soviético ha estado muy inspirado al instituir en la reorganización del antiguo imperio de los Zares, la República de Kirghizistán. El cambio no ha sido muy grande.

Los "Biis", a los que el pueblo obedecía en otro tiempo, forman el elemento esencial del Soviet que dirige los asuntos de cada tribu.

Esta reorganización política no ha alterado gran cosa sus costumbres; fueron nómadas, lo son, y lo seguirán siendo por mucho tiempo.

Parecidos a los Hunos, grupos de nómadas de Asia entre los que se encontraban los antepasados de los Kirghiz, pasan éstos su vida a caballo.

En ciertas tribus las madres tienen la costumbre de poner cojines entre las rodillas de sus pequeños con objeto de arquear sus piernas desde la más tierna infancia, disponiéndolos así al ejercicio del caballo. A los dos años se coloca ya al niño Kirghiz sobre un poney, acostumbrándole a sostenerse; no es de extrañar que sean más tarde tan consumados jinetes.

Por diferentes motivos, bien sea una seguía o un rozamiento con

Los Kirghiz, pueblo nómada

la tribu vecina, emigran los Kirghiz en masa. De las ofensas de la tribu vecina suelen vengarse más tarde, dedicándose al pillaje y obteniendo así su más preciado tesoro; los caballos.

Una de las manifestaciones más curiosas de este pueblo nómada aparece en sus costumbres matrimoniales. Ciertas tribus conservaron durante mucho tiempo la costumbre de ir a buscar esposa en

los monumentos o Kourganes, que elevan para honrar a sus muertos, tienen la forma de tiendas. Algunas veces en estos túmulos se venera la lanza y el casco, orlado de crines del guerrero, evocando en nosotros el recuerdo de los antiguos Scytas, que adoraban la lanza y la espada.

Cuando se ponen en marcha suelen llevar gran número de caballos y camellos cargados con todos

EL PERRO Y EL ZORRO

Preguntó el perro, al zorro: — ¿no tienes ilusiones?
¿Acaso desconoces que existe la verdad?
¿No crees en la ternura de nobles corazones,
Y niegas los tesoros que a masa la bondad?—

Y el zorro le repuso: — Yo afirmo que esos dones
No son vil atributo de la comunidad
Cuando descubro un santo... yo gano los rincones
Y callo, pues respeto siempre a la santidad.

Burlo sí los tartufos, audaces embusteros,
Rapaces disfrazados de inocentes corderos
Que se fingen virtuosos para engañar mejor...

A esos yo persigo con mi burla infinita,
Para mofarme de ellos, de su cara contrita
De su enmienda mentida y del "Yo pecador".—

LOS GORRIONES

Animando parleros ventanas y balcones,
Metiéndose indiscretos por patios y tejados,
Cual bandadas de chicos torpes e ineducados
Chillaban los gorriones...

Y cantaban: nosotros somos la bohemia entera
Enemiga de toda comedia complicada;
Queremos que la vida pase cual borrachera
Fácil como humorada.

II

Vivir como se pueda, buscando el alimento
No importa donde quiera, siempre con alegría,
Ser pobres no nos pesa, mas libres como el viento
Vibrantes de esperanza y henchidos de poesía.—

Animando parleros árboles y balcones,
Metiéndose indiscretos por huertas y tejados,
Cantaban de esta suerte bandadas de gorriones;
Y al recordar su canto, los viejos corazones
Se sienten remozados.

Domingo SASSO

las montañas de Tian-Chan; aun cuando ahora no sea así, el matrimonio sigue siendo un simulacro de raptó.

El novio, a caballo se presenta en el campamento de los suegros y rapta a la muchacha, mientras los padres fingen perseguirlo. En realidad están ya de acuerdo con el novio, que de antemano les ha concedido cierto número de caballos o camellos, según el rango y la belleza de la esposa.

La vida nómada y guerrera de los Kirghiz aparece hasta en sus costumbres funerarias.

los materiales necesarios para la construcción de su casa portátil, la Kibitka.

La Kibitka es para ellos lo que la Yourta para el Mongol. Es una tienda cuyo armazón está formado por un enrejado de madera ligera, pero muy sólida.

Al llegar al final de la etapa, los caballos y los camellos depositan su carga. Las mujeres, que son la encargadas de estos trabajos entre los Kirghiz, desembalan los útiles y pronto arman la tienda, que suele tener de cinco a seis metros de diámetro.

El armazón de la tienda es cubierto con grandes trozos de espeso fieltro. Estas piezas las fabrican las mujeres Kirghiz con pelos de camello, y son muy hábiles en este trabajo.

La fabricación del fieltro es, entre los pueblos del Asia Central, lo que la fabricación de los tapices para los pueblos del Asia Occidental y del norte de Africa.

La industria del fieltro viene del Asia Central. Esta tela espesa, que difícilmente cala la lluvia, es, además, una defensa excelente contra el frío.

Para los Kirghiz acomodados constituye la Kibitka una verdadera casa. Tienen en ella el mobiliario que juzgan indispensable, que es desde luego bastante reducido, pero comprende algunas veces bellas arcaes de madera esculpida, bandejas de cobre y suntuosos tapices.

El Kirghiz rico empieza a gustar de la civilización occidental. Las damas aparecen a nuestras miradas sin el rostro cubierto por el velo, como ha sido siempre costumbre entre ellas.

Gustan además de adornarse con toda clase de joyas y es conocido entre ellas el maquillaje.

Aunque la mayor parte de los Kirghiz son nómadas, empiezan algunas tribus a instalarse definitivamente. Algunas veces grandes grupos de tiendas permanecen durante estaciones enteras en un mismo punto formando poblados. Del cultivo de los terrenos se ocupan las mujeres, pues los hombres, en general se desdoran de emplear sus fuerzas en ese género de trabajo, reservándolas para los días de guerra.

Existen algunas de estas aglomeraciones más importantes que las otras, tanto por su población, como por su actividad comercial. La más importante de éstas es Kouyoundjick, que constituye el principal centro de comercio de la Siberia Meridional y del Turkestan Septentrional.

Todos los años se celebra en Kouyoundjick una feria análoga a las que tenían lugar en la Edad Media en París, en Troya, en Beaucuire y en otras ciudades, y que se han resucitado en algunos puntos con el nombre de Ferias-Exposiciones.

Puede verse en Kouyoundjick durante la feria una afluencia tal como la que se veía en aquellos tiempos en ciertos puntos, como en Beaucuire y en Lendit: un conjunto abigarrado de hombres de todas las razas y de todos los países.

En Kouyoundjick, en efecto, se reúnen los representantes de casi todos los pueblos de Asia: rusos de Siberia, chinos, persas, indios, uzbeks, tadjiks, afganos etc.

Encuétranse en esta feria las mercancías más variadas, procedentes de los respectivos países: las pieles, los fieltros y los productos agrícolas del Turkestan: el museo o almizcle del Tibet; pieles de Siberia, sederías de China, piedras preciosas de Persia y frutos de Ferghana.

Aquí los juglares ambulantes se ven al lado de los acróbatas expertos en los más peligrosos saltos; más allá un fakir se traga un sable, mientras un encantador de serpientes muestra sus habilidades. Hay en fin innumerables tenderetes llenos de atracciones. Durante semanas enteras permanece la feria en todo su apogeo.

Ricardo Masías, mayordomo general de la estancia "La Poderosa" había recibido una carta de su patrón, anunciándole la llegada de su hermana, la viuda de Gorostiaga y de su sobrina Esther, quien iba muy delicada de salud y a la cual había que atender como era menester para procurar su pronto restablecimiento cuidando de que no le faltara una alimentación sana y nutritiva, tiernos churrascos, huevos y manteca fresca y leche de apoyo, pues la jovencita era de una complexión muy débil.

Rogábase a Masías que vigilara todo esto y viera que los proveedores cumplieran sus órdenes.

Conforme llegaron las forasteras a "La Poderosa" fueron muy agasajadas por Ricardo, que se deshacía en atenciones para con aquellas dos bellas y distinguidas damas.

Puso al servicio de ellas a la criolla Agapita, mujer muy servicial, esposa del capataz, y de chauffeur a Fausto, hijo de éstos, mocetón muy ladino y de su entera confianza.

Esther se captó de inmediato la simpatía del personal de la estancia con su amable trato; era una mujercita exquisitamente bella, rubia y blanca, de mediana estatura, y con unos ojos tan celestes, que parecían un trocito de cielo; pero de aspecto algo enfermizo, tanto, que aquella gente dió en decir: "Es tan linda, que no ha'e ser pa este mundo".

La viuda era también muy hermosa y bastante joven, pero tenía esa pedantería chocante de las personas adineradas que han viajado por Europa y desprecian luego su tierra natal, creyendo que con esta actitud guardan un sello de distinción y "savoir vivre", sin darse cuenta del pobre concepto que se forman de ellas quienes las escuchan y observan detenidamente.

La señora de Gorostiaga era de esta clase de personas; nada hallaba suficientemente bueno si no era importado del extranjero.

Esto tenía "picada" a la gente sencilla que la servía, la que obedecía, de muy mala gana, pues a cada paso los increpaba diciéndoles ignorantes o indios brutos, mientras suspiraba por París, Londres o Berlín...

Esther era muy distinta a su madre; se divertía y le gustaba mucho la vida del campo. Acompañada de Masías, visitaba los humildes ranchitos de los campesinos, haciéndose querer de todos, y en particular, de los niños, quienes la conocían por "La Virgencita".

La mamá dejábala hacer su voluntad, pensando que estaba exenta de todo peligro siendo custodiada por aquel hércules de mayordomo; y escudada en su sólida educación, de la que ella habíase preocupado tanto, enseñándole "el orgullo de su raza", creyendo que esto bastaba y era una valla suficientemente resistente para reprimir las pasiones humanas, no cruzándosele ni remotamente la idea de que su hija podría enamorarse de aquel hombre joven, buen mozo, atrayente y culto que a diario se encontraba en su compañía, y que la juventud se sabe entender, no haciéndole falta pergaminos para su felicidad... Pero ella era una mujer fría, egoísta, que sólo pensaba para sí. Se cuidaba del aire para no quemar su delicado rostro, saliendo al parque ya en-

Pa su madre, niña

Por Cleofé Pereyra de Goicoa

trada la noche, pasando el resto del día recostada sobre un sofá, leyendo revistas de modas extranjeras, sin preocuparse en dónde andaría su delicada hijita.

El médico habíale recetado una vida al aire libre, vida de campo semisalvaje... y ella había cumplido al pie de la letra el mandato del galeno, llevando a su niña a La Pampa hasta que pasara la época del luto forzoso, impuesto por los prejuicios sociales, y luego de cumplida y arreglada la testamentaría ¡a Europa! Así cumplía la señora de Gorostiaga su delicada misión de madre...

Ricardo y Esther se hicieron grandes amigos, aceptando ella sus requiebros y él tejiendo ilusiones

Era una mañana hermosa; el sol, con su cabellera rubia y envuelta en la roja vestidura de la aurora, iba trepando al cielo muy despacio, con paso majestuoso, mientras los rosales cuajados de capullos reventones, se mecían suavemente, movidos aún por las últimas brisas de la noche. Parecían implorar al astro una cálida caricia que diera más colorido a sus pálidas flores.

Esther contempló aquella belleza y exhaló un hondo suspiro de satisfacción. ¡Qué feliz se sentía!

Ella también, como aquellas flores, había recibido los beneficios de la primavera pura del campo, sintiéndose más fuerte, sana y con nuevas energías.

Dr. ENRIQUE FEINMANN

DE REGRESO DE EUROPA DE LAS CLINICAS DE PARIS, BERLIN Y VIENA

ESTOMAGO - NERVIOSAS - VENEREAS

Electricidad Médica y Electroterapia: Corrientes Electro Anestésicas. Diatermia — Alta Frecuencia — Luz Ultra Violeta. Rayos X, especialmente para el tratamiento de: Reumatismo, Neuralgias (Tabéticas, del Trigémino, Clática), Asma, Diabetes, Obesidad, Debilidad sexual y nerviosa, Neurastenia, Epilepsia, Tuberculosis articular. Enfermedades de la piel.

SUIPACHA 612

De 8 a 18 HORAS

U. T., LIB. 0260

para el porvenir... mientras el criollito Fausto, sosteniendo el volante (flecha moderna de amor) y tragando distancias y saliva, pensaba en tantas cosas lindas! ¡Oh, si él pudiera llevar a su chinita en el pescante, qué feliz sería!

Entre los criollos corría una mala atmósfera en contra de la viuda; nadie la quería bien y se decía que parecía no amar mucho a su hija, pues nunca las veían juntas. Esto fué criando raíces en el corazón de los paisanos, hasta que miraron a la señora con hostilidad. Agapita había dicho en la cocina de los peones que la viuda se pasaba el día lustrándose las uñas y "afilándolas", y no se precisó más para apodararla "La Gata".

Cierta tarde el mayordomo dió a la joven que al día siguiente comenzaría la esquila invitándola a presenciársela, lo que Esther aceptó con agrado, pues deseaba ver cómo se cortaba la lana a las ovejas.

Muy temprano estuvo la joven pronta para ir a ver el trabajo.

Bajó al jardín para esperar allí a su amigo que no tardaría en llegar.

—Vamos, Esther; ya está el auto pronto —dijo Ricardo a su espalda.

—¡Oh, buen día! Sí sí, vamos; no quiero hacerle perder el tiempo.

—Ya sabe que eso es imposible a su lado...

La joven, que había comprendido todo el significado de esas palabras, bajó la cabeza sin responder. Tomóla él suavemente del brazo, conduciéndola hasta el coche mientras la joven pensaba:

—¡Si lo supiera mamá; ella que lo tiene a Ricardo por un salvaje!

Al llegar a los galpones, el paisanaje miró la pareja que descendía del auto y uno de ellos, sin poderse contener, dió:

—¡Cha digo! ¡Qué bien sabe hacer las cosas Tata Dios! ¿No?

—¡A la verdad! Pa esto se pinta solo, y no chochea. —repuso otro.

—¡Cuando lo sepa la vieja!

—Lo araña. Sin duda, la guardaba pa un gringo duro'e boca. ¡Bien haiga, por orgulloso!

—¡Amalaya los gringos fueran como don Ricardo, tan considerao pal pobre!

—¡Lindo casal caray! ¡No es lero el mozo...!

—¡Buenos días, muchachos! —gritó Masías, saludando a la peonada.

—Ansina los tiene usted, patrón... asígún veo...

Ricardo sonrió y comenzó a dar órdenes.

Esther miraba muda de asombro el trabajo de aquella gente.

Le daba mucha lástima ver cómo trataban a aquellos animales, y no veía la hora en que los sacaran fuera de la máquina.

Fausto se acercó al grupo y ofreció sus servicios al capataz su padre. Esto fué recibido entre chuscadas e indirectas por los compañeros, pues ya lo consideraban "mozo léido" desde que tenía el oficio de chauffeur.

En un rato de tregua, acercóse Ricardo a su amiga, invitándola a pasear por el monte, mientras la peonada "verdeaba" pero cuando ya se iban a retirar del corral, le pareció a la joven oír el chasquido de un beso y deteniéndose volvióse hacia el lado donde estaban los hombres y vió que todos se reían de Fausto, el cual le enviaba besos con la mano.

—Mire, Ricardo, mire...

—Sí, ya los veo; venga Esther, y haga el favor de disimular.

Pero ella dejó a su compañero, y acercándose al grupo, preguntó:

—¿Son para mí esos besos, Fausto?

—¡...!

—Conteste; no tenga vergüenza. ¿Son para mí?

Un paisano viejo, con marcada picardía, respondió por el criollito exclamando:

—Este... no, niña; son pa su madre, a quien él apreca muy mucho...

—¿Para mamá? ¡oh!

Entonces Fausto, más repuesto del julepe, contestó:

—Sí, pa su madre, niña, que supo hacerla tan ladina y bizarra.

...

Desde aquel día la viuda de Gorostiaga tuvo una sonrisa para la peonada, sin alcanzar a comprender nunca la ironía que encerraban las palabras de aquel viejo gaucho avezado en zorrerías, ni el "titeo" que "se le armó" al paisanito para avezado en zorrerías, ni el "titeo" lazo "limpito", con la baquia que solo saben tener los criollos de ley.

¿Que es el eco?

¿Por qué se produce el eco? El eco es algo sumamente simple y su explicación casi hueiga para quienes tienen conocimiento de lo que es el sonido. El sonido es una onda de aire, y todo aquello que la detenga y la refleje sin modificar su forma constituye el eco. En realidad, sólo se obtiene un eco perfecto en aquellos sitios en donde el sonido se refleja exactamente tal y como ha llegado, del mismo modo que las ondas luminosas se reflejan en la superficie pulida de un espejo. Pero para que un eco sea perfecto es necesario hallarse a una distancia conveniente, a fin de que el oído pueda percibir primero el sonido inicial y luego, tras un silencio más o menos prolongado, la reproducción de la onda reflejada.

LA PESTE BLANCA

Dos puntos de vista sobre un grave peligro social

"La cruzada humanitaria que, contra la propagación de la tuberculosis hemos emprendido, seguirá mientras nos contemos en el mundo de los vivos..." — Doctor Enrique Tornú. — "Climatología de las Sierras de Córdoba". — 1900.

I. — EL PROBLEMA ARGENTINO DE LA LUCHA CONTRA LA TUBERCULOSIS.

Entre las enfermedades sociales ninguna plaga afecta más hondamente la sanidad del país como la tuberculosis. La "peste blanca" constituye todavía, de un tiempo a esta parte, tal difusión e intensidad entre nosotros, que asume la proporción particular de un problema nacional. Es, desde este punto de vista, que parece resolverse, por fin, su defensa higiénica. La creciente morbilidad y mortalidad que señalan sin cesar las estadísticas demográficas, muestran hasta qué punto son infructuosos los esfuerzos aislados contra el mal y cómo la campaña racional requiere recursos más vastos y heroicos. La beneficencia pública, la asistencia hospitalaria, la caridad privada, no han hecho, como se sabe, más que aliviar la situación, pues no está en sus medios remediarla positivamente.

Desde hace algún tiempo, el Poder Ejecutivo comprendió la necesidad de interesarse por este asunto, apremiado por su misma magnitud, y ha designado por intermedio del Ministerio del Interior, una comisión permanente, encargada de estudiar el mejor sistema que ha de adoptarse para la lucha antituberculosa. Esta iniciativa de gobierno, cualquiera que sea el resultado práctico que consiga más adelante, merece tenerse en cuenta desde luego por el alto propósito que la inspira y por la significación especial que le corresponde en sus procedimientos modernos de profilaxis. En efecto, las enfermedades colectivas, como la tuberculosis, el alcoholismo, la avariosis y otras, tiene causas sociales determinantes, y es con remedios sociales, que residen en la sociedad o en el Estado, que pueden contenerse y dominarse. Así, por ejemplo, los orígenes de la tuberculosis, son, aparte de su microbio específico, el bacilo de Koch, que es el principio eficiente, otros más, como ser la mala alimentación, la miseria fisiológica, las viviendas malsanas, la ignorancia popular, los malos hábitos y el vicio alcohólico.

Forman el grupo de las causas coadyuvantes, que preparan el "terreno" orgánico a favor del "germen"; sin el suelo viviente dispuesto para recibir la semilla patógena, ésta se agota y no prospera al caer sobre él. Por eso, siendo tan frecuente el bacilo de Koch que pulula por todas partes, sobre todo en el aire, en el cual se aventa con el polvo atmosférico cargado de los esputos desecados que salivan los enfermos, no todos nos contagiarnos, porque no ofre-

mos al microbio que pasa, un lugar propicio a su penetración y virulencia. Es gracias a esas condiciones físicas y biológicas de menor resistencia vital y orgánica, que el germen mórbido prospera en los tejidos que invade; luego, depende de esas mismas circunstancias, que la lucha que se establece entre las células propias y las extrañas, cuyo fenómeno aparentemente constituye la enfermedad, se incline hacia uno u otro sentido en la suerte del sujeto humano. Por

De ahí la necesidad de formar, mediante la cultura popular, la conciencia higiénica de las multitudes, ya sea para la lucha antituberculosa, — como para la anti-alcohólica y antivariolosa, — que es la triada mórbida contemporánea, que debiera llamarnos uno por uno a la defensa común. En ese esfuerzo solidario es que reside el éxito definitivo de la empresa. Felizmente acabamos de distinguir el primer síntoma muy interesante en tal sentido. Es un ensayo de mutualidad, con fines de asistencia médica para tuberculosos, que se ha organizado hace algunos años entre el personal de Correos y Telégrafos de la República. El modelo de Inglaterra, en que se ha inspirado, así como los resultados obtenidos en Alemania, Francia, Italia y otros países del viejo continente, donde la campaña contra la tuberculosis alcanza-

ARIDEZ

Para Fray Mocho

Adentrada en mí misma; escorada
en el muro de mi melancolía
del dolor de vivir densamente
rendida,
yo pensaba en los necios, las sombras
que amasa la vida!...

Existen; oh bien supremo
de esa existencia que no es vivir!...
— Vivir no es andar, vivir no es dormir!... —

Forma libre
no nutrida de lo inmaterial
mirando solamente con los ojos
porque adentro no tiene con qué ver!...
Forma que muere lo mismo que nació
cumpliendo la razón de su existir
y existió sin haber sido nunca!...
no sufriendo lo inmaterial
porque dentro no tuvo en qué sufrir!...

Sólo materia ofreció a la Tierra!...
Sólo materia alcanzó de ella!...

Adentrada en mí misma; escorada
en el muro de mi melancolía
del dolor de vivir densamente
rendida,
yo envidiaba a los necios, las sombras
que amasa la vida!...

María Luisa de IRIARTE

Las Palmas. — (Canarias).

lo tanto, la previsión y el tratamiento dependen de un régimen análogo con respecto a la tuberculosis; consiste fundamentalmente en mejorar el individuo y el ambiente, saneando con el aire oxigenado, con la buena alimentación y con el descanso fisiológico, los organismos expuestos a la enfermedad o en camino de agravarse con ella cuando la han contraído.

La síntesis expuesta, disimula apenas la amplitud real del problema. La profilaxis social de la tuberculosis requiere, además de la acción inmediata del Estado y de las instituciones oficiales para contrarrestar por vía legal los factores económicos y sanitarios de la enfermedad, la cooperación de las colectividades, dispuestas inteligentemente hacia un mismo fin.

ra su mayor intensidad, muestra hasta donde la cooperación individual es útil para el éxito colectivo. La pequeña suma se acumula y da derechos morales y materiales, que ningún otro sistema puede consentir. Para el tuberculoso, ambos aspectos tienen importancia, porque la índole de su mal le permite sufrir por cada uno. Peter, el ilustre clínico francés, decía que la tristeza podía ser causa de la tisis; bien podemos agregar que las situaciones tristes retardan y agravan su evolución.

El enfermo que disfruta tranquilamente los beneficios de la ayuda mutua como el producto inteligente de un sistema de previsión social, se halla por todos conceptos en mejores condiciones que cuantos se disputan, por el mismo



motivo, un lugar en los asilos públicos. A medida que las gentes comprendan mejor las ventajas de la protección por sí mismas, obligarán más fácilmente la acción del Estado para los que quedan accidentalmente fuera de ella, realizando sin violencia y casi sin sentirlo la obra social más duradera y más benéfica en la historia higiénica y sanitaria de los pueblos.

II.—NUESTRA TUBERCULOSIS Un problema de medicina social

La clínica moderna empieza en la escuela francesa de Trousseau y de Peter, por la fórmula brillante de este último, según la cual, en patología humana no hay enfermedades, sino 'enfermos' vale decir, que cada enfermo "hace" su enfermedad. En los dominios de la bacteriología, a la sazón naciente, contribuyó por su parte a la explicación del fenómeno observado, coincidiendo desde el primer momento en la interpretación biológica del hecho clínico. El organismo humano es un "terreno viviente", al cual llegan distintos gérmenes que pretenden implantarse y prosperar. Esos gérmenes, microbios y parásitos, despliegan una capacidad variable para conseguirlo y el terreno orgánico puede ofrecer una resistencia menos enérgica para tales cultivos. De ahí un proceso distinto de enfermedad, según que la lucha sea más o menos intensa entre los tejidos invadidos y los huéspedes patógenos, según que la violencia de la reacción comprometa a uno o a otro de los factores en juego. De ese proceso interior de predominio vital depende el estado de salud o de enfermedad que es, por otra parte, su manifestación aparente y su consecuencia. Todo organismo hará pues, su enfermedad, como expresión distinta de sus dos elementos en lucha, la célula propia y la célula microbiana, cuyas actividades pueden variar indefinidamente. Es lo que se ha venido comprobando, precisamente, en todos los procesos mórbidos cuyos mecanismos biológicos hemos podido penetrar más a fondo. Entre ellos, la tuberculosis ha atraído particularmente la atención de la ciencia, en razón de la inmensa difusión que ha adquirido su dolencia y la incontenible diseminación de su contagio y de sus formas mórbidas.

Robert Koch, cuya aula histórica acabamos de visitar en la Universidad de Berlín, es el descubridor de la causa eficiente de la enfermedad: el bacilo que lleva su nombre. Al tiempo que ensayaba el tratamiento curativo mediante su tuberculina, pudo constatar el hecho imprevisto que, entre los cobayos (chanchitos de la India) que inoculaba para obtener su producto, con bacilos tuberculosos, los sanos respondían con un absceso seguido de un chancro característico del mismo origen, mientras que los cobayos ya tuberculosos apenas reaccionaban con una leve escara, cuya herida cicatrizaba fácilmente. Este fenómeno que llamó *le reinfección*, así obtenido, sirvió de base para investigaciones experimenta-

les ulteriores, cuyas conclusiones acabamos de conocer por la comunicación de los doctores Bezancon y Sorbonnes a la Academia de Medicina de París.

Las experiencias consistieron en practicar múltiples reinfecciones tuberculosas pulmonares en cobayos enfermos de tuberculosis. Cuando se inocula en la tráquea de un animalito nuevo un milígramo de bacilos de tuberculosis humana, se produce una inflamación del parénquima pulmonar, de evolución progresiva y rápida hacia la caseificación macisa, con pululación considerable de bacilos de Koch; haciendo la misma inoculación a un cobayo que hubiera sufrido análoga inyección por la piel, dos semanas antes, las consecuencias mórbidas son distintas, la reacción, al principio más violenta y mortal, decrece rápidamente, los signos de sofocación desaparecen y en vez del proceso grave del primer caso, todo se reduce a un catarro alveolar y a una forma crónica de la lesión en que los tejidos pulmonares se esclerosan, prolongando la sobrevida del sujeto. Esta es, como se ve, la contribución más interesante sobre la cuestión del 'terreno biológico' que nos ocupa y el principio de una nueva era de vacunas preventivas que habiendo empezado en la antivariólica sigue ya por la antitífica y llegará a la antituberculosa.

En efecto, la tuberculosis no es la enfermedad invariable que se creía; cada cual hace su tuberculosis. Cada individuo, cada pueblo, cada raza. En América, los primeros conquistadores trajeron los gérmenes atenuados de la tuberculosis, a cambio probablemente, de la avariosis que se llevaron a Europa. Los organismos de los indígenas, vírgenes a esa lesión, fueron devastados por el germen tuberculoso, que recobró a sus expensas toda su virulencia. La viruela de los negros y la avariosis de los blancos, fueron también, al principio, infecciones epidémicas de las más violentas; luego, a medida que se sucedieron las reinfecciones estimularon a los plasmas vivientes a organizar sus defensas naturales. El "terreno orgánico" se hizo cada vez más difícil a la prosperidad de determinados gérmenes, y como consecuencia, ese estado de relativa inmunización que apreciamos. Nuestras pequeñas infecciones y reinfecciones tuberculosas constituyen nuestra vacuna espontánea contra la gran enfermedad. La anatomía patológica nos viene enseñando, en efecto, sin que hasta ahora hayamos reparado mucho sobre el dato, que el 80 al 90 o/o de las autopsias, según Naegeli, revela lesiones curadas a medio curar y muy antiguas de tuberculosis pulmonar, en sujetos que en vida no habían acusado ningún síntoma apreciable.

En estos últimos tiempos, Metchnikoff, Calmette, Tarashevich y otros, comentan la gravedad inusitada de la tuberculosis entre las plebes del Africa y de la Siberia, vírgenes hasta ahora de la contaminación tuberculosa, contrastando con la relativa benignidad de la tuberculosis en los habitantes de las grandes aglomeraciones, expuestas desde su infancia al contagio tuberculoso. Finalmente, es más interesante todavía, la observación de Bezancon y Sorbonnes, según la cual la tuberculosis de esos indígenas del Asia y de Africa, es, desde el punto de vista



—Entonces yo al verle venir con el cuchillo en la mano, cogí una silla y...
—¡Muy bien! ¿Le rompiste la cabeza?
—...y le dije siéntese usted.

ANECDOTA

Harto sabido es que la justeza y ecuanimidad con que el gran duque de Osuna, D. Pedro Téllez de Girón, gobernó el Virreinato de Sicilia, primero, y el de Nápoles, después, florecía en su insigne secretario, D. Francisco de Quevedo y Villegas, que a las excepcionales condiciones de ingenio unía las de gran político.

Don Francisco disponía y escribía y don Pedro firmaba casi sin pasar los ojos por el escrito. Tal era la confianza que tenía depositada en el insigne amanuense.

Cuentan que cierto mayorazgo desheredado por su padre en la hora de la muerte, acudió pidiendo justicia a su Excelencia.

El mozo, a lo que parece no fué un ejemplo de templanza ni de prudencia, pero no era de mala inclinación. El autor de sus días, hombre severo y religioso por extremo, se dejaba conducir por el prior de cierta Comunidad, que no perdía circunstancia para hacerle entender lo mal que sería empleada su pingüe fortuna tan pronto como Dios fuese servido de arrancarle de los caminos del mundo; en cambio si la dejaba entera a los benditos siervos de Dios, podía tener por cosa cierta que su alma triunfaría a la diestra de Dios padre, entre los justos. El hombre, ante razones tan seguras, lo hizo y dejó cuando poseía a sus paternidades, dándoles facultades para entregar al triste vástago lo que ellos quisieren...

Cuando el desheredado fué con su querrela, el virrey quedóse sin saber qué determinar de momento. Llamó a D. Francisco, como tenía por costumbre, y le dijo;

—¿Qué os parece a vos de este negocio?

—Que está hartos más claro que el agua respondió Quevedo. Désele íntegra la fortuna a que tiene derecho por la explícita disposición de su padre.

—¿Cómo así? — preguntó Osuna.

—Vuecencia verá — aseguró Quevedo. — ¿No dice el testamento que le den lo que los frailes quisieren? ¿Y lo que los frailes quieren no es la herencia entera? ¡Más claro!...

Y gracias a esta salida ingeniosa y justa que atrobó el virrey, recuperó el querellante lo que ya daba por perdido.

clínico, una lesión a tendencia caseosa, pneumónica o de tisis galopante, exactamente como la del cobayo nuevo, inoculado con bacilos de Koch en la tráquea, mientras que la de las gentes de las ciudades es más bien de índole fibro-caseosa, firme y resistente, tal como la tuberculosis por reinoculación obtenida experimentalmente en la segunda prueba.

El problema de la tuberculosis, la más grave de nuestras enfermedades sociales, se va acercando así a uno de los términos de su resolución definitiva. La curación específica y el tratamiento patogénico es, todavía una aspiración científica e ideal; pero estamos próximos a su primer etapa, la profilaxis preventiva, pues con una vacuna antituberculosa, se resolvería, en principio, la defensa biológica de este peligro social y humano.

Enrique FEINMANN.

Cómo se casan los príncipes de Baroda

Se han realizado las magníficas ceremonias organizadas para celebrar la boda del príncipe heredero, Raj Kumar Pratap Sinha Gaetwar, nieto de su grandeza el maharajá de Baroda, príncipe supremo de la India.

La esposa pertenece a la familia del maharajá de Kolbapur.

Es posible que ni en la misma India, donde estas ceremonias matrimoniales se celebran con tal esplendor, haya igualado ninguna a la que acaba de terminar.

El Estado de Barola es el único del mundo que posee cañones de oro y plata macizos. Los arrastran búfalos de una raza autóctona pura, ricamente enjaezados para el menester. Estos preciosos cañones no disparan sino en casos excepcionales, como la boda del príncipe heredero o el advenimiento de un nuevo maharajá. Hace pocos días han disparado.

Los recién casados fueron trasladados con toda pompa al palacio de Laxmi Vilasa, que estaba espléndidamente iluminado. Se los condujo en una litera de oro, de la que colgaban guirnaldas de perlas finas, puesta sobre un elefante cubierto de planchas de oro y con un collar de campanillas de oro puro también.

Después se celebraron los juegos habituales en estos casos en el parque de l palacio. La principal atracción eran los combates de elefantes y búfalos.

Más de veinticinco maharajaes y rajaes han asistido a estas ceremonias, que han durado una semana.

El príncipe heredero ha regalado a su esposa las insignias de la realeza, con una corona de esmeraldas y diamantes que lleva un sol y una luna cuajadas de perlas. La corona vale doscientas mil libras esterlinas.

Terminada la ceremonia nupcial, los esposos concedieron su primera audiencia en la estancia de Durbar sobre el extraordinario tapiz de perlas, cuyo valor se calcula en un millón de libras esterlinas, y que constituye uno de los grandes tesoros del Estado de Baroda.

Los recién casados han repartido entre los pobres unas veinte mil libras esterlinas.

El genio malefico del año 3000

Por Ernesto Silva Román

Para "Fray Mocho"

—Es imposible que podamos llegar a Lhasa sin tener un mal encuentro. Por lo demás venimos tan poco preparados que será difícil salir con vida de esta aventura.

—No soy de su opinión, comandante Salgueiro. Constituimos la décima división que lleva el mismo objetivo. Hasta ahora, gracias a nuestras ondas radio-mentales, hemos logrado conocer la pérdida de seis de estas escuadras. Dos hacia las Filipinas y las otras por el Turquestán, la Siberia y la Mongolia. ¿Por qué no podemos pasar el Himalaya por el Nepal? Hemos desorientado al enemigo con nuestro viaje a la Cochinchina y nuestra estada en Hanoi. Sin duda sabe nuestras evoluciones y estima no pertenecemos a la ofensiva diplomática de los 500. ¿No lo cree usted así, capitán Wang?

El aludido absorto en la contemplación de la tele-visión, se volvió lentamente. Esbozó una sonrisa menuda y refinada, asiática, y luego se inclinó en una profunda reverencia.

—Estoy de acuerdo con el señor delegado de Chile, comandante Salgueiro. Por el momento no somos más que una división comercial sobre el mar meridional de la China.

Volvió nuevamente a sus complicados aparatos, sin preocuparse de continuar la conversación. Lozmán quebró su aparente confianza y dejó ver toda su terrible duda, a despecho de su esforzada serenidad de dúctil diplomático.

—Pero, capitán Wang, tengamos un poco de compasión. Nos encontramos en la iniciación peligrosa de nuestra penetración en la zona vedada y no sabemos con qué medios defensivos contamos para salir airosos de esta empresa. A pesar de mi confianza, creo que el Genio Malefico del año 3000, nos vencerá. No le quepa la menor duda. —Luego para excusarse, agregó: —Tenga en cuenta que soy diplomático y lo único que entiendo de esto es que debemos llegar a Lhasa, cueste lo que cueste, a través de las defensas del Dueño de la Materia.

Hace diez horas fui llamado al Palacio de los 500, en Río de Janeiro, y allí me comunicaron que debía embarcarme en el "Kioto" y confiarme por entero al capitán de la división japonesa, Wang, aquí presente. No sé más, fuera de las instrucciones secretas que he encontrado en esta placa mental dictada por el Consejo...

—Pues a mí amigo Lozmán, me pasa algo parecido; si no idéntico...

Wang estalló en una risa nerviosa y aguda:

—Me lo figuraba, —dijo—. El Mago Blanco de Washington ha iniciado la ofensiva en contra de nosotros. Nos ha aislado de nuestros acompañantes. ¡Ah, pero va a sufrir un fiasco enorme! Prepárense para el trasbordo.

—Pero ¿cómo? —exclamaron a un tiempo Lozmán y el comandante Salgueiro—. Nos encontramos a tres mil metros de altura. La te-

le-visión no ha revelado nada. ¿Dónde nos vamos a trasbordar?

Por toda respuesta, Wang señaló el piso de cristal de la cabina. Diez metros más abajo del "Kioto", se movía una mancha metálica cortada en ángulos, informe casi.

—He ahí el "Samuray" con el que vamos a vencer al célebre Dueño de la materia.

Ordenó detener al "Kioto" y el trasbordo se efectuó en pocos segundos.

LA MANO MISTERIOSA

Bob Luglepile, un ladrón pacífico, me contó esta historia para documentarme acerca de los riesgos del oficio y las angustias nocturnas de la profesión:

—Estaba yo entonces en la playa de Brighton. Mi propósito era descansar unos días, sin perjuicio de aprovechar lo que se me presentara, si valía la pena.

Una noche llegué paseando frente a una villa solitaria. Llevaba ganza para abrir la puerta y un puñal para abrir el vientre.

Ví que el negocio parecía bueno y con prudencia me introduje en la villa y entré en un gabinetito y en una alcoba, donde sólo había unos cuantos objetos de toilette, que unidos a otros que cogí en el salón fueron mi botín, no tan espléndido como había supuesto.

Hice con todo ello un paquete, me asomé a la puerta, y como no viera a nadie la cerré y me dispuse a alejarme a toda prisa.

Entonces me estremecí de espanto. Una horrible mano invisible me tiraba del gabán discretamente, justo es reconocerlo, pero con gran firmeza.

Aquella mano que me sujetaba era algo como el tirón de mi conciencia.

Hice un esfuerzo para soltarme; pero fué inútil. Se me ocurrió ofrecer a aquella mano in-

haló una enorme bola de cristal colocada en una canastilla de terciopelo rojo.

—Ahora puedo hablarles con entera confianza. Hace poco estábamos bordeando la muerte y no podía perder un segundo en vanas conversaciones.

Lozmán y Salgueiro lo miraron estupefactos.

—Voy a ser breve, —agregó Wang, sin preocuparse del asombro de sus interlocutores—. El mundo se encuentra actualmente en manos del Genio Malefico del año 3000, como han dado en llamar a ese Gran Sakén de los Estados Unidos, tiranuelo imbécil ávido de sangre y de dominio que por haber descubierto la energía Una de la materia llegó a dominar el átomo y el electrón. La Europa, como todos sabemos, quiso oponerse a todas sus ambiciones y pere-

visible restituirle los objetos robados. Intenté convencerlo, diciéndole entre sollozos que estaba arrepentido de lo que había hecho y que si me perdonaba sería en lo sucesivo una persona honrada.

Pero la mano seguía sin soltar, y entonces caí desvanecido. Volví de mí desmayo cuando apuntaba el día. Conforme iba recobrando la razón volvía a mí el recuerdo de la noche infernal que acababa de pasar.

Procurando no hacer el menor ruido me levanté para alejarme de allí. Pero la mano, la mano misteriosa, la mano implacable, seguía teniéndome sujeto.

Seguí haciendo esfuerzos para soltarme, y al cabo de unos minutos me volví con mil precaución y pude ver que la parte inferior del vuelo del abrigo estaba cogida por la puerta. ¡Aquella era la mano misteriosa que me había tenido sujeto durante toda la noche!

Me solté, lanzando un ruidoso suspiro de satisfacción, y precisamente en aquel minutos delicioso en que venía de conquistar la libertad pasaron dos guardias, me pusieron la mano en el hombro y me arrastraron hacia una serie de contingencias que debían tener el epílogo de siete años y un día de prisión correccional.

Pierre MAC ORLAN

ció totalmente arrasada. París, Londres, Viena, Berlín y Leníngrado, no son más que restos calcinados donde jamás podrá posarse otra vez la planta humana.

Los únicos que han logrado escapar a la voracidad de ese desequilibrado, son la India, el Asia y Sudamérica. El mundo blanco se ha congregado en Sudamérica y ha establecido sus sedes en Río de Janeiro, Buenos Aires y Santiago desde donde es gobernado por un consejo de 500 sabios.

Este Consejo Superior ha podido colocar una valla a las expansiones de Washington por medio de la energía mental, la más poderosa de las influencias humanas.

Fotografados Tricromías Bicromías

Confección de clisés para revistas, Catálogos, Folletos y otras Publicaciones

Precios sin competencia

Trabajo garantizado

— Entrega inmediata —

Pujol, Preysler & Cía
Corrientes 1138
Buenos Aires
Unión Telef. 38, Mayo 4830

Esta barrera está colocada al Sur del Canal. Hasta allí solamente han podido llegar los desbordes del Dueño de la Materia. Y las batallas que han sostenido las fuerzas materiales con la energía mental han sido tan formidables que el planeta ha temblado de espanto y miedo. Todo esto lo sabemos de más; pero es necesario repetirlo en este momento solemne.

El Asia se ha salvado en la misma forma; pero enteramente aparte de la raza blanca, sin que las haya unido ninguna alianza, ni ningún compromiso. Pero ha sonado la hora de unirnos todos. El tirano de Washington ha descubierto también la energía mental y ahora tiene en sus manos estas dos armas: la energía interna del átomo y la energía mental. La raza blanca refugiada en Sudamérica no podrá resistir los nuevos ataques del enemigo y caerá vencida. El Japón no desea permitir eso y a pesar de que se encuentra totalmente libre en Asia, desea acabar de una vez con un peligro permanente para la estabilidad del planeta. Por esta razón el Japón se ha comprometido a llevar al señor Lozmán, sano y salvo, hasta Lhasa. Y lo llevaremos...

Ahora verán ustedes esta bola de cristal. Está dominada por un fluido sutilísimo que nosotros llamamos Hako. Este fluido tiene la misma propiedad del fluido magnético y mental, pero escapa a su influencia. Es un soplo altamente espiritual extraído de los planos superiores. En estos instantes nos encontramos aislados por completo de todo contacto externo. Viajamos rodeados por una zona de Hako que nos permite sustraernos tanto a la energía mental contraria del Sakén americano como de las acechanzas de la materia. Por medio de esta bola asistirán ustedes a una de las batallas científicas más interesantes de la historia.

Las otras misiones han fracasado porque no contaban con este fluido aislador y de pronto se encontraban en la zona de acción del enemigo sin medios posibles de defensa. Este amenazaba por quitar.

les la energía de la atmósfera para el servicio de sus motores. Destruía y alejaba el aire formando el vacío y rechazaba toda acción mental amiga.

Este invento japonés nos pone a salvo de todo. Aunque entráramos en los propios dominios del loco americano, nos salvaríamos inmunes. Contra nosotros nada puede ni la energía del electrón, ni la electricidad, ni la corriente mental más poderosa. Nada. Absolutamente nada.

Ahora siéntense en esas butacas. Mientras comemos y fumamos unos cigarrillos veremos proyectadas en esa sábana algunas escenas de gran emoción.

Instantáneamente la pared se oscureció y se vió el "Samuray" navegando a más de dos mil metros de altura. Atravesaba ahora la Birmania. Abajo el tortuoso Saluén se escurría entre profundos valles y altas montañas.

De improviso se levantó hacia el Noroeste una barrera infranqueable. La atmósfera congestionada, loca, se revolvía, bullía, bajaba y se levantaba a alturas colosales, en un simoun formidable. Las manchas oscuras formaban monstruos antidiluvianos, amenazantes, que abrían inmensas mandíbulas gaseosas y agitaban hacia el "Samuray" unos brazos de tres y cuatro kilómetros. Las siluetas fantásticas aumentaban prodigiosamente y tomaban consistencia material. Se diría que el aire engendraba animales increíbles gigantes dispuestos a caer sobre el "Samuray" y deshacerlo.

Lozmán ahogó un grito de espanto. Imaginó un choque inminente y creyó en la más horrible destrucción por la acometida de esos átomos locos, de esos protones y electrones sueltos que crecían y se multiplicaban hasta llegar a proporciones inauditas.

Pero el "Samuray", sereno, imperturbable, hendió aquellos monstruos que retrocedieron en inverosímiles saltos, en una huida espantosa. Toda aquella gigantesca masa se abrió en nerviosas y violentas epilepsias, en medio de inmanifiestos aullidos de dolor y desesperación.

Después todo cesó y sólo se vió la tierra límpida y clara.

—Nuestro ilustre sabio ha hecho el vacío. Creerá que vamos a caer. No deja de tener gracia ese caballero.

En efecto, nada se movía delante del "Samuray". Los bosques se mustiaban y la tierra se iba convirtiendo en una férrea llanura, calcinada de desolación.

—Gasto inútil de energía. Por lo demás nunca creí que su dominio llegara hasta esta parte del Asia. Pero venceremos.

Wang era implacable. Dos horas más tarde el "Samuray" pasaba sobre el Brahmaputra. En esa parte se desplegaron del "Samuray" una bandada de navíos pequeños, casi ínfimos que se abrieron en abanico y partieron a gran velocidad, hacia adelante.

—Son nuestros pequeños cazadores. Nos dejarán libre el paso del Himalaya. Por lo demás pasaremos a quince mil metros de altura.

Efectivamente ningún otro contratiempo se opuso a la marcha del

navío japonés y, al atardecer, pudo descender en los dominios del Dalay-Lama de Lhasa.

Atrás había quedado la rabia sorda y la impotencia del Genio Maléfico del año 3000, consciente ya de su derrota.

Inmediatamente el delegado de los 500, señor Lozmán fué introducido a la sala maravillosa donde se encuentra el solio sagrado del Bhuda vivo.

Era ésta una sala inmensa, como un templo subterráneo, domi-

nada por un Bhuda gigantesco de oro incrustado de piedras preciosas. Ante el dios había un trono de alabastro.

Sobrecogido por el noble ambiente de aquel recinto de leyenda, Lozmán se inclinó reverentemente ante el dios.

Cuando levantó los ojos vió a su lado a dos nuevos embajadores: el de la India y el del Extremo Oriente. Tuvo un sobresalto: este último era el capitán Wang.

En ese instante entró el Dalay-Lama llevando en la mano al Bhuda vivo. Lo acompañó hasta el trono y luego se inclinó ante él en una larga y fatigosa oración.

De pronto empezó a surgir un vaporcillo tenue, blanquizado, de los ojos entornados del Bhuda sagrado. Poco a poco se reunió en una nube vaporosa que rodeó totalmente el cuerpo extático del Bhuda vivo: los extranjeros se encontraban frente al Rey del Mundo.

Los labios del Bhuda vivo se movieron débilmente hasta que la Verdad se manifestó por entero.

—Los Espíritus Guías de la Humanidad han oído vuestros deseos y vuestras súplicas; pero para que vuestras aspiraciones se vean cumplidas tendrá el mundo que cumplir tres compromisos solemnes:

Substitución de todas las religiones por la Religión de la Fraternidad.

Constitución de un Consejo Superior dividido en tres ramas: una en Sudamérica, otra en la India y la tercera en Lhasa.

Destrucción de todas las fuentes de energía malévolas y destierro a Europa de todos aquellos que hagan mal uso de sus facultades psíquicas y mentales. La dominación del Dueño de la Materia terminará y con él morirá para siempre el ciclo de las experimentaciones apenas los embajadores presentes firmen con su palabra este compromiso.

Los tres delegados se apresuraron a asentir confirmando el pacto.

Por última vez habló el Rey del Mundo por boca del Bhuda vivo:

—Idos tranquilos. La Humanidad ha reconocido al fin sus errores por el azote de este genio científico. Quedamos pocos, pero la Maldad y el Egoísmo humano terminan en este instante. Ved.

Toda una pared del templo desapareció.

A lo lejos se vió cómo retrocedían las fuerzas desencadenadas del Dueño de la Materia y cómo los océanos, la atmósfera y las montañas, volvían a su quietud y a su serenidad después de haber estado constantemente agitadas por el Genio de Washington.

Las fuerzas mentales y atómicas vencidas se refugiaban en Norte América y seguían hasta quedar circunscriptas en el laboratorio de aquel Gran Sekem, el último loco científico de la Humanidad. Allí quedaban para siempre sin poder romper el círculo infranqueable opuesto a sus desbordes por la enorme potencia mental puesta al servicio de los buenos por el Rey del Mundo, ese misterioso ser que se manifiesta a los humanos una vez cada cien años y que sirve de intermediario entre los espíritus blancos y los hombres...

Santiago de Chile.



—¿Y para qué me trae usted a este hombre?

—Porque usted me lo ordenó, mi general.

—¿Yo?

—Sí, mi general. Me dijo usted que viniera con el grueso de la columna.

¡DICHOSAS TILDES!

(Ñoñez rimada)

Matilde, linda mozueta, de ortografía mediana ayer escribió esta esquelita para su amiga Germana: *Temprano ir a verte quiero mañana, ya que es tu gusto; pero tengo que ir primero a comulgar, a San Justo. y antes he de confesarme, pues a la Mesa sagrada no puedo yo presentarme con la conciencia empañada.*

Su tía, que la veía escribir, dijo: —Está mal; falta una tilde hija mía, en la empañada final; pues la conciencia—añadió la tía, hablando resuelta—se tiene empañada o no, mas nunca en el pan envuelta. —Es cierto—exclamó Matilde. —¡Pero "mal rayo me parta" si no coloco la tilde antes que acabe la carta!

—Como quieras.— En efecto: escribiendo continuó la niña, y así el defecto de la tilde subsanó: *Después de haber comulgado, pasaré con gusto a verte, ... y aunque el día está templado, llevaré un vestido fuerte.*

No lo podré resistir; mas ¿qué hacer, amiga mía, si sabes que hay que vestir como lo manda la tía!... ¿Que ahí vaya a desayunar? ¡Hija, de mí no soy dueña, y tengo aquí que tomar lo que mi tía me ordeña! (No podrá decir la tal que me he comido la tilde). Adios. Recibe un cordial abrazo de tu

Matilde".

De escribir mal es tildada la mujer, generalmente y que se deje olvidada más de una tilde es frecuente. Pero, mirándolo bien, no extrañaréis que me asombre de que se le olvida a quien la lleva en su propio nombre, cual Ma-tilde, la mozueta de ortografía mediana que ayer escribió la esquelita para su amiga Germana.

—¡Qué ñoñez!—dirá, tal vez, el lector. Pero, ¡rediez!, no le quise yo engañar; pues, si esto es una ñoñez ya lo dije al empezar.

Juan PEREZ ZUNIGA.

Un viaje involuntario por Luciano Biart

(Continuación)

CAPITULO VIII

Un destello de esperanza

Si el señor Pinson contemplaba lleno de muda sorpresa al pequeño Azogue, éste, por su parte, abría tamaños ojos al ver en aquel sitio al ingeniero.

—¡Usted, caballero, usted aquí! exclamó lo mismo que el contador.

—¿Y tú, desdichado, replicó el señor Pinson, cómo es que te encuentras a bordo del *Canadá*? ¿De dónde sales?

—El tiene la culpa, señor, dijo Azogue en tono lastimoso; de lo contrario estaría en tierra.

—¿Y quién es ese que tiene la culpa? Habla.

—Robinson. Si pudiese deshacer lo hecho, obedecería a usted e iría a esperarle al puerto; pero como la cosa no tiene remedio, le suplico que interceda para que no me zurren.

—¿Quién quiere zurrarte, muchacho?

—El capitán, pues me acaba de amenazar diciéndome que van a darme una tanda de azotes con unas correhuelas emplomadas.

—Dejad a este muchacho, y cada cual a sus quehaceres, dijo el capitán a los marineros que habían capturado a Azogue; este caballero responderá por él. Hace veinte años que cruzo el gran charco, y juro por mi vida que jamás había presenciado aventuras a estas parecidas.

—Veamos, dijo el señor Pinson encarándose con Azogue; ¿podremos saber en definitiva como es que te encuentras aquí?

—Desde que visitamos el Jardín Zoológico, caballero, me entraron tantas ganas de ver el país en donde viven los monos y los tigres, que había pensado embarcarme, al llegar a Londres, en clase de grumete en uno de los buques que hacen la carrera de la India; pero la América me tentaba mucho más, pues el señor Boisjoli dice que allí puede ganarse mucho dinero. Como me encontraba a bordo del *Canadá*, me ha parecido tan buena la ocasión de satisfacer este mi deseo, que no titubeé un momento en quedarme.

—¡Pero dime, por Dios, de dónde sales!

—De la cala, del departamento donde se guarda la provisión de agua. Cuando usted me dijo que fuese a esperarle al puerto, me sentí un tanto mortificado, pues creía que la embarcación del práctico lo mismo podía llevar a tierra uno que dos pasajeros, y que acompañando a usted siquiera hubiera podido contemplar el Océano. Sin embargo le obedecí, alejándome tranquilamente; a mi paso encontré abierta la puerta que conduce a la cala, de modo que en vez de subir bajé, ocultándome detrás de un barril, pensando que una vez estuviésemos en alta mar el capitán del buque no tendría más remedio que llevarme hasta Nueva York. Y como sé que el señor Boisjoli le quiere mucho, confiaba que, una vez descubierto, invocando el nombre de usted, su amigo me,

perdonaría.

—¿Y hasta ahora has permanecido en tu escondrijo?

—No me atrevía a dejarle. Hace poco se abrió la puerta y fui descubierto. Quiero volver con usted a Liverpool, señor; me arrepiento de lo hecho.

—¡Volver conmigo a Liverpool! exclamó el señor Pinson; ¡ojalá, pícaruelo, que esto fuera posible! ¿No ves, ¡oh infeliz que estamos en alta mar, y que el *Canadá* navega a razón de seis kilómetros por hora?

—¿Ignoras también que los reglamentos marítimos se oponen a

mi auxilio en nombre tuyo; esta idea excelente me ha conmovido, y desde ahora yo me encargo de tu suerte.

El señor Pinson fijó la vista en su amigo y luego en Azogue, que lloraba enternecido.

—Vaya, no llores, le dijo afablemente el ingeniero.

—Me acuerdo de la tía Pitch, contestó el muchacho, que estará aguardando y a la cual tal vez no volveré a ver. Sé que en este momento me necesita, pues se halla postrada por los dolores reumáticos y de consiguiente no puede trabajar. Confieso que hice mal en es

diese un pan, un trozo de jamón y una botella de vino, todo lo cual fué devorado en un santiamén por el chico. Este no sólo había padecido hambre, sino que también frío y sueño, ya que el temor de las resultas de su travesura le tuvo despierto. Una vez satisfecho el apetito, el señor Pinson lo llevó a su camarote, le hizo acostar en su cama, arropándolo bien con su frazada.

De regreso al puente, los ojos del ingeniero escudriñaron el horizonte; el mar y el cielo parecían que se tocaban. Recapacitando respecto a su especial situación y a la de Azogue, el señor Pinson no pudo menos de murmurar:

—¡Cosa rara!

Gracias al pasajero canadiense, al poco rato sus compañeros de viaje conocían con todos sus detalles la historia de Azogue. Hablóse de una colecta en favor del huérfano, y habiendo declarado los señores Pinson y Boisjoli que tomaban a su cargo el muchacho, todos aplaudieron semejante determinación y les dieron un afectuoso apretón de manos.

Al anoecer, en el acto de sentarse a la mesa, el canadiense entregó a Azogue, que había abandonado el lecho hacía una hora, doscientas pesetas en buenas monedas de oro. Como el muchacho le mirara sorprendido cual si quisiese interrogarle para saber lo que aquello significaba, el canadiense le dijo:

—Los pasajeros te hacen este regalo, querido; verdad que cuentas con dos protectores excelentes pero nosotros hemos querido participar en la buena obra.

El cielo, cubierto de sombrías nubes desde la partida de Liverpool, el día siguiente apareció sereno. La brisa era penetrante; el mar, terso como un espejo, resplandecía al reflejo de los rayos solares. El cambio de temperatura avivó el ánimo de los pasajeros del *Canadá*, incluso el del Sr. Pinson. Verdad que de vez en cuando todavía el ingeniero murmuraba contra su amigo, pero a medida que iban transcurriendo los días su resignación era mayor y aunque no le hacía gracia su aventura, pues era harto reciente la herida, si alguno le hablaba de su viaje forzoso, solía contestarle sin pizca de mal humor.

Azogue con la indiferencia propia de la juventud, parecía consolado del todo. Se paseaba de uno a otro extremo de la embarcación, ávido de ver y de saber y como hablaba perfectamente el inglés, podía conversar con los marineros, con los oficiales y con los pasajeros. Para los dos amigos era una alhaja; sin él se hubiesen encontrados enteramente aislados. Durante el viaje dábales lecciones de inglés, y sobre todo les abrumaba a preguntas.

—¿Por qué llaman *Canadá* a este vapor? preguntó el muchacho cierto día al señor Pinson. Esta palabra ni es inglesa ni francesa.

—*Canadá*, — contestóle el interpelado, — es el nombre de una dilatada región que descubierta en 1497 por el veneciano Juan Cabot,



nuestro desembarco, y que quieras que no vamos a América?

—¿Cómo, señor! dijo todo admirado Azogue. ¿Usted también se ha ocultado?

—Ocultado! vociferó indignado el señor Pinson. No, si me hallo a bordo del *Canadá*, no tiene la culpa Robinson; pues éste...

—Páreceme, dijo Boisjoli interrumpiendo a su amigo, que Azogue debe tener un apetito atroz. Está pálido y tembloroso; ocupé monos de él amigo mío.

—¿Acaso le compadeces? preguntó sorprendido el señor Pinson.

—Sí por cierto, contestó el interpelado. Hace poco oí decir al pobre muchacho que pensaba invocar, al momento que fuese descubierto,

condemne, y quisiera volver a Londres.

El pobrezuelo se cubrió el rostro con ambas manos y gimoteó un rato. Conmovidos los dos amigos, se ablandaron, y en vez de reconvenirle sólo pensaron en consolarle.

—Debe tener hambre repitió Boisjoli; si no me incomodara el olor a brea que se siente en el salón, iría a buscarle algo para que comiera. ¡Vaya, Pinson! Tú te conduces lo mismo que un marinero curtido en las luchas con el Océano; te ruego, pues, que procures algunos víveres a este muchacho.

Al oír esto el señor Pinson llevóse a Azogue al salón, consiguiendo que uno de los camareros le

fué explorada primeramente por el francés Dionisio, en 1523. Los españoles que iban en busca de minas de oro, llegaron después que éste, y como no encontrasen lo que buscaban, se fueron diciendo "Acá nada". Esta frase repetida por los naturales, degeneró más tarde en el nombre de Canadá, que ahora lleva la comarca.

—Hay quien afirma, — objetó Boisjoli, que Canadá es una palabra iroquesa, que significa conjunto de chozas.

—Ciertamente, replicó el señor Pinson, pero la etimología que cuenta con más partidarios es la española.

—¿Así, pues, el Canadá está cerca de América? — preguntó Azogue.

—Tan cerca que forma parte de ella, así como Francia e Inglaterra forman parte de Europa. La América septentrional, hacia la cual nos dirigimos, es un vasto continente dividido en seis regiones principales: América rusa, cedida recientemente a los Estados Unidos y que lleva el nombre de Alaska; América Inglesa, que comprende la Tierra de Labrador, el Canadá y la Nueva Escocia; América danesa o Groenlandia; los Estados Unidos, a que damos el nombre de América del Norte y a veces solemos llamar simplemente América, tomando así el quebrado por el entero, con mengua de los otros pueblos de aquel nuevo continente.

—¿Y Méjico, donde está situado?

—Méjico y Guatemala completan las seis grandes divisiones de la América sententrional.

—Gracias, caballero, — dijo Azogue; — retendré en mi memoria todo esto.

Cuatro días después de haber salido de Liverpool, reinó gran movimiento a bordo del Canadá. Gracias a la existencia forzosamente desocupada que llevan los pasajeros de un vapor, el más pequeño incidente es considerado como un verdadero acontecimiento. Al empezar la tarde de aquel día, sucedió que la superficie del mar se transformó de repente en una sábana de plata. Muy pronto la quilla del Canadá dividió por mitad un banco de arenques, muchos de los cuales quedaron aplastados bajo las ruedas. Maravillado Azogue y sin poder contenerse, ejecutó su famoso salto mortal, con gran admiración de los marineros.

—¿De donde proceden estos peces? ¿A donde se dirigen? — preguntó el muchacho al señor Pinson.

—Proceden del Océano boreal, amiguito. Al igual que las golondrinas, los arenques emigran todos los años, partiendo de las heladas regiones del mar polar y llegando aquí como estás viendo, en tropas de centenares de miles. Dentro de poco los pescadores de Francia y de Inglaterra se repartirán este rico botín que está desfilando ante nosotros, pues además del consumo enorme de arenques frescos, salados y curados que hacen diversas naciones de Europa, varias de ellas emplean este pez como abono.

El banco de arenques, que tenía más de un kilómetro de anchura y que en longitud casi se perdía de vista, no tardó en quedar atrás, pues el vapor se encaminaba en dirección contraria a la que aquellos seguían. Multitud de aves marinas revoloteaban sobre

los infelices arenques y bastaba que rozasen la superficie del líquido elemento para apoderarse de ellos. El más ávido entre estos pescadores alados es la gaviota, ave de vuelo tan rápido que puede salvar la distancia de 3.000 kilómetros sin reposar.

Después de la comida, estando el señor Pinson hablando tranquilamente con su amigo, compareció el contador.

esta cantidad, caballero?

—En pago de su pasaje.

—Buena la hemos hecho! ¡Cómome! ¡Me llevan a América contra mi voluntad, a pesar de mis ruegos, y todavía tendré que pagar el pasaje!... ¡Esto sí que es maravilloso, fenomenal!

—¿Había usted pensado por ventura atravesar el gran charco de balde?

—Ni de balde ni pagando, ca-

PENSAMIENTOS

Las distancias de las moradas no despegan el querer de los corazones. — FERNANDO DE ROJAS.

La generalidad de los hombres piensa poco, crea todo lo que le dicen y obra por instinto. — MAD. ROLLAND.

Cuando uno tiene motivos de quejarse de un amigo, conviene separarse de él gradualmente, y desatar más bien que romper los lazos de amistad. — CATON.

La inteligencia, al igual que la belleza, es un peligro cuando está al servicio de la corrupción. — TOMASO.

Las letras sirven de adorno en la prosperidad y de consuelo en la desgracia. — ARISTOTELES.

No es lo importante amar, sino estar persuadido de que se ama. — PIERRE WEBER.

Cuando el hombre ha querido imitar la marcha ha creado la rueda, que no se parece en nada a la pierna. — APO-LLINAIRE.

La palabra fué dada al hombre para disfrazar su pensamiento. — TALLEYRAND.

La amistad no puede ser sólida sino en la madurez de la edad y en la del espíritu. — CICERON.

Todos los males juntos, de todos los tiempos y países, no igualan al infortunio que produce solamente una guerra. — VOLTAIRE.

—Dispensen ustedes si les interrumpo, — dijo el oficial fijando los ojos en el señor Pinson; pero así lo exigen los deberes de mi cargo. Venía a preguntar a usted si se queda con el camarote que ahora ocupa y con el que ha elegido para su pequeño compañero.

—Somos huéspedes suyos, contestó el interpelado frunciendo el ceño, ¿por ventura, pues, no hemos de dormir en alguna parte?

—Indudablemente; lo único que advierto a usted es que recuerde que debe entregarme dos mil pesetas.

—¿Dos mil pesetas! — exclamó el señor Pinson levantándose de su asiento cual si le hubiese mordido una víbora; ¿yo tengo que entregar a usted dos mil pesetas? ¿Y con qué título me reclama usted

ballero; usted lo sabe tan bien como yo. En cuanto a lo de entregar dos mil pesetas para expatriarme... ¡Oh no! ¿Por quién me ha tomado usted?

—Si elige usted un camarote de segunda clase, repuso el contador, el pasaje sólo le costará mil seiscientas pesetas, y mil si se aviene a dormir y a comer con los marineros.

—¿De dónde quiere usted que saque, dijo todo abrumado el señor Pinson, cantidades tan crecidas como las que se me reclaman, encontrándome en alta mar? Salí de mi casa para dar un paseo hasta Londres, y no para pasar a América; tal vez lleve en mi cartera la suma de mil pesetas, pero más no.

—Tenga usted presente, caba-

llero, que la compañía no es responsable del accidente que le ha obligado a quedarse a bordo. Usted come, bebe y duerme en el Canadá, y en todas partes esto cuesta dinero.

—¿Y si me negase a pagar, si me fuese imposible hacer el desembolso que se me exige, qué sucedería?

—Sucedería que, muy a pesar mío, iría usted a vivir con los marineros, para que fuesen menores los gastos que ocasionase a los armadores del Canadá, y una vez en Nueva York, la justicia...

—Pagaré por tí, replicó Boisjoli, y puedo asegurarte que esto no será un sacrificio para mí, puesto que gracias a él te tengo a mi lado.

El señor Pinson no oyó lo que decía su amigo, pues sumamente excitado iba de un lado para otro, midiendo el puente del vapor a grandes pasos. ¡Vaya! ¡Habrás visto cosa igual! No solo perdía el pobre miserablemente un mes de tiempo, corría el albur de un naufragio, iba a América contra su voluntad, sino que se le reclamaban dos mil pesetas, a él, que se juzgaba con derecho a exigir una indemnización! Exasperado, no quería dar oídos a las observaciones de Boisjoli; sentóse sobre cubierta y por largo rato estuvo contemplando, sin saber lo que hacía, la proa del Canadá que se abría paso en medio de las espumosas ondas.

El astro del día iba a ocultarse detrás del horizonte, que empañaban algunas nubecillas blancas; las gaviotas revoloteaban alrededor del palo mayor, disponiéndose a dirigirse a las rocas donde tenían sus nidos.

—¡Una embarcación! — exclamó de repente el marinero de cuarto.

Al oír esto el señor Pinson despertó como de un sueño. Enfrente de él aparecía la punta de un mástil.

—¡Corre, Azogue, y pregunta si vamos a pasar cerca de ese buque!

—Sí, — contestó el marinero interrogado; — a no ser que cambie de rumbo.

El señor Pinson, llevándose consigo a Azogue, se encaminó a la toldilla donde se hallaba el capitán, ocupado en examinar el horizonte con su anteojito.

—Muchacho, pregunta al capitán con la mayor afabilidad que puedas, — dijo el impaciente ingeniero, — si dado el caso que pasemos cerca de la embarcación que se divisa, los reglamentos marinos se oponen a que nos traslademos a ella.

Azogue cumplió lo que se le había ordenado; el capitán movió la cabeza, limpió la lente de su anteojito y luego contestó:

—Ese buque parece que viene a nuestro encuentro; si pasa a corta distancia del Canadá y su capitán consiente en recibir a ustedes a bordo, no tengo inconveniente en detenerme un momento para hacer el trasbordo. Ninguna de las cláusulas de los reglamentos marítimos me lo prohíbe.

Apenas había traducido el chico la respuesta del capitán al señor Pinson, cuando éste, saludando respetuosamente al marino, volvía a instalarse sobre cubierta para vigilar mejor la embarcación que, según estaba persuadido, había de llevarle en dirección a su casa de la calle Nollet.

(Continuará)

Conocimientos útiles

Procedimientos e indicaciones de provecho para el hogar

Pintura verde para el cuero de los muebles. — La operación de vivificar el color verde del cuero que ha palidecido no siempre es fácil. Sin embargo, puede ensayarse el método siguiente: Echense quince gramos de color de anilina verde obscuro en medio litro de agua, en la que se disuelven sesenta gramos de goma arábica, agregando después una cucharadita de glicerina.

Mézclese y muévase todo bien y aplíquese al cuero con una esponja.

Una vez seco se le puede dar una mano de clara de huevo mezclada con goma buena.

El color del plumaje de las gallinas se puede modificar por diversos procedimientos de alimentación. Dando de comer maíz a las gallinas blancas se tornan en poco tiempo en amarillo azafranado. El mismo efecto se produce parcialmente en el plumaje rayado o manchado de las razas de Houdan y de Hamburgo. La acción es local en otras razas. A las Plymouth-Rock se les ponen amarillas las plumas de la cola nada más. La simiente del lino y del algodón tienen la propiedad de dar al plumaje un brillo particular de reflejos sedosos.

Hay una porción de especias y condimentos que acentúan singularmente la coloración del plumaje. El pigmento colorante de la sangre de las gallinas toma después de la ingestión de dichas especias una intensidad mucho más considerable, pero esta acción no es eficaz más que en el momento de la muda. Las substancias más utilizadas son la pimienta de Cayena, el clavo, la corteza de quina, el azafrán, el palo de Campeche y otros. Para obtener el plumaje rojo se mezclan íntimamente cuatro partes de pimienta de Cayena, dos de pimienta ordinaria, dos de sándalo y ocho de azúcar o melaza, y se humedecen con una solución de azafrán en alcohol. Esta mixtura se mezcla con la comida habitual de las gallinas las cuales se habitúan fácilmente. Al principio sacuden la cabeza, estornudan y van a beber, pero esto no dura. El matiz canela se obtiene añadiendo a la mixtura precedente cuatro partes de rubia pulverizada. Se llega al amarillo fuerte con una mezcla de una parte de pimienta de Cayena, tres de cúrcuma y cuatro de melaza, humedecidas en una decocción de azafrán en vino de Jerez.

El hierro tiene por efecto aumentar y fijar las coloraciones obtenidas. Con el bicarbonato de hierro, por ejemplo, aun empleado en muy pequeñas dosis, los colores de las plumas no tardan en hacerse metálicos toman con el hierro un aspecto maravilloso.

Para limpiar los grabados y litografías antiguos, se mete la hoja durante veinticuatro horas en agua oxigenada, a la que se añade un

poco de amoníaco, para que el líquido sea lo menos alcalino posible. Cuando se saca el grabado se enjuaga dos o tres veces con agua clara.

Algodón al ácido salicílico. — Se prepara una disolución de 5 partes de este ácido, 1 de aceite de ricino y 1 de resina, en 250 partes de alcohol. Una vez preparada, se trata con este líquido el algodón desengrasado previamente.

CURIOSIDADES DE CIERTAS PALMIPEDAS

El lago era pequeño, apenas tendría tres kilómetros de contorno; pero las aves acuáticas que nadaban en su superficie y volaban por sus contornos eran numerosas y variadas.

Allí abundaba el añadón, el pato moñudo, el gran colimbo de copete, todos los cuales crían en sus orillas. Durante los meses de invierno dicen que visitan aquellas aguas el mergánsar, el mergo y el somormujo, aves, de pico dentado; es decir, que tienen esa excrescencia córnea en los bordes como sierras, que parecen dientes y que desempeñan la función de éstos en otros animales marinos como el delfín, pero no se emplean para cortar y triturar sus presas, que tragan enteras, sino para sujetar a sus víctimas.

Una de las aves que más abundaban era el mergánsar, que se crían en bandadas de hasta treinta individuos. Los colimbos no miraban con buenos ojos a sus parientes pues el mergánsar es esencialmente piscinoso y tiene un apetito insaciable. Pescan sin cesar, sistemáticamente, a conciencia, acosando a las víctimas, llevándolas hacia una cueva del lago, arrinconándolas y arrojándose sobre ellas con rapidez vertiginosa.

Indudablemente estas palmípedas han debido hacer verdaderos destrozos entre los habitantes del lago.

El colimbo no es exclusivamente piscinoso si bien come peces cuando quedan a su alcance; pero no los persigue con la tenacidad del mergánsar.

Esta palmípeda es curiosa. El macho es un ave preciosa. La cabeza y el cuello son de hermoso color verde botella, de reflejos metálicos; el pico, de un rojo vermellón y los ojos de color de sangre. La parte superior del cuerpo es negra, con una ancha faja blanca a cada lado, y las largas plumas de las alas igualmente blancas.

La parte inferior del cuello y el pecho son también blancas; pero con un tinte delicadísimo

Barómetro de colores. — Los tejidos y papeles que sirven para hacer osas figuritas que se ponen en carnadas cuando indican lluvias azules cuando predicen bon tiempo, se preparan remojándolos en la siguiente preparación: Cloruro de cobalto, 30 partes; cloruro de sodio, 15; cloruro de cal, 4 1/2; goma arábica, 7 1/2; y agua, 45 partes.

Esta disolución cambia de color al absorber la humedad de la atmósfera, y por eso dichos barómetros son en realidad higrómetros,

puesto que lo que hacen es indicar el grado de humedad, y no la presión atmosférica.

El nacar se limpia con blanco de España pulverizado y agua fría.

Para debe usarse agua caliente y jabón para este menester, porque quita el brillo que tanto embellece a la concha.

Para asfixiar a las moscas, se recomienda mucho el cerrar las habitaciones lo más herméticamente posible y suspender pedazos de tela empapada en una disolución de formol al 40 por 100.

Al calzado húmedo se le saca lustre en pocos segundos echando un par de gotas de parafina en el betún. Esto impide a la vez que se agriete el material.

Para impedir que se seque la goma arábica, basta echar en la solución un pedacito de alcanfor. Con esto no se altera la goma y pega hasta la última gota.

Para limpiar el depósito que se forma en el fondo de las teteras, se llenan éstas de agua, a la cual se agregan tres gramos y medio de sal de amoníaco, y se ponen a hervir durante una hora, transcurrida la cual se habrán disuelto y podrán quitarse fácilmente las substancias petrificadas sobre el metal.

Después hay que enjuagar bien la tetera y hervir agua en ella una o dos veces antes de usarla.

Una pasta para los suavizadores de navajas de afeitar puede hacerse sin más que humedecer el cuero con aceite común y espolvorearlo muy por igual con polvos de esmeril.

Para ahuyentar las hormigas, el mejor procedimiento consiste en espolvorear con pimienta de Cayena la entrada del hormiguero, o si no se descubre éste, los sitios que acostumbran frecuentar los insectos.

Tinta violeta. — En alcohol a 90 grados se disuelve violeta de anilina (violeta de metilo) en la cantidad necesaria para obtener un color de suficiente intensidad y después se añade glicerina hasta que la mezcla adquiera consistencia de jarabe.

Para que los objetos de hierro pulimentados no se tomen, se les da una mano de barniz de copal, mezclado con el aceite común necesario, para que se ponga grasiento, y se añade otro tanto de trementina.

Sir Arturo Evans ha publicado un libro curiosísimo sobre sus trabajos arqueológicos, al que pone por título "El palacio de Minos". Estudio comparativo de los sucesivos estados de la civilización primitiva de Creta, basado en los descubrimientos de Knosos.

Ni una sola tumba, ni el más insignificante túmulo ha sido pasado por alto. Su trabajo ha sido verdaderamente asombroso, y así ha podido darnos a conocer el Gran Palacio de Minos; el Palacete, la Quinta Regia; la ciudad de Knosos y su puerto marítimo; las estructuras que se agrupaban alrededor de la mansión de los Reyes Sacerdotes; los cuarteles de los funcionarios, de los humildes artistas, de los ricos burgueses, y los de los pobres.

En su obra descubre e ilustra con grabados la llamada casa de los Frescos; la de los Bloques Caídos; la casa de los Bueyes sacrificados; la de la Cazuela; la Casa del Tesoro, y otras varias.

Luego la calzada, de grandes losas, que iba desde Knosos, hasta Komó, entonces considerable e importante puerto, en el mar de Lilia; el Gran Viaducto, entre el gran camino del Sur y la gradería del Pórtico del Palacio, y el bien equipado caravanseraíl u hospedería para viajeros, con todos los requisitos de la época, como buenas alcobas y dormitorios amplios y magníficos baños y un hermoso refectorio, adornado con un apetitoso pozo lleno de perdices.

Hace veintisiete o veintiocho años cuando sir Arturo hizo sus asombrosos descubrimientos en Creta, todo el mundo científico se ocupó con interés, pues aquella revelación ponía de manifiesto una civilización desconocida, que floreció mil años antes que la de la clásica griega, y que podía muy bien parangonarse con la del antiguo Egipto, tanto en antigüedad como en arte.

Ahora se puede decir que las excavaciones de Knosos han vuelto a rejuvenecer las anteriores, cuyos resultados han sido perpetua fuente de maravillas.

De maravillas, en efecto, y la palabra aún es pobre. La satisfacción del arqueólogo debe de ser enorme. De tarde en tarde se obtiene un triunfo como el de ahora de sir Arturo.

La suerte, la buena fortuna han sido sus aliadas.

Las grandes y torrenciales lluvias de 1923 a 1924 arrastraron tierras que hicieron el trabajo de muchos excavadores, dejando al descubierto unas piedras que resultaron ser las de un titánico viaducto y agujeros que sugirieron la idea de una serie de tumbas excavadas en las rocas.

El palacio de Minos

La tumba de la Vaca toma su nombre por el hecho casual de que una vaca puso la pata sobre el fondo de una vasija de barro invertida, que, al romperse, dejó al descubierto el esqueleto de un niño y a un lado varios cacharros de pobre alfarería.

Pero si es verdad que la suerte ha favorecido al famoso arqueólogo, la mayor parte del buen resultado de su obra ha sido debida a sus profundos conocimientos, a su su pericia al leer los signos ex-

forma y estructura de los edificios, de los palacios y mansiones, de las casas, cabañas y almacenes, de las necesidades y confort domésticos, de las calzadas y viaductos, y nos ponen de manifiesto la magnífica gradería y el lugar donde se guardaban los objetos sagrados: la doble hacha, la cancela de la Casa de los Sacrificios. Sobre esto dice sir Arturo:

"Los enormes bloques que aplastaron una de las casas adyacentes, fueron a dar allí por la fuerza del terremoto. Los tripodes, los cuer-

EL CIELO, EL MAR Y TU

¡Recuerdo de tu carne sobre la arena de oro,
bajo la luminosa serenidad del día,
frente al mar que ritmaba su corazón sonoro!
El cielo, el mar y tú... La suprema armonía.

Evocando inmortales fiestas de paganía,
en el viento marino cantaba un áureo coro
ungido del celeste deseo que latía
en el sagrado cisne y en el divino toro.

El sol te perfumaba con su rosal de fuego;
sonaba en mí la eterna siringa del Pah griego
y había en cada nota para tí una oración.

El cielo, el mar y tú... ¡Hora suprema aquella!
Miré a mi pecho y oí la claridad de estrella
que encendían tus ojos sobre mi corazón.

Ramón PRIETO Y ROMERO

teriores, a sus cautelosas comparaciones y a su innata y bien cultivada habilidad para leer la historia en las piedras.

¿Lo que dicen las piedras?

El montón de piedras en el ángulo SE. del palacio demuestran, confirman la teoría del terremoto que devastó aquella región en el tercer período medio minoano.

De aquel cataclismo aún queda mucho: trozos de barro, copas, vasos, objetos votivos, estatuillas, adornos, pinturas murales, piedras para piedra, resplandores para ridos de colubina, una habitación con columnas, una gradería, frescos, la casa de la vaca y otros y variados y múltiples objetos.

Otros restos nos hablaron de la

forma y estructura de los edificios, de los palacios y mansiones, de las casas, cabañas y almacenes, de las necesidades y confort domésticos, de las calzadas y viaductos, y nos ponen de manifiesto la magnífica gradería y el lugar donde se guardaban los objetos sagrados: la doble hacha, la cancela de la Casa de los Sacrificios. Sobre esto dice sir Arturo:

La evidencia de una gran altura y bienestar entre los burgueses de aquella época remota, en la primera mitad del siglo XVI antes de Cristo, va por todas partes.

En la pequeña mansión llamada la Casa de los Frescos, hay un precioso piso de brillantes colores, reproduciendo escenas naturales, artísticamente pintadas y acompañadas de inscripciones grabadas.

Esta era la habitación de un hombre de la clase media, una vulgar vivienda de aquellos tiempos, y, sin embargo, podría pasar por un palacio de otros países.

Mide 17 metros de largo, por 11 y medio de ancho, y en su disposición, se ve la influencia de Egipto, así como en su ornamentación, en sus pinturas murales, con paisajes rocosos, en los que abundan los monos, las aves y gran profusión de variadas flores y enredaderas y gatos jugueteros, persiguiendo a policromados faisanes.

La Casa de los Bloques Caídos era un pequeño castillo, destruido por la violencia del terremoto al cual se entraba por un puente levadizo de madera que lo ponía en comunicación con la terraza frontera y se llegaba a los pisos altos por medio de una escalera de quita y pon, como aún se hace en las casas-torres del Norte de Albania.

Igualmente curiosa es la Casa de la Cancela.

Se entraba por una abertura entre las dos balaustradas del tipo corriente, con bases calizas y soporte de madera, que formaban como una cancela.

En la Quinta Regia, se ve el sitio de honor; especie de trono para el "tirano doméstico", y encima, en el otro piso, estaban las habitaciones para las mujeres o harem.

El dueño de la casa, sentado en un elevado nicho, dominaba ambos pisos y veía todo lo que hacían los que los habitaban. Podía sostener la conversación con todos y oír la música del departamento de las mujeres.

El viaducto es una estructura ciclópea y se considera como lo más colosal de la construcción cretense.

En cuanto al Palacio Real, acusa haber sido de una gran magnificencia así como la única y artística escalinata que iba desde el viaducto hasta el mismo pórtico del palacio, en el cual se admiraban curiosísimas pinturas, una de ellas, la de un acróbata haciendo ejercicios sobre un toro que corre a galope tendido.

Otra de las pinturas murales es un notable relieve en colores, que representa un personaje con una diadema con plumas y un collar de lirios, el cual se cree sea el retrato de uno de los reyes-sacerdotes de Knosos.

Tanto los lirios del collar como los de la corona son de forma compuesta. La parte superior parece tomada del papiro sagrado, o *was*. Era el emblema especial de Wazet o de Buto, la serpiente sagrada del Delta. En esto hemos de reconocer un elemento místico egipcio, mientras que en los otros lirios encontramos la flor sagrada por excelencia de Minos.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: CERRILLO, 607

De 9 a 12 y de 14 a 18

Sábados, de 9 a 12

BLANCO, 1111

U. T. Mayo 1899

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el Exterior
Trimestre \$ 2.50	Trimestre \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre \$ 5.00	Semestre \$ 6.00	Semestre \$ oro 4.00
Año \$ 9.00	Año \$ 11.00	Año \$ oro 8.00
No suelto \$ 0.20	No suelto \$ 0.25	
No atrasado \$ 0.40	No atrasado \$ 0.50	

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección; aunque se publiquen. Los reporteros, fotógrafos, corredores, coladores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

	En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande	cada tomo \$ 12.00	3.70
chico	" " 8.00	3.00
grande	" " 9.00	2.00
chico	" " 6.00	1.50

Entretenimientos

CIENCIA RECREATIVA, JEROGLÍFICOS, CHARADAS, etc. PARA DISTRACCIÓN DE CHICOS Y GRANDES

N.º 11 — CHARADA

—A prima cuarta la total
dos tres cuatro la alegría.
—¿Por qué?
—Por haber conseguido
una prima dos tres para su
huerto, que tanto cuida y
quiere.
—¿Y prima tres cuatro
sus plantas debidamente?
¡Oh, sí! de manera admi-
rable y también sabe extraer
el tres cuatro que regala a
los habitantes de la comar-
ca.
Ella siempre solicita, nun-
ca dos cuatro le ha llegado
a faltar.

N.º 12 — COMPRIMIDO

RABO 500 OR

N.º 13 — JEROGLIFICO



N.º 14 — COMPRIMIDO

NOTA K NOTA

N.º 15 — COMPRIMIDO

NOTA 100 NOTA O

N.º 16 — FRASE HECHA



N.º 17 — JEROGLIFICO



N.º 18 — CHARADA

¿Qué aquel dos tres pri-
ma dos tres de usted?
—Sí, señor; está tan en-
fermo que creo no llegará al
próximo total, y como vive
solo, cualquier día lo encuen-
tran dos una tres en su ca-
ma.

N.º 19 — ADIVINANZA

Con letra y nota no más
si es que piensas (no hay
agravio),
en seguida encontrarás
un sinónimo de sabio.

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTE-
RIOR.

- N.º 1—Canario.
„ 2—El naípe.
„ 3—A UNA BELLA.
Es la magnolia
tan delicada
que si en sus hojas
dejas un beso
anda manchada.
¡Nadie te bese,
paloma mía,
porque al besarte
seguramente
te mancharía.
Antonio Sáenz Sáenz
„ 4—Asola.
5—Sobre poco más o menos.
„ 6—Sumario.
„ 7—Descabellado.
„ 8—De dominio público.
„ 9—Síntomas.
„ 10—Paso doble.

Los "Confrères de la Pasión", a
que algunos de los historiadores
califican de padres del teatro fran-
cés era unos cuantos vecinos de
París, asociados para representar
misterios de la vida y muerte de
nuestro Señor que habían elegido
para hacerlo un pueblo inmediato
a París, Saint Maur.

En 1398 el preboste publicó
una orden prohibiendo representar
a todos los ciudadanos bajo pena
de desacato. No conformes, los afi-
cionados acudieron al rey y éste
deseó verlos representar. Lo hicie-
ron, agradó al monarca el espec-
táculo y los concedió autorización,
en 1402, y privilegio especial.

Y entonces, para acabar de lo-
grar el favor de la corte, se cons-
tituyeron en cofradía religiosa con
el título de "Confrères de la Pa-
sion".

Para ampliar su radio de acción
se establecieron en una sala inmen-
sa que servía de hospedería a los
viandantes que llegaban a París,
después de cerradas las puertas de
su recinto. Hasta 1547 estuvieron
aquí.

Antes de esto, a ejemplo de los
"Confrères de la Pasión", se fun-
daron los "Clercs de la Basoche"
los "Enfants sans souci" y "La
Confrère des sots".

Los primeros eran funcionarios
del orden judicial que formaban
una especie de Tribunal de honor,
los cuales, de pronto, se convirtie-
ron en compañía dramática y que

El Teatro Francés

ALGUNOS DATOS PARA SU ESTUDIO

no pudiendo representar misterios
(porque un privilegio de Carlos
IV lo impedía) idearon otro gé-
nero de obras dramáticas al que
dieron el nombre de "moralites"
en las cuales se exaltaba la virtud
y se condenaba el vicio.

Estas obras acabaron por ser sá-
tiras, en las que no se respetaban
ni personas ni cosas.

"Les enfants sans souci" y los
"Confrères des sots" estaban for-
mados por muchachos de familiar
honorable, desenvueltos y amigos
de la jarana y la zumba.

A ejemplo de ellos, quizá, los
"Confrères de la Pasión", que ha-
bían empezado representando autos
y obras morales, se dedicaron a re-
presentar farsas obscenas e irres-
petuosas.

Acaso esta corrupción y desvia-
ción de los comediantes influyese
para que Francisco I les quitase
la primera sala que tuvieron en Pa-
rís a la vera de la Puerta de Saint
Denis.

Los cómicos, que con sus repre-
sentaciones habían ganado mucho
dinero, no queriendo suspender és-
tas adquirieron el Hotel de Bour-
gogne, construido por los duques

de este nombre, y le adaptaron pa-
ra sus representaciones.

A ello les autorizó el Parlamen-
to, pero con ciertos impedimentos.
Una disposición de fecha 19 de
noviembre de 1548 les permitió es-
tablecerse de nuevo "a condición
de no representar más que asuntos
profanos, lícitos y honestos" y pro-
hibiéndoles "representar ningún
misterio de la Pasión y otros mis-
terios sagrados". Junto a esto les
confirmaba el privilegio exclusivo
para representar en París y en sus
alrededores.

Este privilegio lo confirmaron
Enrique II, en 1559, y Carlos IX
en 1569. Mas los "confrères", cre-
yendo que ese decreto estaba en
pugna con el carácter de religio-
sos que ostentaban, lo cedieron,
junto con su teatro (reservándose
para sí dos palcos con celosías), a
una compañía de cómicos profesio-
nales que llevó el nombre de "Com-
pañía del Hotel de Borgoña".

Los "Clercs de la Basoche" ya
no existían. Perseguidos por sus
atrevimientos, Carlos VIII llegó a
encarcelar a varios de ellos y des-
pués de varias vicisitudes y de es-
tablecerse, acaso para ellos la pre-

via censura, desaparecieron.

"Les enfants sans souci" y "Les
confrères des sots", desaparecieron
igualmente. Privados, por los pri-
vilegios concedidos a los "Confré-
res de la Pasión", de representar
en París quedaban reducidas a ser
compañías andariegas agrupacio-
nes sin importancia o a reforzar
las compañías de los de la Pasión.

En el "Hotel de Borgoña" tuvo
origen el teatro profesional, fué el
vivero que había de producir esas
legiones de artistas que tan alto
pusieron después el arte francés.

BELLAS ARTES

En una exposición de pinturas,
dice una jovencita a su mamá:

—¿Qué representa ese desnudo
de mujer en ese paisaje tan bo-
nito?

—Eva en el Paraíso.

—¿Y por qué está de espaldas?

—Porque el cuadro figura que
está hecho en el otoño y se le ha
caído la hoja.

UN SUERTUDO

—Cómprame este ramo de flores
para su novia, señor, — exclamó
la florista.

—No lo quiero. No tengo novia.

—Entonces cómpremelo para su
señora.

—No soy casado.

—Pues cómpromelo, por la suer-
te grande que ha tenido usted.

PAPEL Y TINTA

"El ritmo del tiempo", poesías de G. Luzuriaga Agote.

Se trata del primer libro de este poeta que ya conocíamos por la intensidad de su inspiración y la buena factura de sus versos.

La obra está hecha con amor, con ese amor que es incentivo para el artista de verdad que busca en las cosas un motivo.

Variedad de temas y de formas constituyen la obra. Ya canta en estilo clásico, poniendo una nota franciscana, encerrando una meditación, o bien en versos modernos y sonoros, a la capilla del barrio, al monumental Banco de Boston, a todo donde la vida canta.

Poeta de verdad, Luzuriaga Agote, sabe encontrar en todo un gesto de belleza, por eso este volumen se lee con simpatía y se puede apreciar su temperamento delicado y sutil.

"El ritmo del tiempo" es un buen libro de versos.

"El talón de Aquiles", por Félix M. Pelayo.

El poeta de "Anfora plena" y "Voces", acaba de publicar ahora un libro de cuentos, intitulado "El talón de Aquiles".

Los cuentos que integran este volumen, se caracterizan por describirnos la parte psicológica de los personajes, y, sacar de ahí, conclusiones a veces torturantes y otras, marcadamente humanas. Placer también al autor, hacernos participar de cierto estado pasional de sus protagonistas, detallándonos aspectos emocionales y estremecimientos melodramáticos. Al lado de éstos encuéntrase además, observaciones de vida, en que la ternura, el amor y la juventud, realzan triunfantes el espíritu abierto de la naturaleza humana.

Desde el cuento inicial, titulado "La loca aventura", pasando por "El diálogo de las partes", "Sin careta", "Farsa frívola", "El epitafio", "La derrota", "El talón de Aquiles" y "Una tragedia", para sólo referirnos a algunos de ellos, son narraciones que se leen con agrado y con placer; pues sus tramas son sencillas y lo estrictamente necesarias, para que el interés del asunto se mantenga desde el principio al fin.

Digamos por último, que el autor señor Félix M. Pelayo, es un cuentista que procede por sugestión más que por lo que nos detalla. Así, encontramos páginas sumamente breves, pero cuyos pormenores esenciales suplen descripciones innecesarias.

Por lo que acabamos de exponer, se verá que estamos frente a un buen libro de cuentos.

"Los buscadores de oro" por Juan Carlos Dávalos. — Librería "La Facultad" de J. Roldán y Cia.

"Los buscadores de oro" es el primer cuento que da nombre al libro y también, el que más interés despierta en la mente del lector,

ya sea por el tema tratado y su desarrollo, o ya por los efectos que se desprenden de las descripciones de una parte auricular del Perú. Las demás narraciones que comprende este volumen, como así mismo los "Puntos de vista" del autor y el capítulo que se refiere a "La villa de Lerma", no desmerecen en nada los conceptos elogiosos hechos al primer cuento.

El autor de "Los gauchos" libro anterior de Dávalos, gusta describirnos la arquitectura de Salta y el origen del nombre de la misma ciudad. Igualmente, merecen citarse los relatos: "El valle de Lerma", "El río Arias", "Parque San Roque", "El cerro San Bernardo" y "Jardín Zoológico", por la manera siempre interesante y amena de sus descripciones.

Otras de las páginas dignas de mención, son las tituladas "El Municipio y yo", "A salto de mata", "De jira artística" y "Mi literatura" conferencia ésta leída en la Biblioteca Sarmiento, de Tucumán, con motivo del 48 aniversario de su fundación, y que, entre otras cosas, decía: "No encontraréis, por lo tanto, en mi obra poética el sello de los trascendentalismos fatigados ni del espiritualismo exagerado, ni del subjetivismo conceptista; sino más bien la expresión tranquila de estados de alma; o la descripción objetiva de escenas y paisajes cuyos elementos actúan en mi sensibilidad como los cuentos de hadas en la imaginación fresca y maravillada de los niños".

"He aquí por qué quisiera yo que mi arte fuese un arte ingenuo, regionalista por fuerza, pero en todo caso relativamente original y fundamentalmente sincero. Original en cuanto expresa puntos de vista personales; sincero, pues que no busca el éxito en la esforzada fecundidad sino en la difícil intensidad".

En resumen, "Los buscadores de oro", de Juan Carlos Dávalos, es un libro ameno e interesante.

"La despedida del mazorquero"

Próximamente será editada la canción del epígrafe original del poeta laureado Vicente Bove y del maestro Juan Mas, cultor tradicionalista argentino de cantos y danzas nativas. El motivo que ha inspirado la nueva producción es histórico y romanesco, evocando momentos inolvidables del pasado argentino mientras la armonía exquisita del verso y la melodiosa interpretación musical que la exalta consagran el esfuerzo noble y artístico de sus autores que han agregado al acervo una pieza de buenos valores.

VIDA SOCIAL

Un forastero, sumamente feo, es admitido en una tertulia.

Una solterona, muy entrada en años, exclamó al verle:

— ¡Qué monstruo! ¡Parece un canibal!

— No tema usted, señora — dijo el forastero, que la había oído —; yo no como más que... carne fresca.

AVISOS ESPECIALES

MÉDICOS

Dr. Juan E. Carrulla

Médico del Hospital Alvear
Atiende especialmente enfermedades internas

MÉJICO 1360

Horas de consultas: de 2 a 4 p. m.
Unión Telefónica: Libertad, 0819

Dr. Víctor Moraschi

OCULISTA

Jefe de clínica del Hospital Oftalmológico "Santa Lucía"

DE 2 A 4 1/2

PARAGUAY, 1615

U. T. 7297 Juncal.

Dr. Eloy A. Escobar Bavió

Director de los Servicios Médicos del Jockey Club y del Círculo de la Prensa.

Atiende especialmente enfermedades del corazón, aorta y sangre.

Consultas: de 10 a 10 horas

CALLAO, 433, 1.º piso

U. T. Mayo 1328

Dr. Alberto T. Barragán

Dentista Cirujano

De 14 a 18 SAENZ PESA 216

U. T. 33, Mayo 6827

Dr. Jorge I. del Piano

Médico del servicio de garganta, nariz y oídos del Hosp. San Roque

Asistente a la clínica del profesor

Sebileau (París)

Consultas: de 2 a 4 p. m.

LIBERTAD 1375 U. T. 6857, Juncal

Buenos Aires

Dr. Alejandro Pinto

Del Hospital Rawson

Matriz, ovarios y cirugía de señoras

Suipacha 27. U. T. Riv. 0500

Días de consulta: lunes, miércoles y viernes, de 15 a 17 horas

Dr. Amadeo Natale

Pirovano

Jefe del Servicio del Hospital

Enfermedades de los ojos

Consultas de 14 a 18

SARMIENTO 735 U. T. 7385 Avda.

Notas cinematográficas

"El hombre que ríe" — El señor Carl Laemmle, presidente de la Universal hace muchos años deseaba llevar a la pantalla la célebre novela de Víctor Hugo "El hombre que ríe" y ha tenido una gran satisfacción al ver proyectada en la pantalla de sus estudios esta película.

Como recordarán nuestros lectores, fué la Universal la compañía que presentó hace varios años la versión de otra conocida novela de Víctor Hugo, "El jorobado de Notre Dame". Un gran éxito tuvo esta película en ocasión del estreno, pero las autoridades de la Universal confían en que "El hombre que ríe" obtendrá un éxito más rotundo aún. Tanto Conrad Veidt como Mary Philbin hacen de sus roles interpretaciones no superadas hasta la fecha. Conrad Veidt fué contratado por la Universal para que hiciera el difícil rol de Gwynplaine (el hombre que ríe). Esta superproducción será dada a conocer en Buenos Aires en los primeros días del mes de abril.

"Estrellas fugaces" — La Corporación Argentino Americana de Films ha iniciado la serie de sus estrenos de temporada con el de la película "Estrellas fugaces", producción de la B. I. F. (British Instructional Films), interpretada en sus partes principales por Annette Benson, Adrian Aherne y Donald Calthron, conocidas figuras del teatro y del cine británicos.

"Estrellas fugaces" es el primer argumento escrito para la pantalla por el poeta inglés Anthony Asquith, graduado en Oxford, quien estudió la técnica norteamericana en los Estados Unidos y la aplicó luego al argumento del drama, que presentó a la B. I. F., siendo aceptado en seguida.

La presentación escénica es obra de Ian Campbell Gray, compañero de Asquith en Oxford. Los efectos escénicos obtenidos por Campbell Gray, son notables.

Dirigió la impresión de la película el "metteur" A. V. Bramble, asociado a diversos estudios británicos, teniendo por auxiliares a Karl Fischer y John Orton y los "Cameramen" Stanley Rodwell y H. Harris.

El asunto de "Estrellas fugaces" no tiene nada de complicado pero los personajes del drama tienen mucha más vida interna que lo que es común ver en las películas. Por ello se advierte en seguida que se trata de una película hecha por hombres de pensamiento, que han antepuesto el concepto artístico al industrial. El desarrollo de la acción, la progresión de los efectos, la pintura de los personajes todo está ordenado de tal manera, que la emoción del espectador surge en forma natural de los hechos que van desfilando sin violencias ni rebuscamientos de melodrama.

La acción transcurre casi toda en el interior de un grandioso estudio cinematográfico. Hay algunas escenas exteriores que sirven de enlace a las demás y que completan el conjunto.

La trama comprende tres personajes principales: la mujer, el marido y el amante, todos artistas del estudio. La mujer prepara una trampa para deshacerse del marido, que le es odioso, pero por una concatenación de circunstancias imprevistas, cae en ella el amante, quien resulta muerto por uno de esos accidentes tan comunes en los estudios. Y la mujer queda condenada a llevar eternamente el peso del remordimiento por su infidelidad y el crimen inútil.

TEATROS

"LA REBELION DE LOS MUÑECOS", EN EL MARCONI

Hace tiempo, en uno de nuestros comentarios semanales, analizando las perspectivas que ofrecía de temporada de este año, presumíamos la excesiva influencia que habrían de tener en la producción de nuestros autores las modernas orientaciones del teatro extranjero, a juzgar por las tendencias que se manifestaron ya al final de la anterior temporada. Agregábamos que nuestros autores deberían reaccionar de ese sectarismo que radicaba en cuanto a su fondo, en el teatro ruso y, en cuanto a su forma, en el teatro de Pirandello.

Hemos visto cumplirse nuestra predicción en el primer estreno del Marconi. "La rebelión de los muñecos", es, sin duda, una pieza de escuela, concebida y ejecutada bajo los principios fundamentales de una teoría estética que sólo ofrece aspectos renovadores en los procedimientos de realización. Resta el interés a este trabajo porque involuntariamente se asocia el espectáculo presente a sus progenitores (la obra no es hija de su autor, sino de otra obra) y si toda comparación es odiosa, más lo resulta en este caso, con perjuicio no precisamente para el original.

Si se quisiera desentrañar el sentido trascendental de la obra, separándolo de la infinidad de contemplaciones que lo rodean, nos quedaríamos únicamente con la sujeción del título. "La rebelión de los muñecos", movimiento de independencia que cobran en la realidad de su vida escénica los personajes creados por el autor. Es decir, que un dramaturgo puede imaginar un personaje destinado a matar a su rival, pero después, en las acciones y reacciones de las escenas en que va desarrollándose la trama, el tipo se rebela contra el destino que le ha fijado su creador y en vez de matar al adversario puede suicidarse o abrazar la vida monástica. Esto y el desenvolvimiento simultáneo de dos acciones, la verdaderamente teatral y otra que quiere presentarse como la propia realidad, es todo el contenido de la reforma teatral de Pirandello, que puede ser tema interesante para una bella obra como "Seis personajes en busca de autor", pero en modo alguno, convertirse en fórmula permanente para la nueva alquimia teatral.

Sería tarea prolija desentrañar lo que hay de meritorio en la pieza que nos ocupa separándolo cuidadosamente de todo lo que sea producto casual o vicioso de la desconcertante acumulación de situaciones paradójicas y rebuscamientos efectistas en que se pierde la médula de "La rebelión de los muñecos". Tal vez existan esos méritos, pero renunciemos a buscarlos.

Es encomiable el propósito que siempre anima al actor José Gómez, de incorporar a su elenco y a su repertorio, elementos de valía. En tal sentido procura renovar progresivamente y rodearse de artistas jóvenes y entusiastas, capaces de acompañarle en cualquier tentativa arriesgada. Su actual elenco es, tal vez, un poco irregular y desequilibrado, especialmente en lo que concierne a algunas de sus figuras nuevas. Sin embargo, es de esperar que un mayor ajuste y armonía den el resultado esperado.

José Gómez actuó con su habitual acierto en la interpretación del papel de más responsabilidad de la obra. Puede elogiarse también la actuación de Mercedes Caus, Josefina Ruiz, Leticia Scuri, Miguel Di Carlo y Guillermo Battagna. Los demás, pusieron todo su empeño en contribuir al éxito de la pieza.

"TU, YO Y EL MUNDO DESPUES", EN EL LICEO

Vino nuevo en odres viejos, es el dogma o fórmula que ha servido de base para la ideación, y aún más que para la ideación, para el desarrollo normal de esta pieza, con la que ha sido inaugurada la temporada teatral del Liceo.

Parecería que el autor estuviese comprometido a presentar contra sus predilecciones, un tributo a la tendencia renovadora de las fórmulas escénicas y que en trance tan ingrato ha urdido el expediente de componer una pieza de características tradicionales, agregándole, en un prologo y en ciertos pasajes patéticos, la presencia de personajes simbólicos —el Tiempo, un gnomo vestido de rosa y un gnomo vestido de negro—, algo así como un elemento de fantasía y decoración que son anticipo o comentario de la acción real. Suprimidos tales postizos, la pieza nada perdería y hasta es posible que gane, ya que el espectador no concebiría en el exordio, la falsa noción de una pieza metafísica que en los sucesivos actos se va desmoronando rápidamente.

Pero no es, ni mucho menos, y valga por juicio sintético la aclaración, que los factores a que aludimos sean artística o intelectualmente superiores al material realista o humano de la obra. Antes al contrario, puestas a elegir, nos quedaríamos con éstos últimos, sin que se echaran para nada de menos los añadidos.

Efectivamente, la comedia dramática "Tú, yo y el mundo después", sin constituir nada excepcional, es un trabajo muy estimable, que supera en mucho el nivel común de lo que en nuestros escenarios se estrena como cosecha nacional. No tiene gran novedad el asunto, pero es interesante y emotivo, porque se inspira en sentimientos muy humanos y que son eternos, a juzgar por su inmutabilidad a través de los tiempos. Una ilusión de amor rota bruscamente por la infidelidad del marido, la ruptura del afecto conyugal, la reacción del esposo y la enérgica actitud de la ofendida, que rechaza la tentativa de reconciliación, porque está dispuesta a reconstruir su vida en digna y fuerte soledad, bastándose a sí misma. A sí misma y al hijo que lleva ya en sus entrañas, fruto del amor conyugal. El esposo, al saber esto, por la infidencia de un pariente que conocía el secreto de Clarisa, invoca derechos, protesta arrepentimientos, recuerda horas venturosas... Ella se mantiene irreductible y sólo cuando la emoción de tantos sentimientos abate su dignidad herida, cuando sus lágrimas de mujer anuncian el perdón, le promete hacerle conocer un día a su hijo.

La acción se desenvuelve en un ambiente moderno, desfilando por la escena a través de los tres actos de la obra, tipos de nuestro ambiente dibujados por el autor con acierto.

Hay que destacar en forma neta y sobresaliente, la meritoria labor de la primera actriz Evita Franco, que cada día perfecciona más sus medios de expresión e imprime más carácter y espíritu a los personajes que encarna. La promesa de ayer es ya una bella realidad y hay que esperar de ella mucho más todavía. Ana Arneodo, muy bien en un papel difícil y antipático; Felisa Mary, acertada como siempre; José Gómez, discreto y eficaz en su rol cómico. Carlos Bouhier, un galán de muchas y acertadas galanuras. Diego Martínez, Caverio y los demás intérpretes cumplieron bien sus respectivos cometidos, constituyendo un conjunto muy estimable.

"EL FESTIN DE LA CHUSMA" Y "EL BAJO ESTA DE FIESTA", EN LA COMEDIA

No es común, porque no es fácil, escribir piezas de género chico saliendo de los moldes tradicionales de superficialidad y sentimentalismo, sin advertir en la clase popular otras características y preocupaciones que la afición al tango, las carreras, el compadraje y las formas abusivas o mercenarias del amor sexual.

César Burell, penetrando más íntimamente en ese medio, ha compuesto en "El festín de la chusma" un interesante cuadro donde, sin falsear la realidad, analiza un poco filosóficamente la vida de un grupo de desamparados que por la fatalidad del medio en que actúan, son buenos o malos, según los dictados de la necesidad. La holgura los hace generosos como la miseria los hizo delincuentes. En forma rápida, ya que un acto no permite otra cosa, presenta Burell la transformación de unos cuantos personajes del hampa, merced a un afortunado azar, pero la mala suerte deshace su engañosa dádiva y tienen que volver nuevamente a sus malos negocios, como el banquero a su banca, el peluquero a sus tijeras o el escritor a su pluma. Es una pintura ágil, nerviosa y animada, que sin reservas cabe registrarla como un verdadero acierto.

En cuanto a "El bajo está de fiesta", sainete de J. Villalba y H. Praga, puede agregarse a la nutrida lista de las producciones de esta índole. Tal vez tenga sobre muchas de ellas una ventaja y es ésta: que en vez de un tango, cuenta con dos. Uno de ellos, "Palermo", está llamado a la relativa inmortalidad del disco.

La compañía de Olinda Bozán tuvo una acogida entusiasta, poniéndose de manifiesto en ambas obras la gran simpatía que el público dispensa a la graciosa artista, así como a las principales figuras del valioso elenco, especialmente las actrices Arrieta, Rinaldi y Smith y los actores Busto, Camiña y Otal.

DOS ESTRENOS EN EL SMART

La compañía de Ruggero se presentó en el Smart con dos novedades:

des: "¿Quién es el patrón del barco?" de A. J. Rodríguez Bustamante y Miguel Lifichir y "Viva la Santa Federación", de Julio F. Escobar.

Ambas piezas lograron su propósito de divertir al numeroso auditorio que llenaba la sala, dando margen al primer actor Ruggero, para poner de manifiesto su extraordinaria vis cómica, tan celebrada siempre.

El conjunto de que se ha rodeado Ruggero secunda eficazmente en su labor al primer actor de la compañía, manteniendo al público en continua hilaridad.

Además de los autores, fueron aplaudidos Ruggero, Lea Conti, María Cainelli, Emma Martínez, Totó Billy, Amelia Villavicencio, Mario Fernández, R. Pastore H. Bonatti, F. Varela y C. Enríquez.

CARTERA TEATRAL

La temporada de zarzuela española del Avenida ha sido prolongada, en vista de que el interés del público no decrece.

—Han comenzado los ensayos en el Ateneo de la pieza "Adán y Eva se divierten", de Nicolás de las Llanderas y Arnaldo Malfatti, que será la pieza del debut.

—El jueves 7 del actual debutó en el Apolo la compañía de César y Pepe Ratti con las piezas tituladas "Quién tuviera veinte años" de Alejandro E. Berrutti y "Cristóforo Colón o lo que no dijo la historia" de M. M. Alba y J. C. Muello, de las que nos ocuparemos en el número próximo.

—Las huestes de Arata se presentaron el 8 del corriente en el Cómico, con el estreno de "Extraña" de Vicente Martínez Cuitiño, que comentaremos en el número de la semana venidera. Completaba el cartel la reposición de "Babilonia" de Armando Discépolo.

—Así se escriben los tangos", de Florencio Chiarello es el estreno con que debutó el 8 la compañía de Enrique Muñio en el Buenos Aires. Integraban el cartel "El cabo Rivero" y "Un padre en busca de seis hijas", gran éxito de la temporada anterior.

GRAND SPLENDID

A medida que regresa el contingente de veraneantes van viéndose cada vez más concurridas las funciones de esta aristocrática sala, siempre favorecida por lo más selecto de nuestra sociedad. La calidad de los programas está abonada por el prestigio que goza la dirección de este cine.

CAPITOL

La sala de las comodidades y de la buena música ofrecerá esta semana a los aficionados al arte mudo un programa lleno de interesantes novedades dramáticas y cómicas.

GLORIA

Buenas cintas y precios reducidos son las características de este cine, que no pierde oportunidad de ofrecer a los aficionados las producciones más interesantes de todas las marcas.

CINE PARC

Es siempre este cine el favorito de las familias de Palermo, por sus comodidades y la selección de sus programas entretenidos y continuamente renovados.

= Actualidades =
cinematográficas



David Rollins, Sue Carol y Arthur Lake, protagonistas de "El circo aéreo", que la Fox dará a conocer pasado mañana.



Lillian Tashman y Edmund Burnes en "Purita la del Folies", cinta Jewel que la Universal estrenará el martes próximo



Annetta Benson, protagonista de "Estrellas fugaces", gran éxito reciente de la Corporación



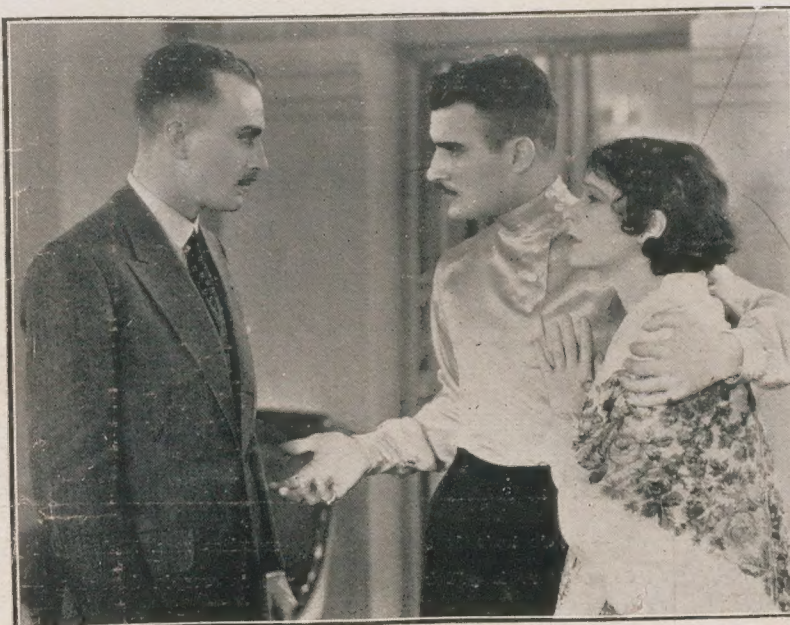
Virginia Lee Corbin, y Villiam Russell en la comedia satírica "El jefe de la familia", que la Corporación exhibe desde anteayer



Norma Shearer y Bert Roach en "La mujer y la ocasión", que la Metro Goldwyn Mayer estrenará el domingo próximo.



William Haines y Anita Page en la deliciosa comedia "El cronista sensacional", película que estrenará el viernes próximo la Metro - Goldwyn-Mayer.



Escena de "La mujer disputada", primer film extraordinario de Artistas Unidos, a estrenarse a principios de abril y que interpretan Norma Talmadge y Gilbert Roland.

ULTIMAS CREACIONES DE LA MODA FEMENINA



1 — Lindo traje de encaje tejido y muselina rosa. Nudo grande, a un costado, hecho con ancha cinta de raso azul viejo. — 2 — Traje de encaje rubio gris beige, con plisados de crespón de China. — 3 — Elegante traje confeccionado en muselina de seda florida. Fondo verde de agua y muselina lisa del mismo tono.